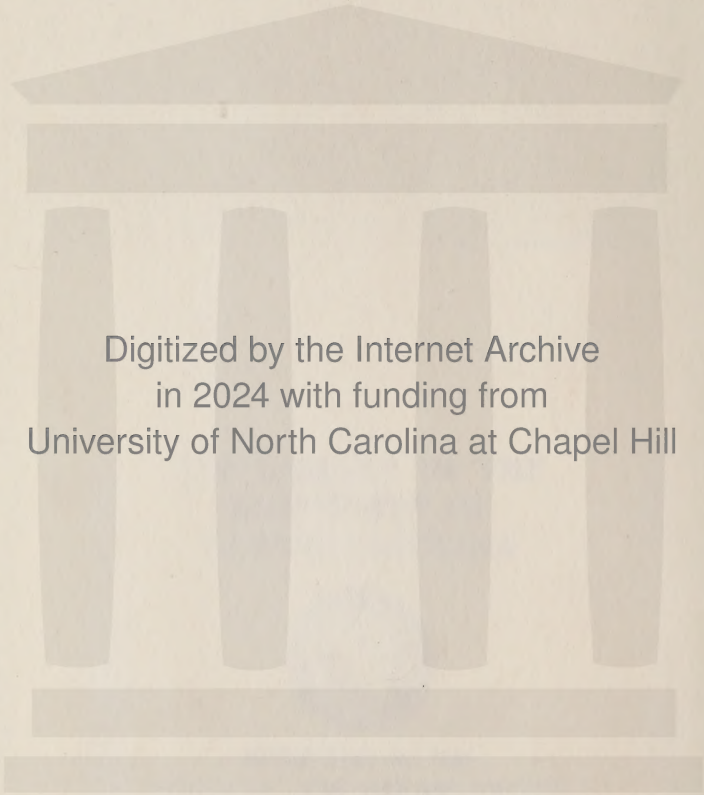
DS508
.E75
1926

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

DS508
.E75
1928

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00025246877


Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lasandaliadelper00esca

LA SANDALIA DEL PEREGRINO

DS508
.E75
1926
PV 2-06

VICTOR H. ESCALA

LA SANDALIA DEL PEREGRINO

CALCUTA — BENARES — PENANG — SINGAPUR
CANTON — MACAO — HONOLULU — HILO

UNIVERSITY LIBRARY
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

Caracas
Imprenta Bolívar
MCMXXVI

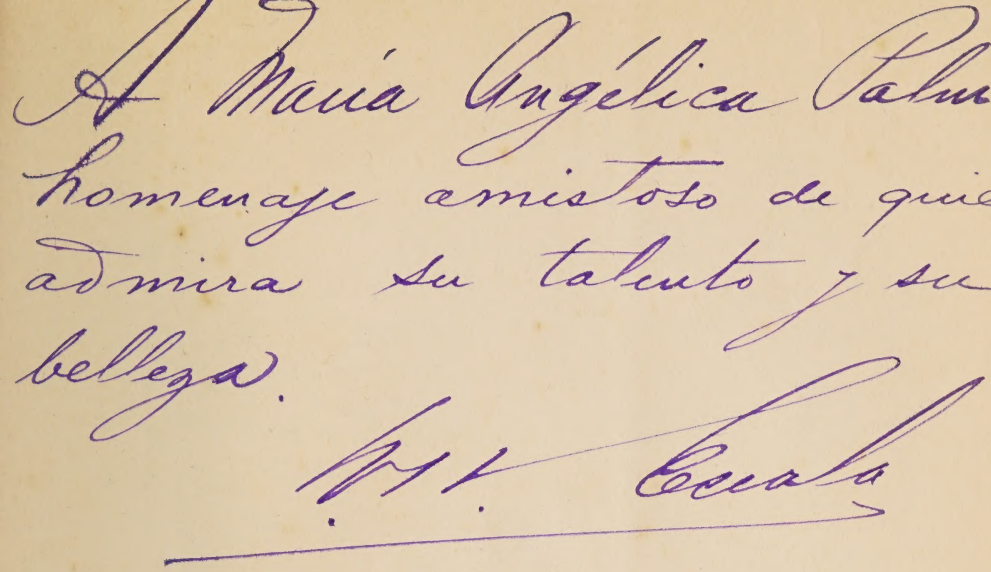
DEL MISMO AUTOR:

República del Ecuador. (Valparaíso) 1914
Motivos Galantes. (Santiago de Chile) 1915
Kaleidoscopio. (Yokohama) 1922
Medallones. (Roma) 1924

EN PREPARACION:

Glosario Sentimental (poesías).
Mosaico (prosas).

DS508
.E75
1928



DEDICATORIA

Al inspirado poeta, José Juan Tablada, que ha introducido, en la poesía castellana, el viejo lirismo de las tankas *niponas.*

V. H. E.

EPIGRAFE

Cuando escribí, en Yokohama, mi libro "Kaleidoscopio", estuve muy lejos de imaginarme que su edición se agotaría con rapidez, hasta el punto de no hallarse hoy un solo ejemplar de dicha obra, sea en las librerías de Quito, como en las de Lima o Caracas.

La clave de tal suceso, que naturalmente halaga en mí esa partecilla vanidosa, común a la generalidad de los mortales, se me ocurre explicarla por la naturaleza de mi libro, que refleja sensaciones de países distantes y exóticos, donde la alegría, el dolor, el vicio y la muerte son ritos de un ceremonial milenario, de elaboración inaudita y artística; por el estilo de ingenua *causerie*, gramaticalmente descuidado, pero fiel al proceso emotivo

que revela el paisaje que vieron las pupilas, la escena presenciada en sitial firme o peligroso, el minuto gozado en paraísos de humo o en lupercales de agotamiento asiático....

Hace cuatro años dejé aquellos maravillosos países del Lejano Oriente; pero al abandonarlos me traje en las sandalias el polvo secular de sus pagodas y sus rutas encantadas, de sus sitios sagrados y sus burgos policromos. En mis horas de íntima abstracción, cuando vivo *hacia adentro* y comulgo en el rosal más tibio y umbroso de mi jardín interior, Oriente me posee, una tromba de asociaciones se apodera de mis sentidos, y ya son las moles graníticas de los templos vedas, ya la linfa gris del trágico Ganges, ya los casinos y fumaderos de Macao, la muchedumbre vocinglera de Cantón o la gracia ceremoniosa del Yamato los que me solicitan y exigen mi retorno a esas viejas comarcas del sol y de la nieve, de lo santo y lo satánico, del goce y del dolor, del vicio y de la muerte!

Tengo mis días de inconformidad y de vehemencia, mis días de opio en los que ambiciono disponer de la alfombrita viajera de los cuentos árabes; pero pasada la crisis, reflexiono también que mi regreso no sería ya como el viaje de hace un lustro, cuando ilusionado y sitibundo de emociones, me asomé por todas las ventanas de ese enorme y antiguo palacio que se llama *Extremo Oriente* y en cuyas puertas montan guardia los dragones del Misterio y del Pecado.

"Partir, c'est mourir un peu". Ciertamente que no regresaría peinando luenga barba de sacerdote asirio, ni tamborilean-

do con dedos gotosos sobre un vientre esferoidal... Aún revela mi sér el divino tesoro de Juvencio; pero ya no serían para mí cosa única, ni goce absoluto, la danza de la bayadera bajo un *clair de lune,* los ritos macabros de Benarés, la tarima del deleite chino, los ayes del *shamisén,* ni la acrobacia sensual del *hula-hula.* Preferible es dejar a la magia del Recuerdo la dulce evocación de tánta cosa vista, vivida, gustada y sentida, porque sólo la Distancia, sólo el poderoso incentivo de alcanzar lo lejano, tiene la fuerza absoluta y precisa de la evocación. El Recuerdo nos ofrece el paisaje tal vez desprovisto de sus fuertes colores, pero aristocratizado con la gracia de la media tinta y esfuminado por la mano tersa de la Poesía. El Recuerdo hace vibrar en nuestro sér, como dulce nota a la sordina, como flébil canto a *bocca chiusa,* aquellas emociones inenarrables que pusieron en la médula turbiones de embriaguez. Todo es suave, todo es bello y todo es grato por la magia del Recuerdo. En un ambiente de serena saudade, bajo el plácido cielo de Caracas, he ordenado estas páginas que bautizo con el simbólico nombre de "La Sandalia del Peregrino", obra que ofrezco ingenuamente a los maestros y amigos que tuvieron la bondad de aplaudir mi libro "Kaleidoscopio", de índole semejante a este que hoy presento al lector.

Esos nobles maestros y leales amigos míos, son: Enrique José Varona, Baldomero Sanín Cano, Manuel Díaz Rodríguez, José Gil Fortoul, Gonzalo Zaldumbide, Francisco Rivas Vicuña, Diego Dublé Urrutia, Ventura García Calderón, Andrés Mata, Luis Varela Orbegoso, Cristóbal de Gangotena Jijón,

Francisco A. Loayza y Edwin Elmore, trágicamente desaparecido.

Me sentiré otra vez feliz si "La Sandalia del Peregrino" logra, de tan altas mentalidades, nuevas voces de aliento.

V. H. E.

Caracas, Junio de 1926.

CALCUTA

Meditación

Mi ya largo peregrinar por pueblos y tierras exóticos me ha dado cierta impavidez que atempera, a maravilla, los vértigos del entusiasmo. Llego a estas urbes milenarias como quien vuelve a tierras conocidas: indiferente, calmo y a las veces previendo, con largos bostezos, la garra del fastidio.

Así arribé, en una tórrida mañana del mes de Mayo, a la gran ciudad de Calcuta, que hasta 1911 fuera capital del Imperio de las Indias, de esta vastísima porción del mundo en la que hoy manda, empinado sobre los turbantes de cien príncipes cobrizos, el rubio Rey de Inglaterra, Jorge V.

Calcuta! Claro está que ya la conocía al través de Julio Verne y de Emilio Salgari. Me eran comunes sus cúpulas y mi-

naretes, sus elefantes y tigres, sus acróbatas maravillosos y sus serpientes amaestradas. Por otro lado, hace un lustro había puesto mis sandalias en el dintel de este enorme país. En mi viaje a Yokohama, el gran trasatlántico, "Paul Lecat", se había detenido en Colombo, dándome el tiempo necesario para subir hasta Kandy, la antigua capital de Ceylán, hoy casi convertida en santuario budhista. Ahí, entre sus bellas ruinas y plácidas lagunas, contemplé, por la vez primera, aquellos dóciles paquidermos que policromados en los libros de Salgari, hacían las delicias de mi niñez; ahí vi la cobra hipnotizada por el encantador de sierpes; ahí admiré, en su prodigiosa variedad, el célebre Jardín de Paradeniya, con su árbol que sangra, con su arbusto que llueve, con su junco parlante, con sus hojas enormes que animadas de astuta vida, se enrollan, se cierran y engullen a las incautas moscas y demás insectos atraídos por el polvillo azucarado de su superficie; ahí, bajo un dosel de palmas, vi, absorto, la danza de la bayadera; y ahí con los semi-desnudos cingaleses, comprendí cuán difícil resultaba distinguir al hombre de la mujer! En una palabra, admiré, si no los tipos más hermosos, indudablemente los más lindos de la especie humana. Qué formas, qué piel, qué ojos y qué bocas tan llenas de feminidad. Sólo en presencia de seres tan andróginos pude explicarme muchas aberraciones, sabiamente analizadas por Pablo Mantegazza y Sigmund Freud.

La ciudad

El "Kut-Sang", rápido y limpísimo buque-motor, corta con su proa estas aguas amarillentas del Río Hougly, caudaloso brazo del sagrado Ganges.

En ambas orillas, de vegetación apretujada y mediana, surgen altísimas palmeras, de escaso penacho y ayunas del redondo fruto. Haciéndoles *pendant,* se ven transitar sobre el suelo a los indígenas, muy altos y muy flacos, partidos en las ingles por la albura del taparrabo: únos ejecutan faenas agrícolas, ótros pescan sin preocuparse de los caimanes o alistan sus panzudas piraguas para navegar por el río.

De trecho en trecho surgen enormes chimeneas de mampostería, adosadas a grupos de casitas coquetonas, todas protegidas con tela metálica, tras cuyas redes mis lentes Zeiss me permiten ver blondas caras de europeos. Son los molinos de yute, son los valiosos "mills" que representan la fastuosa riqueza de Calcuta. Ahí es donde se preparan envases para la mayoría de los productos agrícolas y mineros de nuestro planeta. En sacos de la India se venden el azúcar de Cuba, el café de Venezuela, el cacao del Ecuador, el algodón del Perú, el salitre de Chile, el trigo de la Argentina y las lanas de la Tierra del Fuego.

A medida que avanzamos río arriba las aguas se tornan más espesas y más oscuras, formando un taciturno bulevard de lodo. El aspecto de las orillas no cambia. De ambos lados, la misma selva apretujada y poco alta, parece confundirse con la línea del horizonte, y sobre esta glauca alfombra polvosa se yerguen largas y tísicas palmeras, de penachos agobiados por millares y millares de cuervos. La visión es triste y trágica, porque toda esa vasta llanura partida por el río, toda esa enorme extensión de un verde sucio, es la *jungle,* la selva extensa y enmarañada donde viven el tigre, el chacal, la pantera y la sinuosa e implacable cobra, a la que Rudyard Kipling llama, en sus "Libros de la Yungla", sabia y prudente Kaa!

He viajado por muchos ríos, grandes y caudalosos; pero ninguno de ellos más poético y odorante, más alegre y pintoresco que el mío, tan justamente elogiado por el vate Olmedo en su "Canto a Junín". Aludo al Río Guayas, cuyas feraces orillas muestran los más variados y deliciosos frutos de la tierra, las más vistosas y perfumadas flores en tanto que sobre sus riberas vuelan bellísimas mariposas y cantan sus romanzas pájaros de melodioso trino. Ahí están, para sacarme cierto, las márgenes de Daule, donde, en cierta época del año, no es posible dormir por la fuerte exhalación de sus naranjos y limoneros, que parecen nevados por la copiosidad de sus azahares.

Mientras pienso en mi querida patria lejana, el "Kut-Sang" toma una amplia vuelta y así que limita su andar se enfrenta con un vasto jardín, todo tapizado de césped, todo exornado de estatuas, embellecido su centro con una gigantesca y alba cúpula de mármol. De trecho en trecho, como enormes paraguas chinos, lucen sus rojizas copas los floridos *flamboyanes,* que me recuerdan aquellos hermosísimos del Paseo Martí de la Habana.

Previamente documentado, deduzco que este hermoso jardín debe ser el muy famoso "Maidán" de Calcuta; pero bien pudiera ser también la propiedad de algún príncipe indo o de algún acaudalado escocés, monarca del yute, a juzgar por la cantidad de vacas que pastan en el césped.

El primer piloto, Mr. Browne, que se dirige a proa para la maniobra del atraque, resuelve mi duda.

—Hemos llegado a Calcuta—me dice. La ciudad se halla detrás del Maidán. Fíjese en los palacios y en los minaretes. Esas vacas son animales sagrados, y también es sagrado lo que

digieren y van soltando por el suelo.... Ya verá usted con qué respeto recogen la bosta y con qué piedad los indos se la echan sobre la cabeza y se embadurnan con ella la cara!

Efectivamente, desde la cubierta superior se descubren edificios de majestuosa arquitectura, grandes Hoteles, rúas animadas de un vigoroso tráfico. En el malecón un policía va haciendo colocar, en fila de severo turno, a las carretas haladas por bueyes de alto y huesudo morrillo. Son los chirriantes *bullock-carts* de que nos habla Rudyard Kipling en cada uno de sus cuentos.

El magnífico palacio que adorna la mitad del Maidán y que brilla como una enorme perla de Coromandel, es el "Victoria Memorial Hall", cuyos vastos salones sirven de sede a un gran Museo Histórico. A la entrada de este palacio se alza la estatua de una matrona adiposa, con facciones de hurón, en cuyas manos regordetas descansa un pesado cetro. Es la Reina Victoria de Inglaterra, primera Emperatriz de las Indias.

Desembarcamos. En el kiosko de la salida hago valer mi pasaporte diplomático para que no se me prive de un revólver "Colt" que llevo en mi necesario de viaje. Todo el Indostán se encuentra muy agitado. Gandhi, el caudillo prisionero, no deja de aconsejar a sus 315 millones de compatriotas la resistencia pasiva, en tanto que los indos mahometanos, los más inquietos de la península, siguen con júbilo el presionante asedio de Esmirna por las tropas de Kemal Pachá.

—Ojalá, señor, que todos los blancos de Calcuta contasen con su buena arma de fuego—me dice el oficial que pone el pase a mis maletas.—Lo malo, señor, es que el lucro asoma en todas

las cosas de la vida, y aquí hay europeos que introducen armas para venderlas, a peso de oro, a los fanáticos de Gandhi. La prudencia nos aconseja considerar a todo viajero blanco como individuo sospechoso, al servicio de los bolcheviques....

Chowringee

Cuando el automóvil, cargado de equipaje, se pára frente al "Great Eastern Hotel", suena, en varios relojes, la hora meridiana.

Protegido por el casco de corcho y por las gafas ahumadas, me doy a contemplar la candente y movida rúa cuyo nombre leo en vistosas planchas de metal: "Old Court Street".

Pasan y pasan los automóviles y los coches, todos muy cerrados, con la particularidad de que los últimos llevan, en un asientito de atrás, una especie de *valet* indo, bajo cuyo sitial cuelga un bolsón de pasto caballuno.

El tráfico no decae porque es la hora del *tiffin* o almuerzo, y estos centenares de carruajes conducen a sus domicilios a los empleados europeos de las grandes y numerosas casas mercantiles.

Todos los blancos procuran vivir en el barrio de Chowringee, en que las casas, provistas de amplias galerías, ocupan el centro de vastos jardines, donde es menos tórrido y pesado el aire respirable.

Examinadas a vista de pájaro las residencias de Chowringee, penetro al Hotel, todo limpio y pletórico de mármoles, desta-

cándose en los zócalos, como trazados con tinta china, un centenar de sirvientes trajeados con blancos levitones, sobre los que pone su herida roja una amplia faja de seda carmesí. Todos llevan las cabezas arropadas con voluminosos turbantes y brillan en sus ojos bellaquerías mal disimuladas. Al registrar el nombre de mi esposa y el mío no puedo ocultarle al empleado que me atiende mi sorpresa ante el regimiento de criados que llena los pasillos del Hotel.

—Observe usted que los nuéstros llevan, en una placa de bronce, el nombre de este Hotel. Estos que están en fila son los criados de los huéspedes, y ya se dignará usted decirme si el suyo lo quiere usted bengalés, mahometano o parsi.

—Cómo, le respondo. Acaso el Hotel más lujoso de Calcuta carece de sirvientes?

—En la India, señor, el servicio de todos los Hoteles se contrae al comedor y a las bebidas. La limpieza de los cuartos, las órdenes directas, la preparación del baño, el aplanchado y la conducción de cartas o paquetes son cosas que cada quien las confía a su propio criado. Desde que usted pisa el Indostán una sombra habrá de seguirle a todas partes: su criado! Lo más conveniente, para la íntima tranquilidad y el verdadero confort, es contratar en seguida los sirvientes, procurando que sean de una misma casta y de igual religión a fin de que todos marchen de acuerdo, sin disputas ni resistencias. Los indígenas mahometanos son aseados e inteligentes, mascullan el inglés, pero tienen el defecto de la ratería...

No me quedo absorto, con los labios de par en par, porque en estos países de antipodismo se anda de sorpresa en sorpresa.

Aleccionado ya por mis viajes y mis tres años de residencia en el Japón, me someto a la costumbre y le pido al empleado que me contrate un buen sirviente mahometano, necesariamente inteligente aunque resulte un redomado pícaro.

Cuando jabonadas las uñas y asentado el pelo nos dirigimos al feérico comedor del "Great Eastern Hotel", un indo de leva y turbante blanquísimos nos recibe con una larga y cumplida zalema.

—*Sir. I am your servant. My salary is ninety rupees monthly.*

Y así, automáticamente, por noventa rupias mensuales, se puso a mi servicio, el moro Zarif Ghali, criado muy listo, pero sumamente hipócrita y ladrón.

Con el Gobierno y con la Sociedad

En la India, como en todos los países del Extremo Oriente, es cosa sumamente difícil que un europeo o americano logre entrar en los círculos de la aristocracia nativa. Se necesita estar investido de un cargo diplomático o consular, de carrera, esto es, rentado por un gobierno, para lograr un ligero contacto con ciertos personajes y con algunos de sus familiares.

Así que se dignó recibirme el Gobernador inglés de Calcuta, llené mis deberes visitando a las autoridades blancas e indígenas, a los colegas del Cuerpo Consular y a los *babúes* o personajes sobresalientes de la burguesía comercial.

Cada visita me fue pagada en el acto, y en la mayoría de estas correspondencias se me fijaron compromisos para comer y

jugar al *bridge*, la diversión absoluta y reinante de la gran ciudad bengalesa.

El *monkey-frock* o chaquetilla de mono, con pantalón de paño negro, constituye el traje de etiqueta en Tokyo, Pekín y Singapur. Lo contrario, en Calcuta: de dril blanco ha de ser el pantalón; una faja ancha, de seda negra, servirá de chaleco y un auténtico *smoking*, de alpaca lustrinosa completará la tenida. Un sastre bengalés, desnudo del ombligo para arriba, me preparó, en doce horas, el traje de etiqueta que necesitaba para mis compromisos sociales. Según mi esposa, el vestido me quedaba que ni cortado en la sastrería Poole, de Londres!

Las comidas de etiqueta se sirven a las 9, cuando un débil cefirillo comienza a mover las hojas. Generalmente se obsequian en los clubes—todos muy buenos y elegantes—en el afamado restaurante "Firpo", cuyos comedores miran al Maidán, o en las mismas casas, cuando el anfitrión cuenta con un buen cocinero. A mi juicio, después de medio año de vida en Calcuta, me aventuro a decir que, desde las sopas hasta el infaltable postre de jengibre, toda su culinaria tiene un mismo sabor, debido a la enorme cantidad de especias y perfumes con que los *maitres* indostánicos sazonan las viandas. El único plato de sabor propio, independiente y original es el *curry*, que se lo come de distintas maneras, ya con arroz, ya con pollo, o bien con pescado, legumbres, raíces perfumadas, cereales y hasta con frutas!

A causa de la perenne canícula y de la secular propaganda de los médicos escoceses, todas las comidas se inician con whiskey y acaban con lo mismo. Damas y caballeros beben sendos vasos de esa combinación refrescante que los ingleses llaman *high-ball*, en tanto que fuman cigarrillos turcos, juegan al bridge y ha-

cen comentarios sobre el último escándalo social. Estos temas, por cierto muy agradables, prolongan las veladas hasta el amanecer, para poder gozar todo lo posible de la frescura de la noche.

Recuerdo con gratitud y simpatía todas aquellas fiestas sociales, muy especialmente las que en nuestro honor organizaron los amigos y colegas, señores Sturgess, Pacheco, Castel y Vasconcelos, respectivamente Cónsules del Perú, Chile, España y Brasil; las de funcionarios británicos como el Mayor Rawson, 2° Jefe del Fuerte William, el Jefe de los Bomberos, el Secretario del "Jockey Club", y las del Barón y Baronesa Rziha, señor y señora Martin, señor y señora Mac Gregor y otros distinguidos matrimonios cuyos nombres escapan a mi memoria.

Tal vez, debido a las contínuas trasnochadas, a la atmósfera de horno y a la nutrición tan provista de especias, caí gravemente enfermo, hasta el punto de abandonar el Hotel e irme en busca de asistencia y reposo a la "Nursing Home" de la enfermera titulada, señora de Mac John, donde me debatí dos meses entre la vida y el cementerio.

A mi esposa, medio desorientada por la violencia de mi enfermedad, la ayudaron muy bondadosamente las damas de aquellos amigos que más arriba menciono con franca gratitud. Escapé de morir, y ya salvo y convalesciente se me entraron en el alma unos deseos enormes de abandonar la India.

Planeamos para Octubre un viaje a la santa Benarés, para Noviembre un vistazo por los Himalayas, decidiéndonos a tomar en Diciembre un barco de turismo que habría de llevarnos, al través de la Malaca, la China y el Haway, a San Francisco de California.

El Fuerte William

Entre los jardines del Maidán y las pistas del "Jockey Club", en las que se corre, anualmente, un premio de 100.000 libras esterlinas; entre estos lugares muy concurridos levanta sus bastiones y almenas el Fuerte William, cuyos reductos pueden alojar a 20.000 personas.

En medio de tanto verdor, las atalayas grises y los bloques ennegrecidos de la fortaleza, ponen su nota de romanticismo medioeval en este panorama exótico, donde se mueven silenciosamente, lo mismo que negras hormigas, las grandes masas de indos abstraídos en contemplar un cielo de tragedia, gris y enlutado por parvadas de cuervos, que graznan sobre los viandantes, como diciéndoles: "a morirse, que ya queremos devoraros".

Fuerte William! Cuántas veces, en las tardes empurpuradas de Calcuta, mi espíritu estuvo en comunión con tu ambiente. Sobre tus viejos bastiones, posado en tus aristas como uno cualquiera de esos cuervos, heraldos de la muerte, analicé la formidable tristeza de la India, la constante ofensiva de los mil elementos que asedian la vida, el trágico destino de esta raza que sólo piensa en el *más allá* y en llegar cuanto antes al dintel en que el vate del Arno puso *lasciate ogni speranza.* Aquí rige la fiebre fulminante que arropa, con nubes de ceniza, a la ciudad; aquí reptan libremente la cobra y el pitón de mordeduras asesinas; aquí rasga el tigre a su presa, aúllan los chacales, inyectan su veneno las orugas, mata la flor y enferma el fruto de engañosa madurez; aquí triunfa todo lo mortífero que fragua el bochorno, todo lo que va contra la vida en un vértigo de fatal renovación.

Fuerte William! Cuán triste y conmovedor es tu panorama, en esta hora roja del crepúsculo, cuando se descuelgan de los árboles, negros y membranosos vampiros, bestias infernales que atisban el sueño de los ganados para succionarles la vida y empujarlos prontamente al festín de los cuervos.

—Nunca duerman ustedes sin el ventilador en acción—nos aconseja el Mayor Rawson, 2º jefe del Fuerte William.—En la alta noche los vampiros penetran a los hogares, trajinan todos los dormitorios y pobre de quien no se defienda contra su ventosa chupadora. En una noche se tragan medio litro de la mejor sangre arterial, sin que la dormida víctima lo sienta. Un puntito rojo en el cuello y después una anemia rápida y mortal revelan a la víctima los besos nocturnos del vampiro. Nuestra arma de caballería, la más útil y mejor de la India, nos exige gran cuidado porque precisa defender a los caballos del ataque nocturno de estos repugnantes avechuchos. Aunque alambradas las pesebreras, estas ventosas de Satán logran escurrirse y esconderse en las grietas de los muros y en cuanto hueco o rincón juzgan propio para su hartazgo de sangre.

Medio demudada, me dice mi esposa con voz trémula y suplicante: "Víctor, por qué vivir más tiempo en esta ciudad tan llena de amenazas? Olvida tu idea de visitar Benarés, y embarquémonos cuanto antes para California".

Yo me abstraigo y reflexiono. Con el correr del fangoso Hougly mis pensamientos van buscando otras comarcas de crepúsculos alegres y optimistas. De pronto el río forma un remanso turbio, y ahí se quedan todos mis pensares, viendo cómo divagan en la orilla varias volutas de humo. Estoy frente al *ghat* de

Calcuta, donde arden las piltrafas y osamentas de los cien cadáveres que entraron a las piras durante la mañana....

La muerte! Por todas partes el culto de la muerte! Ella no es en la India la gran niveladora de nuestros países, porque aquí los seres sucumben con su casta; pero ella abre la puerta del *más allá*, y ella es palpable y soberana en el aire, en el mar, en la tierra y en el fuego. Oh Muerte, oh Soberana Sin Narices! Tú eres la verdadera Emperatriz de la India!

Pero precisa reaccionar porque la vida está aquí, en este joven matrimonio inglés, pleno de salud y buen humor; porque la vida está aquí, en mi espíritu entusiasta y en el alma serena de mi esposa; porque vida simboliza este formidable Fuerte William, levantado por la vigorosa Albión para proteger, precisamente, la existencia de sus hijos.

Hacen ya 170 años—me dice el Mayor Rawson—un Maharajá cayó de sorpresa en Calcuta dominando la escasa guarnición británica. Masacró cuanto soldado inglés pudo hallar en la ciudad. La colonia civil, compuesta de mujeres, ancianos y niños, fué metida en el obscuro pozo llamado *black-hole*, donde hoy se levanta un obelisco conmemorativo. En esa horrible cueva tuvieron muerte espantosa unas doscientas personas. Reconquistada Calcuta y considerados la distancia y el difícil trasporte de aquella época (1756) el rey mandó levantar una fortaleza capaz de contener a toda la población blanca. He aquí el origen del Fuerte William, llamado así en honor de Guillermo III de la Casa de Orange.

Sus casernas son capaces de alojar a 20.000 personas, las que pueden armarse en caso de emergencia. Desde que se construyó

este enorme fuerte han sido varias las ocasiones en que la colonia blanca de Calcuta ha buscado refugio tras de estos muros; pero, mi querido Señor Cónsul, no hablemos más de aquellas épocas difíciles, sin ferrocarril, sin telégrafo Marconi y sin aeroplanos. Bajemos a mi casa-cuartel, donde nos esperan otros amigos, soda helada y auténtico "Johnnie Walker".

Alipore

Si Chowringee es el barrio de las calles limpias y amplísimas, taraceado de aquellas curiosas plazas de agua o *tanques*, a cuyos bordes niños rubios se sientan para poder respirar el aire húmedo; si en Chowringee tienen todas las casas jardines y umbrosas verandas donde mujeres esbeltas, de blondas melenas, matan el tiempo trasegando el acidulado *ice-tea*, en Alipore, el suburbio paradisíaco, todo vive a la sombra de árboles copudos, que los fundentes soles de la India no pueden calcinar.

Desde Dalhousie Square, cuyo vasto *tanque* refleja, invertido, el palacio del correo, arranca una calle o camino para Alipore, cuya segunda mitad cubre un avance de la yungla. Largos y bellos puentes de acero eslabonan la ciudad con este villorrio de mis simpatías.

Sobre el suelo palustre, entre la urbe y este riente suburbio, se alzan muchas casitas indígenas, mal olientes y haraposas; pero animadas por decenas de niños desnudos, cuyas caras parecen no tener más facciones que los grandes y encendidos ojos. En el interior de estas chozas duerme positivamente un hombre, —zángano auténtico—en tanto que la mujer, agotada por la excesiva maternidad, tritura con un batán los cereales de la escasa

merienda. No se oye aquí, como en todos los campos del mundo, el eco de una humilde canción; empero el sitio es de paz y es alegre el rumor de la espesa arboleda. Seguramente que la vida de estos infelices parias es en este suburbio menos triste y fatal que en la ciudad provista del macabro quemadero....

Todas las casas de Alipore son del tipo *bungalow,* y en ninguna de ellas falta la cancha de tennis, como tampoco falta en el interior, por una mera costumbre o más bien por el recuerdo de la ínsula remota, el *fire-place,* ese tibio rincón hogareño que los ingleses son capaces de construir en los arenales del Sahara.

En este barrio abierto y despreocupado, donde se ven guapísimas hembras que hasta entrada la noche llevan, por todo vestido, un transparente *saut de lit;* aquí, donde para jugar al tennis usan corta y breve falda, con blanquísimo casco de corcho, en tanto que las ótras, las vecinas o invitadas, observan la partida como si hubiesen acabado de abandonar el lecho; en este barrio de naturalismo seductor, donde me esperan los *tea* y las deliciosas *causeries* de la Baronesa Rziha, me espera también, confundido en el paisaje, el recuerdo de una aventura que llena un capítulo de la Historia de Francia. Es por la gracia de una linda mujer y por la sangre de un desafío caballeresco por lo que Alipore me atrae y me cautiva.

He aquí el viejo parque. Tras de sus rojas tapias vivió, como prisionera de amor, una bella muchacha, tan voluble y tan frívola, que más tarde habría de fascinar al pontífice de los volubles y al as de los diplomáticos europeos, al muy refinado y muy exigente Príncipe Talleyrand de Périgord, cuya cojera juzgábala un capricho más en el conjunto insigne de su alta personalidad.

Me refiero a Madame Grand, que puso brillo de seducción en los grandes salones del Primer Imperio, donde lucían como estrellas de primera magnitud la generala Beauharnais, Madame Récamier y Teresita Cabarrús. Esta señora Grand, hija del capitán Warley, de la guarnición francesa en Pondichery, fué quitada a su estúpido marido—un mercader helvético—por el célebre periodista inglés y alto empleado de la Compañía de Indias, Sir Philip Francis, autor de las famosas "Letters of Junius". En esta misma casa Sir Francis la amó *con locura y escándalo* y la defendió, como un valiente, con la hoja de su espada.

El Gobernador de la India, Sir Warren Hastings, a quien atacaba con su pluma el incisivo Junius, aventuró los más crudos comentarios sobre la vida íntima de su enemigo con su bella *maitresse*. Enterado de la acerba murmuración, Sir Francis estableció que una cosa eran las disputas administrativas y otra muy distinta el sagrado santuario del amor....No le faltaron amigos que fueran a exigirle satisfacciones al Gobernador Hastings, y este funcionario, que era hombre valiente y de firme palabra, aceptó el reto concertándose un desafío en el cual casi pierde la vida el polemista Junius.

Por supuesto que el escándalo trascendió a la Corte. Apenas restañadas las heridas, Sir Philip Francis tuvo que tornar a Inglaterra, y el Gobernador Hastings fué suspendido de su empleo.

Meses después el insigne diplomático y Príncipe Talleyrand de Périgord conocía en Londres a Madame Grand, belleza exótica, dorada por el ígneo sol indostánico. Cómo sería la fuerza de seducción de esta mujer que el *gourmant* de todas las exquisiteces humanas enloqueció de pasión y dió el único paso falso

de su sabia vida diplomática: se casó con Madame Grand, convirtiéndola, de *maitresse* de Philip Francis, en Princesa Talleyrand de Périgord!

El habilísimo diplomático francés pagó, con la frívola hembra de Calcuta, cuanta herida de amor causara en otros pechos femeninos. La señora Grand continuó siendo en Francia lo que había sido en Pondichery y Alipore: una mujercita muy voluble que oía todo, que sonreía a todo, y que creía en todos....Una noche lunada, un jardín florido, una frase melosa y una súplica trémula y vehemente bastaban para vencer de amor a esta deliciosa romántica.

Gandhi y los bolcheviques

Iguales, aburridos y monótonos iban pasando estos días de setiembre, cuando el diario más antiguo y mejor informado de toda la India, *The Stateman,* nos da el alerta y sacude nuestra modorra advirtiéndonos, con citas históricas, cuán importantes son y han sido los eclipses en la vasta península indostánica.

En la actualidad son dos los grandes sucesos que conmueven la mística vida de los indos, hasta el punto de envolver, en un entusiasmo común, a los devotos del dios Siva y a los creyentes de Mahoma. Los primeros, atentos a las profecías védicas, creen que el eclipse solar, fijado para el 21 de setiembre (1922) y visible en todo el país, marcará la aurora de redención predicada por Gandhi y otros propagandistas de la autonomía indostánica. Los ótros, los fanáticos muslines, recorren exaltados las calles de Calcuta, victoreando el triunfo de Kemal Pachá sobre las tropas griegas de Esmirna, donde el incendio, la ma-

sacre y el estupro de veinte mil doncellas ortodoxas acaban de revelar—como lo advierte *The Stateman*—que el *hombre enfermo* de Gladstone saca fuerzas insospechadas de su fanatismo religioso, y que tales fuerzas pueden muy bien incendiar todo el Norte de Africa, toda el Asia Menor y todas las vastas comarcas que bañan el Ganges y el Bramaputra.

Por lo que atañe a los 315 millones de indos, no es aventurado afirmar que el *Self-Government* y la reacción de la Sublime Puerta son tópicos de actualidad que los indostanos analizan en sus raíces, con esa profundidad de espíritu que tánto les inclina a lo esotérico. Más que el formidable triunfo de las armas turcas, más que el próximo eclipse, lo que pone mayor alarma en el seno de las autoridades inglesas es que el gran festival indo llamado *pujah,* casi coincide con la destrucción de Esmirna y con el oscurecimiento del sol!

Desde mi ventana, por la parte que mira a Harrington Street, veo desfilar hacia las pagodas y mezquitas negros rosarios de hombres enjutos, con una fiebre de odio en las ardientes pupilas. Bracmanes y muslines, cada cual en su templo, cumplen los oficios que preceden al gran festival *pujah;* pero, quién podría afirmarnos que en lo esóterico de tales ceremonias no se agite la inquietud libertaria que Gandhi ha logrado poner en el corazón de sus compatriotas?

Olvidado estaba ya el levantamiento de los *moplahs,* que dió con Gandhi en las mazmorras de Delhi. Las palabras del insigne agitador, desaprobando la violencia de sus prosélitos, habían tranquilizado a cuantos hombres de Europa viven en las tierras de Brahma. La *no-cooperación* gandhista, sin tiros y sin cadáveres, la relegaba el apóstol a las remotas kalendas, cuando

las revoluciones dejen de ser lo que son: cambios de regímenes y reivindicación violenta de libertades.

The Stateman remata sus informaciones avisando que en el seno del Soviet ruso se han discutido y aprobado las sumas con que se ayudaría a Gandhi. Naturalmente que la prensa de Londres ha puesto el grito en los cielos y pide enérgicamente que se cumplan los seis años de prisión a que fué condenado el gran patriota indo.

Lo evidente es que en el agitador Gandhi hay algo de ruso. Bajo la serenidad de sus palabras y bajo su aspecto dulce, de cobrizo *poverello* de Asís, se descubre un místico tolstiano, un apóstol que señala, tras de los tristes vésperos del Ganges, una aurora de humanas redenciones, una aurora blanca y alta como los Himalayas.

Muchas de sus arengas, pronunciadas en Bombay, ante nubes compactas de sus partidarios, parecen tomadas de los Evangelios, donde la dulzura de la parábola oculta el bíblico anhelo de las reivindicaciones. Sirvan de muestra las siguientes palabras de Gandhi, impresas hoy en todos los dialectos indostánicos:

Carecemos, en la India, del sentido de la fraternidad. Por antiguos e ilustres que sean nuestros credos, nada dicen a nuestro corazón que en nosotros permanece ausente de toda ternura. Sumisos al símbolo, que tánto nos aparta de la realidad, más nos conmueve un animal cualquiera que un niño enfermo o con hambre. Nuestro concepto de la humanidad es casi borroso. Nos dividimos en castas que nos anulan para el ejercicio político y el goce del libre albedrío. Sólo entendemos del amor sexual; pero nada del amor humano, que es fuente de unión y de confian-

za: amémosnos a nosotros mismos y nos elevaremos como positiva fuerza humana. No sirvamos al opresor, no trabajemos para que aumente de poderío. Seámosle indiferentes, dueños absolutos de nuestra inercia.

Bien se ve que lo que Gandhi predica es la unión, la paz, la resistencia pasiva del que se siente desposeído de su derecho y sin medios bélicos para reconquistarlo con brevedad. Dice el apóstol que es odioso destruir al enemigo; pero cosa muy noble serle indiferente. Por qué trabajar para los ingleses, por qué sembrar para ellos, por qué contribuir a su poderío y bienestar? Hé aquí, resumido, el programa de la *no-cooperación.*

Gandhi es el único patriota auténtico de que pueda vanagloriarse el Indostán, país clasificado en cien castas y en veinte religiones. Su claro talento y la bondad de su corazón los ha puesto al servicio de sus compatriotas, donde sobre 315 millones de parias, viven dichosos, opulentos, entregados a una vieja y refinada molicie, un millar de Maharajás que, como lacayos de Inglaterra, son los más crueles opresores de sus infelices compatriotas.

El apóstol que se pudre en las mazmorras de Delhi, ha logrado formar un grupo de ilustres correligionarios, cuyas nobles figuras no pueden menos que interesar al sovietismo ruso: Rabindranath Tagore, Lall Mehru, Jagadis Chaudra Bose, Ramahl Dass y Ciardas.

Los ingleses, en su rol de amos y administradores, temen la reacción más que por los medrosos indostánicos, por los bolcheviques rusos, cuyo oro y cuyas armas podrían dar feroz entonación a las parábolas de Gandhi.

Esponsales Exóticos

En el vivir contemplativo de los indostánicos hay dos sucesos cuya celebración cuesta enormes sumas de dinero a las familias. El uno es el matrimonio, mejor dicho, los esponsales; y el otro el entierro, esto es, la incineración, porque en esta parte de la India gangética jamás se inhuma al difunto, sino que se lo quema y se lo arroja al sagrado Ganges, muchas veces medio chamuscado el cadáver, lo que sirve de gran contentamiento a los cocodrilos.

Voy a describir, ligeramente, un matrimonio indo, pues he tenido la suerte de presenciar parte de sus festejos en la casa de un *babú* o acaudalado caballero de Calcuta.

Ha sido al tercer día, terminadas ya las ceremonias religiosas y de carácter puramente íntimo, que he logrado presenciar esta boda suntuosa, de largos y costosos festines.

El palacete del *babú* Benarjí, monarca del sándalo y de las especias, lucía bellamente, decorado con hermosas flores de la yungla y con cintillos policromos. Por las noches, una poderosa iluminación del edificio y de los grandes árboles del jardín, ofrecía un espectáculo feérico, muy digno de la fantasía oriental.

La novia, hija del *babú* Benarjí, cuenta apenas nueve años y el novio—ya su marido—veintiún. Como se ve, este hombre dichoso o infeliz, necesita esperar cuatro años más para que su media naranja sea púber y se halle un tanto instruida de los preceptos del "Kama-Sutra", viejo código del amor, ante cuyas páginas resultan obritas muy cándidas, "Las Vidas de las Damas Galantes" por Brantome y los especiosos "Cuentos" de Bocaccio.

La ceremonia primordial de un matrimonio indo consiste en la traída del novio, quien viene parapetado sobre unas andas cubiertas de oropel y adornadas con cintas de colores. Al novio le sigue un cortejo de familiares que portan antorchas y queman, entre gritos jubilosos, bellas luces de Bengala. Esta es la ceremonia de la *presentación* porque en ella el novio habla a su prometida por la primera vez, con el tono autoritario conque habrá de hablarla hasta la muerte, pues gracias al Gobierno inglés, ya las viudas no se queman vivas de modo que la *propiedad* del marido cesa en la pira crematoria. Conste que esta humanitaria prohibición es la única que Inglaterra deja sentir en el fanático Indostán. ¿Acaso una mujer del Ganges vale menos que un foxterry?....

La ceremonia que me ocupa es seguida de otra muy rara y hermética. En cuanto pisa el novio la casa de su prometida, ésta es llevada a un cuarto especial donde la desnudan y la bañan con agua de sándalo, en tanto que graves sacerdotes dicen a su alrededor eficaces exorcismos. En seguida los mismos sacerdotes la visten con bellas y finas blondas de Cachemira y la enjoyan hasta donde pueda permitirlo su tierno cuerpecito; diademas, collares, pulseras, ajorcas en los tobillos y en los muslos hasta que por fin le colocan en el talle un cinturón de plata que, oprimiendo sus exiguas caderas se ajusta sobre el pubis por medio de una medalla que luce, en relieve, la imagen de la diosa Kali, patrona del amor, del deleite y de la fecundidad.

Si se tratare de un novio infantil, de la misma edad de esta consorte pequeñita, habría sido idéntica la ceremonia de la *purificación;* pero ajustándose a la cintura del varoncito una cadena de la cual pende una llavecita, cuyo simbolismo no necesita mayores explicaciones.....

He aquí el ritual conque purificaron al marido mocetón: desnudado por los graves sacerdotes, fué bañado y masajeado, ungido de almizcles vigorosos que precaven del mal de la impotencia, y vestido con ropas suntuosas, adornadas de perlas y zafiros.

Realizados los ritos de este matrimonio *in partibus*, comienzan los festejos, estos interminables festines nupciales en que los indos echan la casa por la ventana. Una boda burguesa dura por lo común cuatro días; pero esta de la hija de un *babú* tan rico como Benarjí, seguramente que durará ocho días.

El número sustantivo lo constituye una serie de banquetes. Los primeros son para los familiares, los sacerdotes y las bayaderas. Después, por turno riguroso, van gozando de las viandas los amigos invitados, quienes deben ser estrictamente de la misma casta y de la misma o parecida creencia. Los menús los forman platos complicados, de una afrodisia evidente; postres odorantes, sendas copas de hidromiel y de leche de cabra, fermentada; confituras de cinamomo, de jengibre y de semillas exóticas; cigarrillos opiados, en tanto que guzlas y chirimías, siringas y panderos dan fin al comer, cuya pesada digestión habrá de facilitarse con la danza de las bayaderas.

Conviene advertir que los indostánicos, no obstante su milenaria civilización, carecen de la menor decencia para las comidas, pues la hacen con los dedos, en forma sucia y repugnante. Según el Abate Dubois, celebrado autor de "Moeurs et ceremonies de peuples de l'Inde" si los Maharajás y *babús* no comieran en forma tan repulsiva, sus viandas serían las más populares del Asia, dignas de competir con los complicados refinamientos de la culinaria china.

Otra advertencia. Todo lo que sobra de estos interminables banquetes es arrojado al río, bajo severísima vigilancia; pues si alguno de los infelices y famélicos criados lograse llevar a su boca un leve resto de la comida nupcial, la desgracia no sólo alcanzaría a los desposados, sino también a la selecta y numerosa concurrencia!

Las Bayaderas

Fué en Kandy, la vieja capital de Ceylán, donde ví por la primera vez a estas sacerdotisas del arte de Terpsícore. Bajo el milagro lechoso de la luna, en un patio sobre cuyas grises baldosas lucía una alfombra de Bokara, ví danzar a una joven de ojos inquietantes, sabiamente agrandados, por la magia del *khol*. La impresión de ese espectáculo está descrita en mi libro "Kaleidoscopio", con el entusiasmo vehemente de quien ve realizada una ansiedad de su vida.

Esta noche única, en que la luz selénica se combina con los mil bombillos eléctricos, algo inaudito aturde mis sentidos y siento como si una garra misteriosa me cosquilleara en la nuca y a lo largo de la columna vertebral. Cerca de mí, en un conjunto de prodigiosa maravilla, danzan seis bayaderas de Gwallior, seis diosas de acabada perfección física y artística. Han venido de muy lejos, desde el centro de la India; han venido a esta boda fastuosa, espléndidamente pagadas por un millonario de Calcuta.

Las bayaderas del Indostán, como las diminutas *geishas* del Japón, distan mucho de ser las hembras fáciles que nuestro mundo occidental supone. En la India, como en el Imperio del Sol

Naciente, la danza es una mezcla de cosa hierática y sensual, una doble expresión de misticismo y de voluptuosidad. Desde la más tierna infancia son escogidas por su belleza y su ingenio las niñas destinadas al rito de la danza y del amor. En Kyoto y en Benarés están los colegios del largo y artístico aprendizaje. La japonesa culminará en el manejo del abanico, en la sonrisa, en el lucimiento de su rica vestidura, en bailar y entretener con gracia a los samurayes y *narikines* del Yamato. La indostana modelará celosamente su cuerpo, copiará de su maestra, la cobra, todos los esguinces y las sabias etcéteras del deleite; hará de sus muslos, de sus caderas y de sus brazos una sola lira vibrante y polirrítmica; sabrá cantar con voz pastosa e insinuante las dulces canciones de la diosa Kali, y concentrará en sus ojos el arte difícil y mudo de los erotismos codificados en las páginas del "Kama Sutra".

Para ambas sacerdotisas la función amorosa es el sumun de su competencia; pero rige en la nipona un ritual especioso, un amaneramiento cortesano que la hacen completamente distinta de su hermana del Ganges, palmera animada de vida por el soplo sensual de la serpiente.

La bayadera es lo preferido y excelso en toda ceremonia indostana. Ella es la admirada y la siempre aplaudida, porque ella es la *naja* que no trae el peligro súbito de la muerte. Ella es el goce y la dicha. Se la puede abrazar, sentir sus tibias ondulaciones, mirar sus ojos fascinantes y agrandados como los de la cobra, aspirar de sus poros el perfume inenarrable de la yungla, sin la tragedia del veneno que pudre la sangre como una maldición de Siva.

Yo, el odiado extranjero, no pude saborear las complicadas viandas del festín nupcial; pero aquí estoy feliz, en este parque

fantástico, viendo de cerca la danza de estas bayaderas de Gwallior. Las veo transfiguradas de misticismo, como luego poseídas de una voluptuosidad antigua. Veo de cerca cómo tiemblan sus cuerpos gloriosos, cómo vibran sus muslos, cómo ondulan sus brazos, cómo treman sus manos y sus dedos ricamente enjoyados; veo, en la embriaguez de mi admiración, cómo se alongan sus vientres y cómo dice vida infinita el armonioso diapasón de sus caderas.....

Reglas de arte, preceptos de academia, compases, contrapuntos, nada de estas cosas parece decir la música rauca y doliente que oscila entre la urgencia apasionada y el gemido del goce realizado. La bayadera es la intérprete de la más honda exaltación humana, del amor, de este amor indo que siendo tan sensorial, tiene también su elevación mítica, porque es la clave de la vida, el triunfo de la resurrección en país regido por el culto de la muerte y por las ansias de purificar su podre carnal en la linfa del sagrado Ganges.

Como película de largo metraje me obsede el recuerdo. Oh, las danzas de Oriente vistas en los cabarets de Nueva York, de Buenos Aires, de París y de Marsella; oh, danzas anatómicas de vientre, danzas amaneradas de Egipto, burdas contorsiones de ludibrio con que la especulación hebrea explota la curiosidad infantil de los turistas; oh, torpes danzas vulgares, cuán lejos estáis de la sinceridad y bello simbolismo conque estas bayaderas dan relive carnal al ritmo de la música y a las ansias profundas del amor!

Mata Hari, que de las selvas javanesas viniste al Indostán en busca de nueva vibración para tus flancos puros y fatales! Tórtola Valencia, que lograste por el estudio, la maceración amo-

rosa y el tenaz masaje artístico la gracia inaudita de la bayadera! Quien os vió danzar en el ciclo triunfante de vuestra vida artística sí que vió las puras danzas de Oriente con toda la gracia torturante, excelsa, misteriosa y única de que son poseedoras estas lindas bayaderas de Gwallior!

El Fakir de la Botánica

Los más bellos jardines científicos, los de más rica y exótica flora, se hallan en estos países del Lejano Oriente, ubicados a lo largo del ecuador geográfico. Desde el hermoso de Paradeniya, en Ceylán, hasta el extenso de Buitenzorg, en la Batavia, puede decirse que una serie de estupendos parques botánicos adornan, como cinto policromo, el enorme sector que va de Goa hasta la isla de Formosa.

Calcuta, la Sultana del Indostán, no podía privarse de uno de estos Edenes científicos. Su vasto jardín goza de merecida fama porque es la obra excelsa del "brujo de las plantas", del sabio indo, Sir Jagadis Chaudra Bose, a quien el mundo asiático llama por antonomasia el "fakir de la Botánica".

En la mitad del Maidán, donde el caballo encabritado de Lord Robert Clive, finge desbocarse hacia la yungla misteriosa; allí, desde el broncíneo monumento, empieza la asfaltada vía de Park Street, por donde marcha raudo el automóvil que me conduce a los dominios del gran sabio de la India. Los enormes bambúes que, como *aigrettes* de esmeralda adornan la calvicie de un cielo sin nubes, me advierten la vecindad del famoso Botánico.

Por un sendero de variadísimas palmeras caminamos,

un joven estudiante y yo, en demanda del ilustre Chaudra Bose. Mi cicerone desea ilustrarme sobre algunas curiosidades, como el árbol del agua, la planta que se come las moscas, la que cambia de color según la hora del día, aquella cuyo automatismo se aprecia y registra por medio de estacas que, clavadas frente a su tronco, van marcando, con el correr de los años, un distanciamiento efectivo, que es la prueba de su marcha!

—La vida vegetal es muy curiosa y muy llena de misterios—me dice el grave estudiante de Madrás, que se digna acompañarme.

Yo le respondo en tono afirmativo, y aprovecho de la observación para manifestarle que, habiendo visitado ya algunos Botánicos del Asia, no son cosa nueva para mí estas curiosidades de las plantas. La primera vez, cuando las ví en Paradeniya, ellas me parecieron cosa de magia y de asombro. Ahora—le repito al acucioso estudiante—lo que me trae aquí y me interesa sobremanera, es ver al "fakir de la Botánica", a quien el Rey de Inglaterra y Emperador de las Indias, ha ennoblecido con el título de "Sir".

—Magnífico, señor Cónsul. Tomemos por este sendero para que usted le sorprenda curando unos arbustos atacados de sarampión...

Inclinado sobre unas macetas, todo envuelto en la nívea clámide indostana, un hombre sexagenario, una especie de San Pedro indo, acaricia, con su barba fluvial, unos arbustillos que a mí me parecen perfectamente sanos. Saludo y me inclino ante el formidable hombre de ciencia. Dígole quién soy y al nombrarle el país que represento, una amplia sonrisa de bondad y de esperanza le ilumina el bronceado rostro y pone, en sus ojos de fragua, un brillo de remota juventud.

—Ecuador!—exclama.—Lástima de vejez y de labor comenzada y todavía no concluída. Sépase usted, Señor Cónsul, que su país me ha interesado siempre y que he deseado visitarlo, abrigando la esperanza de realizar ese viaje algún día...Flora magnífica la de Sur América. Nuestra yungla es monótona, rastrera y llena de peligros ante vuestras grandiosas y ubérrimas selvas del Amazonas. Conozco los nobles y útiles trabajos de Humboldt, Darwin, Bonpland y Sodiro. Ciertamente, entre esos grandes ríos, los árboles viven una vida larga, robusta y gigante. Son dueños del suelo y del ambiente, y es natural que formen, como en Batavia, el más variado y extenso Botánico del mundo.

Sir Jagadis Chaudra Bose calla, medita un momento y parece volar hacia regiones antípodas, donde mil *casos* vegetales reclaman su paciente y sabia atención. El Brasil, la proteica nación de las veinte fronteras, le ha invitado para que recorra y estudie su feraz territorio; mas, cómo pensar en ir, con los Laboratorios en plena acción exprimental; cómo complacer a la República sud-americana ante los compromisos contraídos con la Sorbona de París y con varias Universidades tudescas que esperan, ansiosas, la palabra del sabio.

Además—dice el maestro—están los achaques propios de mi edad...Precisa, pues, que yo envejezca con la estática del árbol, que va perdiendo en su mismo sitio las hojas y las ramas, y entregando paulatinamente a las hormigas la rica sustancia del tronco y de sus raíces!

Entregada mi atención al discurso reposado y veraz del "brujo de las plantas", apenas si me he dado cuenta de los numerosos jóvenes indos que forman círculo hierático a nuestro alrededor.

—Son los estudiantes, son mis discípulos,—me dice dulcemente el sabio.—La verdad: yo les enseño muy poco, casi nada. Mi tarea se reduce a inculcarles cariño por las plantas, porque ellas, las pobrecitas, tienen nervios y sufren y aman como nosotros. No hay proporción razonable entre lo mucho que recibimos de ellas y lo poco que ellas reciben de nosotros.

Saludo, con una lenta inclinación de cabeza, a los discípulos del "fakir de la Botánica", e insisto en la conveniencia y posibilidad de su ansiado viaje a Sud-América. Hago hincapié en la reciente jira del gran poeta Rabindranath Tagore, y por fin suplico a Sir Jagadis Chaudra Bose me informe de los años que lleva consagrados a su jardín de Calcuta y a los ingeniosos Laboratorios de la vida vegetal.

—Hace ocho lustros que trabajo, sin descanso, en estas plantas. Ese árbol que usted ve allá—indicándome un grandioso *baniano*—me vió jugar en sus múltiples raíces, cuando yo era un niño: hoy, el mismo árbol me ve ya viejo, buscar su fresca y rumorosa sombra....Desde hace treinta años estudio las funciones biológicas de las plantas. Encontré que la función cardíaca de algunos arbustos era cosa sumamente interesante...Al cabo de largos estudios, muy pacientes y varias veces rectificados, logré comprobar y demostrar que el mecanismo de la vida vegetal es idéntico al de la vida animal...Las fimbrias de los árboles se fatigan de la misma manera que los músculos del animal...Créame usted que el hacha del leñador es tan cruel y *sangrienta* para el árbol como el puñal asesino para el cuerpo de la víctima...En algunas plantas la función sexual es un acto muy ingenioso y simpático...pero lo que más me emociona es el fenómeno de la muerte: las plantas, que son dueñas de un siste-

ma nervioso muy sensible, lo evidencian en la agonía, por medio de espasmos muy patéticos....He podido comprobar que la vida nerviosa de los vegetales es tan fuerte que ella persiste a despecho de lesiones ubicadas en centros biológicos de grande importancia.....

Por grave que sea mi atención, la profunda variedad del tema es para mí tan novedosa, que yo me siento desorientado ante el discurso del maestro. Sé que estoy ante un grande espíritu, sé que estoy escuchando a una verdadera autoridad mundial, en cuya busca vienen gentes de estudio, de las cinco partes del globo. Respeto y admiración son mis ofrendas para el mago de la vida vegetal, sin cuyo grato verdor la tierra sería un esferoide yermo, ardiente, gris e invisible.

Confieso mi ignorancia botánica, pero considero también un deber de urbanidad dármelas de *avisado* en la materia, a efecto de justificar mejor el tiempo que le he quitado al sabio. Examinada, después, la estupenda colección de orquídeas, donde no es posible llamar flores a caprichos vegetales que más parecen retazos de vísceras o caricaturas de insectos funambulescos, me despido del brujo de Calcuta, llevándome una impresión que difícilmente olvidaré en el rodar perenne de mi vida.

Desde el automóvil contesto con una lenta inclinación de cabeza la gallarda zalema con que me despide el sabio. Algo interior se agita en mí, tal vez el respeto, la sorpresa, la admiración; algo interior dice con mis labios: "Bendito seas tú, oh, Sir Jagadis Chaudra Bose, que sabes el mal romántico de la rosa, el erotismo febril de la palmera y el fiero orgullo del laurel! Bendito seas tú, oh "fakir de la Botánica", que sabes por qué son amarillas las flores del Campo Santo y por qué son rastreros la ortiga y el espino!

Rabindranath Tagore

Así que este formidable aeda puso sus desnudas plantas en el suelo de la India, no he perdido esfuerzo ni minuto alguno para lograr visitarlo; pero hasta hoy han sido inútiles todas mis gestiones. El gran segador de laureles, ruidosamente aplaudido en todos los países que acaba de recorrer, encuentra su patria absorbida por la reacción reivindicadora. Gandhi, el apóstol de la "*no-cooperación*", pudriéndose en la cárcel; los belicosos *moplahs*, con ganas de repetir sus motines; y por todas partes theorías de fanáticos intransigentes, que exigen de este dulce Francisco de Asís indostano, un rol violento, una acción encendida y mortal, que dé al traste con los rubios dominadores de la tierra de Visnú, el fecundo; de Siva, el justiciero; y de Kama, la sibila que enseña en el deleite la perpetuación de la raza....

Tagore se ha ausentado de Calcuta, buscando en Sambalpur, en su colegio de Shanti-Niketán, el refugio del silencio. Nó; no vendrá a la sultana de los palacios, a la *city* de los grandes clubes, a la Calcuta del fausto y la sórdida miseria, de las cien castas antagónicas, del ruido mercantil y de la grave meditación gangética.

Las consideraciones que acabo de expresar han regulado, desde hace muchos días, mi pensamiento de hombre curioso y observador. Pero gracias a mi buena estrella un diario local viene a extinguir mis decepciones. Por fin voy a ver a Tagore, voy a oirle recitar uno de sus más bellos poemas, debido a que el bardo se ha dignado corresponder a las muchas instancias de

la Universidad Central de Cultura Indostánica, sapientísima corporación que ha organizado un recital.

Desde su retiro de Shanti-Niketán, este Homero asiático ha venido a pie, vestido a la usanza del país. Ha venido para llenar, con su nobilísima figura, el proscenio del Teatro Maidán, donde no han dejado espacio posible los estudiantes de Bengala y los vates esotéricos, de fresca juventud y luminosos turbantes. Tagore va a recitar en idioma *bengalí* su poema cósmico "Versha Mangal". Yo no entiendo un vocablo de esta lengua; pero con la ayuda de una síntesis británica, me encamino al Teatro, dispuesto a seguir, con devoción vernácula, las actitudes del bardo y a recoger, en el caracol de mi oído, la armonía de sus versos.

Gracias a mi cargo oficial he podido conseguir una buena silla, en la que me instalo de los primeros, confundido con la multitud, ávida de lirismo y de emoción. La síntesis inglesa me advierte que "Varsha Mangal" es un poema de grandiosas proporciones y que en su recital el poeta nos dirá solamente la parte relativa a la formación de la lluvia y a los beneficios que derrama sobre las místicas y enormes poblaciones del Indostán.

Alzado el telón, presenta el proscenio un extraño golpe de vista, con su decorado típicamente hindú. Contra un fondo que imita la yungla o maraña vegetal, veinte vírgenes bengalesas, veinte beldades de Calcuta, notables por su hermosura y elegancia, muestran los encantos de este país hermético, que oculta celosamente sus hembras a la vista del odiado extranjero, vil devorador de las vacas sagradas.

Ahí están ellas, gráciles y finas como estatuillas de terracota; ahí se ofrecen idealizadas, como plasmó a la dulce Sakuntala,

el divino poeta Kalidasa; ahí, envueltas en velos transparentes, adornadas con el *sari* de amplia franja de oro, dejan entrever sus excelsas y broncíneas esculturas, cuya perfección recuerda a las figulinas de Tanagra; ahí lucen sus grandes ojos negros como la noche de la yungla, sus ojazos de lagos de tinta en los que cabrillea el éxtasis de la carne...Ahí están, hieráticas, con las zampoñas y rabeles que acompañarán la voz cálida y armoniosa del vate iluminado.

Ah, belleza rara de estas hindúes que en vano busca el turista en las calles de Calcuta, sin hallarlas por ningún sitio!.... Mendigas asquerosas, viejas entregadas a los más ruines menesteres, feas lumias de Chandernagor, son los ejemplares femeninos que hieren los ojos del europeo. Ellas, las divinas flores de malaquita, fieramente orgullosas de su raza y de sus creencias, huyen del blanco viajero, sólo transitan en coches muy cerrados, y cuando al bajar de ellos algún ojo azul atisba el descenso, los aurigas y lacayos extienden entonces amplias sábanas que libran a la dama del mirar inquisitivo!

Un estremecimiento general me arrancó de mi oblación a la gracia femenina de la India. Rabindranath Tagore, bello y mayestático como un apóstol bíblico, apareció con el traje que yo deseaba verlo; nívea clámide le cubría desde los hombros hasta el medio muslo, formando la parte de atrás una especie de cola que le caía de los riñones hacia abajo; las piernas y las pantorrillas completamente desnudas; los pies descalzos y enrojecidas las plantas por medio de un tinte vegetal. La cabeza libre, sin turbante, sin duda porque los grises y abundosos rizos le caen como cascada nazarena, arropándole el cerebro. Abierta sobre el pecho, la blanca barba fluvial le da un aspecto de abue-

lo joven, rasgo que completan sus ojos plenos de una dulzura infinita, de una paz honda y unánime. En la mitad de la frente soñadora un disco de pintura encarnada revela la antigua religión del bardo.

Tagore es un poeta superlativamente hermoso. Precisa admitir que la belleza de su espíritu, rompiendo los vasos de la concentración mental, se ha derramado en su fisonomía hasta darle un sello de plasticidad renacentista. Sin embargo; Miguel Angel no sería su pintor, por bíblica que sea la silueta de Tagore. El Buonarroti, de enérgica pincelada, no sabría fijar, con justeza, toda la dulzura de plegaria infantil que fluye de este *poverello* de la India. Su pintor sería más bien Leonardo, porque este artista divino supo fijar la leve sonrisa de Gioconda y porque supo llorar de emoción ante el cuerpo desnudo de la Duquesa de Farrara.

El poeta habló...Su verso fué como un lamento de alteraciones guturales que las veinte musas de formas estatuarias siguieron con una música triste, casi imperceptible, parecida a la *quena* de los hijos de Manco-Cápac. El poeta siguió recitando con la majestad de un sacerdote transido de dolor, cosa que me hizo recordar el sermón cristiano de las "Siete Palabras". La música, lentísima y doliente, resbalaba sobre el auditorio como una lágrima de este enorme y fanático Indostán....

En el rauco idioma bengalés, el poeta imploraba a las nubes, conjuraba a las fuerzas cósmicas, rogaba por la lluvia; y fueron entonces visiones de masas sitibundas, y fueron entonces desfiles de ganados hambrientos, y fueron entonces desmayos de plantaciones marchitas, y fué, sobre todo, la calcinación unáni-

me de la yungla, lo que èl vate hizo ver en sus versos inenarrables.....

Ah, la horrible sed, la atroz hambruna de la India, el cortejo fúnebre de la peste bubónica y del cólera! Ah, la visión horrenda de la yungla enfurecida, del tigre famélico, de los elefantes lunáticos, de la sierpe agresiva y mortal! Ah, los terribles y múltiples males que se derivan de la ausencia de la Hermana Agua! Todo el auditorio, con los ojos desorbitados y febriles, vió—con el poeta iluminado—la visión dantesca de la sequía.....

Reinó después un largo silencio sepulcral....Más que mirar, el auditorio se extasiaba adorando el rostro divinizado del poeta. Hubo por fin una lenta irrupción de esperanzas. El vate, con los brazos abiertos, declamaba nuevas estrofas y el coro de beldades bengalesas golpeaba, enardecido, los sistros y tan-tanes. Siva, el sordo a la súplica; Visnú, el impasible al dolor colectivo, cedían el caso al padre Brahma, creador del mundo y de la humanidad. El cielo, rasgando su vientre de estaño, soltaba un alarido de tormenta; por la amplia herida surgían, como chorros, los negros nubarrones; y el monzón, el redentor monzón de la India, vertía sobre la tierra calcinada sus cántaros de frescura. Bendita el agua de Brahma; bendita el agua celeste que sabe el secreto de la vida y purifica las almas en el sagrado lecho del Ganges!

El simbolismo de "Varsha Mangal" había llegado a su punto culminante. El concierto multiforme de la yungla con su millón de arpas seguía las estancias del poema. Todo el auditorio parecía sentir el canto alegre de los pájaros, el ruido optimista de las fieras y el agradecimiento compacto de la multitud

redimida de la sed, el hambre, la peste y la muerte. Las musas, coronadas de rosas centifolias, bailaban una danza mística, de resurrección y de embriaguez juvenil. Sus veinte cuerpos, florecidos como veinte juncos del Nepal, decían, en temblores únicos, el misterio de la vida y la afirmación de la especie creada por Brahma en el paraíso de Kandy.

Yo, casi aturdido ante el bello panteísmo del recital, concentraba mi atención en la figura del poeta que había hecho vibrar, hasta en sus raíces, a su numeroso auditorio. Qué bello, qué simbólico y qué humano! De toda la figura de Tagore fluía una dulzura proteica que, confundiéndole con Francisco de Asís, no le alejaba de Sócrates, ni del celeste Poeta del Sermón de la Montaña.

¿Poeta?

Poeta hay que serlo así, todo entregado a la belleza multiforme de la vida. El vate, como aristócrata del espíritu, ha de ser cosa distinta del montón humano. Debe ostentar en la forma, en el verbo y en la luz de los ojos, éso, que separándolo de la basta burguesía, le acerca a Dios, Supremo Creador de la Belleza. Así fueron los poetas de la Biblia, de la Hélade y del Lazio; así son estos grandes poetas de Oriente, príncipes del Espíritu. Así los ví adorados en una vieja pagoda de Nikko, así los ví endiosados en la tumba china de Li-Tay-Pé; así irradia, como hijo predilecto de Brahma, el dulce Kalidasa; y así he visto, venerado por trescientos quince millones de almas, al místico Rabindranath Tagore.

Cuando todo emocionado abandoné el Teatro Maidán, bogaba en el cielo, como un gran cisne de plata y de poesía, la luna de la India.

BENARES

En marcha

Un programa de viajes por la India, que mis quebrantos de salud me impiden realizar ahora, formaba mi proyecto primitivo. Agra, Delhi, Alahbad y la voluptuosa Cachemira se quedan en la ruta de las ilusiones, libres de mi sandalia vagabunda, inexploradas por mis ojos curiosos como los de un niño, penetrantes como los del azor. Por adversas y duras que fuesen las circunstancias, no era posible dejar de ir a la ciudad sagrada del Río Ganges, a la ciudad más antigua è ilustre de la India, a la cosmópolis de los mil templos seculares, que en los días de santas abluciones cuadruplica su población de bracmanes, fakires, sudras y devotos.

A la luz rojiza del crepúsculo, cuando el véspero de Calcuta es como el aliento tibio de un recién nacido, atravesamos el lúgubre suburbio Nimtola, cuyos sombríos callejones desembocan a "Howrah Station", donde nos espera el tren que salvará los setecientos kilómetros que hay desde aquí hasta Benarés, la mística.

Instalado en el amplio vagón, con la cara sonriente y sudorosa bajo el abultado turbante, nos espera el moro Zarif Ghali, a quien tengo que aguantar las más torpes e irritantes truhanerías. Ya dije, en los comienzos de esta obra, que en la India no se puede dar un paso sin que la sombra del *servant* siga por todas partes al viajero. No lejos de mi criado un adiposo muslín me alarga un papel, llevándose una mano al pecho e inclinando, hasta las rodillas, la cabeza.

—*That is all right*—me dice, con la voz temblona de los cómplices, el bellaco de Zarif Ghali.

Leo: *Pillows, sheets, towels,* etc. Busco a la derecha una cifra y claramente descubro, 50 Rupees! Tres libras esterlinas por los trapillos estrictamente indispensables para dormir, por una sola noche, en estos trenes de la India, donde es costumbre que el viajero lleve, forzosamente, un montón de cosas para su marcha! Quiero protestar, quiero fiscalizar; pero el gandul de mi criado corta mi intención, diciéndome con voz melosa:

—*Master, every thing is all right....*

Pago, mejor dicho, tiro los billetes a la cara del mofletudo muslín, y entro con mi esposa al compartimento de estos anchísimos trenes de la India, hechos expresamente para viajar tres o

cuatro días por rutas ardorosas, inhospitalarias, plenas de miasmas y de mortales peligros. Hay zonas en las que el tren rueda todo un día sobre la yungla apretujada y rebelde. Cuando se construían estos largos ferrocarriles, fueron millares de peones los que el tigre, la hiena y la pantera devoraron a la luz meridiana, ante el estupor de los ingenieros y de los capataces. Agréguese a esto que las *najas* o serpientes cobras defendieron terriblemente, con sus mortales mordiscos, el señorío de la yungla. Hoy, a despecho de los ferrocarriles, la defensa continúa tan feroz como hace medio siglo, pues las estadísticas inglesas informan que anualmente perecen, por la garra del tigre y la mordedura de la cobra, 60.000 indos, o sea un dos por mil de la población total del vasto país himalayo.

El convoy empieza a moverse con menguante lentitud, y como no veo en la puerta de mi compartimento al bellaco de Zarif Ghali, me asomo por la ventanilla y le descubro en lucha acalorada con su paisano, el moro vendedor de géneros blancos. Se repite la historia local: los cuervos cobrizos de la India se están repartiendo las rupias de un incauto forastero, Cónsul por añadidura! A grandes zancas mi criado llega al tren, sube al compartimento, monta aparatosa guardia en la puerta y sonríe como si nada hubiese sucedido....

La Yungla

Un aliento complicado de muchas cosas en fermentación, un aliento de agua estancada, de tierra húmeda, de pulposos frutos macerados, se entra por las ventanillas del tren. Afuera,

una etiópica negrura, taraceada de mil puntos luminosos, nos advierte el pleno dominio de la yungla.

Hay ratos en los que la jadeante locomotora reduce la velocidad de su marcha, permitiendo a nuestra oreja separar, del chirrido de los ejes, un rumor indescriptible, una especie de sordo lamento, que es la voz o el respiro de la yungla.

No sabemos por qué nos sobrecoge el espectáculo, no sabemos por qué, algo trascendental y misterioso, aplasta nuestro espíritu. Los puntos luminosos, que bien pueden ser inocentes luciérnagas, se nos ocurren pupilas agresivas de sierpes y panteras; el lejano y caótico rumor parécenos el postrer alarido de los millares de personas trucidadas por el tigre, soberano absoluto de la India.

Cuánta aventura truculenta, cuánta página dolorosa y sentida de Rudyard Kipling, viene a nuestra memoria con inesperada precisión. Imposible conciliar el sueño, imposible acomodarse ante un bochorno que el abanico eléctrico no puede contrarrestar. Las sienes sudorosas se nos pegan en la almohada; el hálito de la selva nos obsede con sus vapores de farmacia. A pesar de la oscuridad distinguimos, muy agrandado, el turbante de nuestro cobrizo *valet*, y aunque parece roncar como una marmota, no deja de ser inquietante saberlo incrustado en los vidrios de la portezuela. Una fuerte pitada repetida por interminables ecos va reduciendo la marcha del convoy. Simultáneamente la borrosa figura de nuestro criado se agranda como sombra chinesca, se incorpora, estira el brazo y golpea con tesón nuestra puerta.

—Qué ocurre?—pregunto medio intrigado a mi sirviente.

—Master: la máquina va a tomar agua, y hay que cerrar las ventanilllas cada vez que el convoy se pára. Mucho extranjero ha pagado con la vida el no cerrar las ventanas en estos paraderos donde las *najas,* atraídas por la humedad, son muy numerosas. Parece que las cobras ven mejor de noche que de día, y así que descubren una ventana abierta, se deslizan, muerden y se van por donde vinieron...Cuanto a la víctima, ésta se queda fría y tiesa para siempre!

El mahometano, inclinando gravemente la cabeza, torna a su improvisado lecho, seguro de que el peligro advertido es para gentes de la vil raza blanca; pero yo, que por los relatos de Salgari, ya tenía conocimiento de tan grave amenaza, aseguro las ventanillas, aunque sea doblemente infernal el suplicio del calor.

Por fin, pasadas muchas horas de vigilia emocionante y medrosa, el sol, el formidable sol indostano, dispara su primer aljaba de oro. Zarif Ghali, exagerando su destreza, alista el baño y da las órdenes necesarias para que las grape-fruts, el te y los *scones* nos sean traídos al compartimento.

En tanto que regalamos nuestros molidos cuerpos con la frescura saludable de la ducha y despachamos el sustancioso *breakfast,* vemos desde la abierta ventanilla, el dilatado paisaje. No obstante la exuberancia vegetal, las enormes plantaciones de yute ponen, en todo el conjunto, su nota de monotonía. Ya no estamos en la yungla, es decir, en la enmarañada y salvaje república de los peligros. De trecho en trecho asoman hacinamientos de chozas pajizas, rosarios de gentes semi-desnudas, entregadas a lentas labores. Nos aproximamos a un burgo heterogéneo, a cuyo alrededor se mueven unos manchones grises. Son cuadrillas

de elefantes domesticados que se dirigen a realizar labores que los héticos indos sólo podrían ejecutar en grandes grupos.

Dolce far niente

Si en la Nigricia la mosca tse-tsé causa el mal del sueño, en las vastas regiones del Ganges la canícula produce esta solemne pereza, que muchos creen propicia al vivir contemplativo de los hindúes.

En la India nadie se mueve, nadie se agita, nadie se inquieta.....El nirvana, como lluvia de ceniza, cae sobre los seres y las cosas! Quien observe con paciencia la vida orgánica de los indos comprobará que ellos sólo adquieren el vigor físico por una evolución muy lenta de la materia. Con el correr de los años, se insinúan en el cuerpo unas débiles protuberancias que son como la caricatura de los músculos. Las mujeres, todas fuego en las negras pupilas, todas erotismo en la sabia etcétera del vientre, son débiles y magras como los juncos y, cuando en plena gestación marchan vestidas con su ligerísima clámide, parecen más que mujeres, cordelitos con un gran nudo en el centro.

Desde las más humildes castas de los sudras hasta las superiores de bracmanes y babúes, los criados van en progresión ascendente, y es tan estricto el reparto de la pereza, que aún, entre los mismos ilotas, la división del *dolce far niente* alcanza para todos, regalando bostezos a los únos y langor a los de más allá.....

Los rubios cazadores de oro, esos hombres de estirpe aventurera, capaces de revivir los tiempos de Francis Drake, llegan

al Indostán poseídos de la ruda actividad con que escalaban las colinas de Gales o las montañas de Escocia; pero ese vigor les dura poco ante el hálito infernal del sol de la India. Pasado el primer año, toda esa acumulada fuerza física, todo ese exponente del vivir deportivo no responde ya a la invitación cotidiana del jugoso *breakfast,* y es entonces cuando las tentativas de acción parecen diluírse en largos e interminables bostezos. Desde ese instante, el hombre caucásico, de musculación hercúlea, comienza a buscar, entre los camaradas de subalterna categoría, a quien endosarle sus labores. Encontrada la víctima, ésta buscará también a quien pasarle la carga recibida; y así, hasta que la faena se diluya entre los parias de ínfima situación.

Este es el *dolce far niente,* esta es la pereza, la dolencia milenaria y unánime de toda la India!

Hay quien busca la causa del mal en el ambiente místico del país, en el ígneo sol que todo lo amodorra y deprime, en las especias cuyos alcaloides somníferos son el mejor condimento de las viandas vernáculas, en el *curry,* plato favorito de los extranjeros, cuya digestión pesada y flatulenta, reclama largas horas de *rocking-chair*.....

Desde luego, este calor indo no es el bochorno del Africa norteña, que enardece al beduino poniendo alas de huracán a su flácido bridón; tampoco es el calor de la Mesopotamia, que desafían las caravanas de camellos sitibundos; y dista una inmensidad de nuestro caloreito americano, de nuestra ardentía tropical, donde la vida no exige el uso del voluminoso turbante, ni del protector casco de corcho, pues basta con un sombrero de Jipijapa para pasearse bajo el sol, sin correr el riesgo de una muerte fulminante.

Es en nuestra zona tórrida donde se trabajan las más duras faenas agrícolas. Quien quiera que suba nuestros ríos, penetre nuestras selvas y asome sus ojos curiosos por nuestras ardientes llanuras, verá a nuestros campesinos y jayanes desmintiendo el calumnioso cargo de perezosos. Hay que ver a los americanos del trópico, subir a golpes de palanca los ríos más correntosos del mundo; hay que verles desgajar los bosques al filo de sus machetes; hay que verles domar potros cerriles y enlazar toros salvajes para comprender, entonces, cómo se trabaja en nuestra América Tropical. Sólo, con hombres de tánto temple y de sobriedad tan espartana, pudo realizarse una de las empresas más grandes de la Historia: la emancipación de cinco Repúblicas, lograda en el continente austral, sin la ayuda de los Lafayettes, Rocheambaux y Cajigales.

Pero volvamos al sol de la India y a la aplastante pereza que rige la vida de este enorme y milenario país. Sólo un sér irracional, pero muy bondadoso, resiste los fundentes rayos del astro químico y siniestro. Ese prodigio del Ganges, ese noble hijo de Visnú, es el elefante, señor de la yungla y enemigo declarado de la pereza.

Los Elefantes

Esos que veo desde la ventanilla del tren, no son aquellos seres ponderables de fuerza, amos absolutos de la yungla, ante cuyas trompas nada valen la destreza traidora del tigre, el hambre gregaria del chacal o la sinuosidad asesina de la sierpe. Desde que la sorpresa los aprisiona con grandes aros de hierro, des-

de que pisan ingenuamente la trampa que habrá de esclavizarlos, los elefantes parecen comprender la miseria de los indos, fingen conmoverse de la hambruna de sus cazadores, y son ellos—los seres fuertes y bondadosos—los que resignan todas sus fuerzas en beneficio de su esmirriado opresor.

El elefante es lo más valioso y querido de la familia indostana. Por algo tiene un especial recuerdo en las leyendas sánscritas, y ya sea por el lado religioso, ya por el utilitarista y sustantivo, nadie se atreve a lastimar o mortificar a un sér tan lleno de virtudes, en cuya enorme estructura parece repartida toda la bondad de Brahma.

Ciertamente que estos dóciles paquidermos parecen niños grandes, ciertamente que tienen la conciencia benévola de los seres fuertes; y es cosa interesante y divertida verlos agrupados, jugando como colegiales en asueto, guiñando sus ojitos maliciosos, agitando sus enormes orejas para espantar las moscas, y retorciendo—en espirales de herrumbrosa carne—esas trompas prepotentes, capaces de hacer papilla el cuerpo elástico del tigre o el cilindro musculoso del boa constrictor.

Los elefantes valen en oro el peso de su augusta masa. Ellos desgajan los bosques; acarrean, como si fuesen pajas, los gruesos troncos centenarios; ellos roturan el suelo calcinado por las grandes canículas, mueven los arados y derraman—al grave ritmo de su marcha—la prometedora semilla. Ellos, trotando en las riberas del Ganges y del Bramaputra, halan, como atados de plumas, las barcazas que en vano podrían subir un metro contra la corriente; ellos, los grises proboscidios, son la garantía del agricultor, porque donde hay elefantes el tigre se aleja, huye el chacal y se escurre la sierpe de mortales colmillos. Los ele-

fantes resisten el sol, no se anonadan ante el frío, toleran la sed y saben ayunar como un beato en cuaresma.

Estos grandes paquidermos, en no alejándose de la India, viven fácilmente más de un siglo. A los veinte años de esclavitud su domesticidad es absoluta hasta asumir la dulce tolerancia de un abuelo. Su inteligencia, realmente maravillosa, les permite distinguir a sus dueños, por la voz. Hay que verlos jugar con los niños de su amo, a los que acaricia y levanta suavemente con su trompa.

Su fuerza es incalculable porque jamás se ve en los elefantes, como en la mayoría de los seres de la naturaleza, la contracción casi dolorosa del esfuerzo. He visto en los caminos de Bengala convoyes de carretones cargados con bultos de alambre, barriles de clavos y planchas de zinc; y he visto tras de la última carreta al elefante que, con el tope de su frente, ponía en movimiento a todo el convoy.

La huella de su pisada es como el martillazo de un herrero, y a la verdad que asombra la precisión de su tacto. Un niño o un objeto frágil le merecen suavidades de mano femenina; pero así que su instinto advierte la presencia de un sér odiado, entonces es mortal el anillo de su trompa y es pulverizante, como golpe de maza, la presión de su pisada. La cobra le huye porque sabe la astuta sierpe que su triangulada cabeza se volvería redonda y chata, como una oblea, bajo las patas del coloso de la yungla.

Y este dócil paquidermo, que fué factor decisivo en las guerras de antaño, y que desfila solemne y magnífico en la coronación de los Maharajás; este dulce elefante que ahuyentó a las legiones de Roma en Canes y Trasimeno, ¿con qué se nutre, con qué mantiene el vigor de sus potentes músculos?

Pues...con yerbas, con tiernos tallos, con simples golosinas!

Ya os dije que los elefantes son como los niños, alegres y golosos. Adoran los yerbazales y sobre todo la yungla, de blandos y renovados brotes. Cuando—conquistados en la selva—pasan a la vida medio civilizada de los indos, entonces tórnanse golosos y sus mejores banquetes, aquellos que deciden su esclavitud, son los grandes panes de centeno que, remojados en hidromiel, les ofrece su astuto cazador.

Además de sus bellos y variados atributos, el elefante es un paradigma de la castidad, fidelísimo con su amo y muy sobrio y respetuoso de lo ajeno. Naturalmente que le encanta la caña dulce; pero entregado a su dura faena de labranza, bien puede cruzar enormes cañaverales, sin atreverse a desgajar un solo canuto, en tanto que su guía indo no lo invite, objetivamente, a hacerlo.

El elefante que vemos en nuestros países no es el grande, robusto y majestuoso de la India. Ese pobre desterrado, que se exhibe en los circos, con acompañamiento de fieras y de perros sabios, no es ya lo que fué ni lo que debió ser. Basta con mirar su aspecto melancólico, su resignación dolorosa para localizarlo como pobre exilado que sufre de triste saudade, suspirando por sus lagos azules, por sus bosques de inaudita exuberancia, por su yungla en la que el yerbal le llegaba a la altura de la boca, para pacer más a gusto; suspirando, en fin, por los vientos cálidos y perfumados, por la luna radiante a cuya intensa lumbre, en la soledad infinita de la selva, amó con severísimo recato....

Oh, noble señor de la yungla! oh, generoso atleta del bosque indostano. Bien hizo el poeta Kalidasa en cantarte y exal-

tar tu magnanimidad, porque tú, dulce elefante, reflejas la serenidad de Brahma y la benevolencia de Budha!

La Ciudad

Un escándalo de luz que reverbera en la copa de los árboles, en las guijas del camino y en la exuberancia de la llanura, se enfoca, se concentra y por fin se dilata, como la acerada hoja de un alfanje, en el lecho del río místico y santificado. Atravesamos un largo puente de hierro, bajo cuya arquería corre una linfa ocre, taraceada de flores y de frescas ramas de abedules. Es el Ganges que corriendo rumoroso dice su rezo antiguo, su trémula plegaria sánscrita; es el río de la antiquísima urbe llamada *Varanassi,* viejo sacerdote que lame con su barba de espumas, los muros de los templos milenarios; es el piadoso conductor de seres *purificados,* que bajo lecho de flores van ofreciendo, a los cocodrilos, sus carroñas chamuscadas.....

A la distancia, contra el radioso horizonte de argento, se contempla una cúpula que no es precisamente la media naranja de San Pedro, ni la audaz bellota de Santa Sofía. Lo que ahora distinguimos con mayor precisión es una cosa enorme, que fluctúa entre cúpula y atalaya, una especie de medio pepino de oro, que los indos llaman *sikra,* vocablo cuya traducción parece corresponder a nuestra palabra cúpula. Esta famosísima de Ramnagar, cuyos claros detalles anuncian ya nuestro arribo a Benarés, es la cúpula más alta y hermosa de todo el viejo mundo indostano.

La paulatina disminución de la velocidad nos advierte que el convoy va entrando en agujas, bajo la penumbra de los grises cobertizos.

Mi criado, Zarif Ghali, sacudiendo su laxitud de varias horas, entra en acción y con el talante de un visir, manda que lleven al automóvil nuestro breve equipaje. A regañadientes obedecen sus órdenes los faquines indostanos, pues bien le saben muslín, fanático creyente del apóstol fatal, cuya media luna sirvió de hoz segadora para la santa Benarés.

Cruzamos la ciudad por calles que apenas permiten el paso del modesto "Ford", cruzamos por calles bordeadas de altos edificios, cuyos aleros parecen tocarse en la altura. Son rúas de aspecto morabita, cuya estrechez y animación denuncian un largo pasado de conquista mahometana. Estas mismas casas, de tres y cuatro pisos, contempladas desde la ventanilla del tren, nos parecieron bastiones de añosas fortalezas, debido a que los muros de sostén, por el lado que mira al Ganges, tienen hasta diez metros de mampostería. La ciudad santa no desciende lentamente al río. Se asoma desde lo alto y contempla la rauda linfa que arrastra, entre guirnaldas de flores, su rosario de cadáveres.

Nos detenemos en la ilustre pagoda de Bissheshwar, toda de oro, cuya caprichosa cúpula atrajo nuestras miradas desde la última curva de la vía. Entre el millar de templos de la muy docta Benarés, éste de la *sikra* de oro, es uno de los más reverenciados. No lejos de su recinto se halla el pozo de Mankarnika, el lugar más religioso y santo de la antigua Varanassi, pues según los Libros Vedas—Biblia de la India—el pozo fué cavado por Visnú y sus aguas no son otra cosa que el sudor de la diligente

deidad indostana. Millones de peregrinos vienen a beber en él y a llevarse, a sus villorrios de los últimos confines de la India, un cantarito de agua santificada.

Por todas parte surgen templos y más templos!

Largas theorías de fieles recorren, con mística unción, las estrechísimas calles de la ciudad. De ordinario tiene Benarés 250.000 habitantes; pero hay días que los peregrinos llevan esta cifra a más del millón. Esta ciudad, que en lo antiguo llamaron Varanassi, es la *matusalén* de todas las urbes del globo. Destruída varias veces por distintos conquistadores, no ha dejado de volverse a levantar, probando, con esta capacidad milenaria, su clara esencia divina.... En lo industrial, como en muchos otros aspectos, conserva sus nobles tradiciones: ella es centro de orfebres muy delicados y de tejedores exquisitos; tiene también rica vida agrícola, pero por sobre todas estas cualidades, ella es la ciudad santa, la ciudad mística y hierática, la cosmópolis del *trimurte* divino!

"Panch-Kos" es el nombre de una calle circular, de siete y media millas de extensión. El espacio contenido por este círculo urbano resuelve la inquietud teológica de doscientos millones de indos, pues quien muera dentro de Panch-Kos, se glorifica, porque logra ser admitido en el seno de Siva. Desde Karachi hasta Colombo, desde Bombay hasta Madrás, dentro de este sector que puede contener a muchos reinos y naciones de Europa, se agitan seres moribundos, que en el estrabismo de la agonía buscan el circuito de Panch-Kos, ansiosos de rendir allí la vida, ansiosos de descender al Ganges y de verse llevados por su corriente al seno inmortal y piadoso de Visnú!

Como a toda ciudad mística, no le falta a Benarés su industria religiosa. Abundan los vendedores de ídolos, de miniaturas

de templos, de cántaros para portar el agua del Ganges; abundan los doctos bracmanes que dicen exorcismos y plegarias sánscritas; abundan los vendedores de amuletos, de imágenes, de medallitas y, sobre todo, forman legión los vendedores de leños perfumados, de simples astillas, de virutas de carpintería, materiales indispensables para la cremación de los muertos. Hay quien se carboniza sobre trozos de sándalo, hay quien se tuesta sobre simples virutas o sobre restos de mísera cajonería....

En la gran calle central de los bazares, donde cada zoco o tenduchín moro ofrece mil curiosas mercancías, se agrupan los *yogas* esotéricos, los fakires, los fascinadores de serpientes, los mendigos más repugnantes y astrosos de la península indostana. La piedad, como cosa divina, es factor lucrativo de la industria religiosa; y no hay peregrino, por miserable que sea, que no se sienta compelido a dar algo, a desprenderse de una parte de lo suyo en obsequio de los pobres. En Benarés, mejor que en Constantinopla, Sión, Roma, o Nikko, los mendicantes gozan de un perfecto paraíso terrenal.

Queremos salir al río, llegar cuanto antes a sus grandes escalinatas de piedra, atestadas de fakires que ven correr día y noche la linfa celestial; pero imposible lograr nuestro empeño ante la muralla humana que nos corta el paso y que suelta, como ígnea parrilla, volutas impalpables de los más fuertes humores inguinales....Bien puede afirmarse que este rosario de peregrinos, venidos quién sabe de dónde, no ha tomado todavía el baño purificador.

Más acá otro gentío obstruye de nuevo nuestra marcha. Estamos frente a la *niger lapis* de Benarés. A cien pasos de nosotros se halla la milagrosa piedra negra llamada "Maha-Deva",

que millares de peregrinos anhelan tocar con sus pecadoras manos, en la fidelísima creencia de que así que la toquen cesarán sus dolores...En cualquier latitud del planeta la fe obra milagros, y esta fe indostana, que no sabe de vacilaciones, parece tener su panacea en la *niger lapis*, cuyo nombre han abreviado los sacerdotes sirviéndose del vocablo *sib*, que a la verdad, más bien parece silbido de cobra que palabra sánscrita.

Dejamos la milagrosa piedra negra y proseguimos en demanda del río; pero al ganar un *carrefour* nos sale al paso la interesante pagoda de Wisswisha, toda de granito rojo, tallado con preciosismo verdaderamente oriental. Nos cautiva y seduce este monumento de sangre petrificada, en cuyos minuciosos relieves se admira una mezcla ingeniosa de dioses y de monstruos, de flores y de frutos.

Extasiados ante las puertas y capiteles de Wisswisha nos sorprende el crepúsculo amarillo del Ganges; y es entonces cuando la ciudad se viste de un encanto metálico, de un encaje de cobre que no habíamos visto en otras ciudades del Asia milenaria. Brilla, como encendida por raros soles, la imponente cúpula de Bisheshwar; resplandecen, como gigantescos alfileres de oro, los minaretes de la odiada, pero arrogante mezquita de Aurangzeb, en cuyo torno se inclina—entre un millar de turbantes—el voluminoso de mi criado Zarif Ghali, fidelísimo siervo de Mahoma.

En un mísero cochecito, esmaltado por la mugre de quién sabe cuántos años, rodamos sobre una hermosa y amplia avenida cuyo término es el barrio inglés de Seroli, que los indos llaman respetuosamente: "Sikraul".

Frente a los grises cuarteles de un regimiento indígena hay un pelotón de tropa, correctamente alineado, con su fulgente charanga de pitos y atambores. Un oficial rubio y enjuto como una espiga, uniformado con blanquísimo casco y con pantalones cortos que apenas le cubren la mitad del muslo, desenvaina su pesado chafarote. Los tiesos y cobrizos *gurkas* presentan sus fusiles, vibra una especie de salmo evangelista y muy despacio, ante el respeto silencioso de indos y extranjeros, baja la bandera de la Gran Bretaña.

Los "Gaths" de Benarés

Estas grandes ranflas que, desde una altura de diez metros, descienden en amplios escalones hacia el río y ciñen por varios kilómetros una orilla de la ciudad son, mejor que los mil templos, lo que más atrae al turista, sin duda porque observadas de lejos, ellas recuerdan la *chialla* o malecón de Nápoles; y vistas de cerca, a sus escalones converge toda la India quietista y teosófica, toda la India inerte, de la grave meditación sánscrita.

Contempladas desde arriba, las escalinatas parecen el cuerpo distendido de un amplio acordeón, pues llega a tanto la multitud que cubre las gradas que la piedra pierde su color blanquecino para adoptar el negro de los devotos que van en busca del agua sagrada. Aparte de los peregrinos, ávidos del baño ritual; aparte de los cortejos fúnebres que se agrupan alrededor de las piras crematorias, en los *gaths* existe, inmóvil, toda una

población de sacerdotes, de *sapwallas*, de vendedores de flores y de maderas odorantes. Bajo enormes parasoles, que se inclinan a capricho según el ángulo del sol, viven seres privilegiados, impasibles e inmutables, *yogas* de insospechada fuerza psicoterápica, bracmanes sapientísimos, fakires insensibles al dolor, ya tendidos sobre un lecho de clavos, ya de rodillas con la vista fija en el agua, ya cruzadas las manos con tanta firmeza y continuidad que al fin, crecidas las uñas, se incrustan simultáneamente, formando las dos manos un solo eslabón de carne y huesos!

Los peregrinos observan con cierto asombro a estos graves titanes de la vida contemplativa, de la carne castigada, de las mil abstinencias corpóreas... Muchos de estos santos varones, muchos de estos *yogas* y fakires que lustros tras lustros viven bajo un mismo parasol, macerando la carne y purificando el espíritu, son beatísimos seres cuyas limosnas las entregan estrictamente a los bracmanes, cuidadores de los templos; pero por cada justo de éstos hay también docenas de embaucadores capaces de beber fuego y de hacer cuanta prueba sea necesaria a la industria del fanatismo religioso, del que sacan todo el dinero necesario para habitar esos altos palacios silenciosos de Benarés, donde los seudos fakires tienen su corte de bayaderas, su mesa bien provista y sabrosa, sus divanes y tapices, y esas legiones de criados que el turista ve moverse, como sombras chinescas, en las azoteas de las casas encantadas, de cuyos ricos interiores salen a ratos hilachas de luz penumbrosa y vagos ecos de romanzas orientales.....

Aunque parezca paradoja, la muerte es la semilla de la vida!

No es aventurado decir que la población de Benarés vive casi toda de los muertos. Estas grandes escalinatas, que des-

cienden audazmente hacia el agua correntosa, fueron construídas, desde hace siglos, como rutas macabras de los que entregan, al Ganges, los despojos de la materia pecadora. El río es lo divino, lo verdaderamente purificador. La vieja linfa, diluyendo el organismo, devuelve al alma la plenitud de su albedrío. Esta se eleva, se inmortaliza, y como espíritu que es, sube esplendorosa a las regiones del nirvana.

Los *gaths* se construyeron para realizar en ellos la ceremonia de la muerte; pero tan infinita es la bondad del padre Ganges que ella alcanza también a los vivos, y éstos se sirven de sus escalinatas para industrializar los ritos fúnebres e ir tirando de la vida hasta que llegue el momento solemne de la cremación.

Parece que en épocas remotas no era de rigurosa liturgia el uso del fuego; pero a causa de arrojarse intactos los cadáveres, aumentó tanto la familia de los cocodrilos que éstos se consideraron amos absolutos del Ganges, hasta amenazar, con su ferocidad, el baño místico de los hindúes. Se adoptó la cremación a efecto de arrojar al río las cenizas mortuorias solamente; pero el alto costo del combustible fué haciendo de la cremación total, un privilegio de los ricos. En la actualidad, el precio de una pira que apenas chamusca el cuerpo de un adulto, es de diez rupias, o sean catorce chelines. Naturalmente, los pobres de solemnidad, aquellos que se queman sobre virutas o tablitas de cajón, van al río casi intactos, lo que asegura buen hartazgo para los cocodrilos.

Es fácil descubrir, en los *gaths* de Benarés, entre la enorme aglomeración mística, cuáles son los cortejos fúnebres. Cuando varias personas, sin lágrimas en los ojos y sin vestimenta convencional que indique el luto, dicen en voz baja: *bolo-hari, hari-*

bolo, es cosa absolutamente positiva que llevan su muerto en demanda de sitio libre para la cremación.

Colocado el cadáver sobre la pira de leños, ha de ser el pariente o deudo más próximo quien prenda fuego por los cuatro costados. Poco a poco se va levantando una gruesa columna de humo; más, debido a la fuerte lumbre del sol, no se ven las rojas lenguas de la hoguera. Los familiares más cercanos presencian, en silencio y casi con indiferencia, la lenta carbonización del difunto. Si éste fué persona acomodada, seguramente que se tostará lo bastante para no ser pasto de los cocodrilos. La atmósfera no es todo lo deletérea que debería ser, sin duda por los puñados de especias y resinas que los deudos van echando en la fogata; pero si el hornillo corresponde a un sér de la casta de los sudras, la cremación exhala ese tufillo característico de las cocinas de arrabal.....

Apañados los residuos de la cremación, la misma mano que encendió la pira, lanzará al Ganges las piltrafas, chicharrones o cenizas....en tanto que el resto de la comitiva, con su rauco estribillo de *bolo-hari, hari-bolo,* irá lanzando flores sobre el río, sin duda con la idea de cubrir, con manto policromo, la carroña del difunto. Debido al copioso tributo floral, se forma en el agua, a lo largo de la orilla, una acera de cuatro metros de anchura. El Ganges recibe ofrendas no sólo de los deudos sino también de los fieles que, metidos hasta las ingles, musitan sus oraciones o beben lentamente tragos de esta linfa macerada....Sobre esta faja tremante y florida graznan, infatigables, los gordos y voraces cuervos de la India. Hay momentos en que la polícroma calzada se levanta, se arruga, se parte y luego cae para volverse a nivelar. La escena, por tantas veces repetida, no im-

presiona mayormente, pues se trata de un cocodrilo cuyas fauces han atrapado, sin duda, un fémur con su costra de carne chamuscada!

El asalto del gavial no interrumpe, en absoluto, el baño de los devotos. Para la abstracción mística de los indos no existe ni el cuervo, ni el carnívoro saurio, ni las gentes curiosas, ni el mundo tan pleno de vida. Sólo el Ganges, el viejo y sagrado Ganges, sabe lo que dicen esos finos labios azulados; sólo el Ganges sabe la elevación mística de esas negras pupilas, clavadas fijamente en el agua sucia del río.

Bien se nota que en la ilustre Benarés la gente musulmana no tiene mayor influencia. Las mujeres, tan delgadas y exíguas, se escurren como sanguijuelas por todas partes, muchas de ellas mostrando el desnudo vientre, tan redondo y tan pequeño como un meloncito cantalup. Ellas se bañan al aire libre, a la vista de todo el mundo y, despojadas del típico *sari,* apenas si cubren con un retazo de lienzo el triángulo sexual.....

Desde que los ingleses se opusieron a la bárbara quemazón de las viudas hindúes, estas pobres mujeres viven una especie de *morte civile,* alejadas de todo trato y de toda consideración social. Hay quienes afirman que la suerte de estas infelices es mucho peor ahora que en los tiempos en que las arrojaban, vivas, a la hoguera del marido.

En un extremo de los *gaths,* donde ya parece terminar el frente de la urbe, toman su baño sagrado las viudas de Benarés. Una barca de remos nos ha traído al lugar, en que se zambullen unas doscientas mujeres, cuya maldita viudez constituye hoy una curiosa atracción para el turista europeo!

Es cosa bien sabida que en las orillas del Ganges los hombres y las hembras son extremadamente flacos. Ocurre que estos seres malditos, que son las pobres viudas indostanas, engordan como los cerdos; y llama mucho la atención verlas con sus gruesos muslos y con sus grandes hemisferios glúteos, dignos de los lienzos rubenianos. Ellas, las infelices adiposas, se saben objeto de nuestra curiosidad, y tal vez, como venganza infantil, se inclinan hacia el agua para enseñarnos—en toda su fosca apertura—sus cobrizos nalgatorios....

Nos alejamos del baño de las viudas y tornamos a la ciudad que, vista desde el río, nos parece muy alta y monumental. Suben entre las gasas de la evaporación solar, varias espirales de humo color ocre: son los muertos que se vuelven *roast-beef,* chicharrón o ceniza.....

Benarés! concreción de la India mística y misteriosa!...Benarés! ciudad milenaria y monumental: tu quietismo es imponente, tu recuerdo es imborrable, porque tú eres la patria del dulce Gautama, que al verse sustituído por el cruel Siva, se llevó la sonrisa, dejando en tu pétrea fisonomía el torvo ceño de la Muerte!

PENANG

Farewell

En el "President Jefferson", de la formidable empresa yanqui llamada *Emergency Fleet*, nos embarcamos con rumbo a Hong-Kong, para tomar después, en ese puerto anglo-chino, la nave nipona que nos conduzca al Haway y a San Francisco.

Estábamos en los primeros días de diciembre, y ya había empezado la *good-season* de Calcuta. Se podía dormir sin ventilador eléctrico, pues en las tardes comenzaba a levantarse del lecho del río Hougly, como humo de cigarro, una celeste y fresca neblina.

—No se vayan—decían los amigos—porque ahora es cuando va a iniciarse la vida alegre de Calcuta. Son noventa días de bailes, son tres meses de *parties* muy divertidos, todos de cuello alto y de corbata blanca...Ya viene la tregua de los grandes calores y ya descenderá el termómetro hasta 70° Farenheit! No se vayan para que vean, dentro de poco, abrigos de pieles, valiosos abrigos de zibelina!

Ni los ruegos amistosos, ni mi curiosidad, no saciada todavía, detuvieron nuestra marcha, nuestro abandono de la India. Recibido de Quito el cablegrama de licencia, nos embarcamos en la media noche del 3 de diciembre, después de haber sido obsequiados, en el Restaurante Firpo, con una lujosa comida, en la que mis colegas se dignaron decirnos *farewell,* deseándonos un pronto regreso.....

Cuando ya, por la mañana, nos dirigimos a la cubierta superior del "Jefferson", cielo y agua nos rodean por todas partes; pero el cielo es de un gris claro, y el mar parece, por lo tranquilo, una extensa plancha de zinc. La proa hiende el agua con tanta velocidad que el crespo oleaje de los lados parece un par de alas. Casi volamos sobre el golfo bengalés, en busca de Penang, para donde viajan una veintena de turistas californianos.

—Tendremos por la tarde mar gruesa y fuerte lluvia—me dice el oficial del inalámbrico. Esta calma y este cielo limpio y plomizo son heraldos del monzón. Verá usted, después de medio día, levantarse un ventarrón con olas tan grandes como este barco. Todo el pasaje se refugiará en los salones huyendo del diluvio que nos va a calar los huesos. En las costas asiáticas, especialmente en estas del Indostán, la calma chicha presagia positivamente la tormenta.

Después del *tiffin* se cumple la advertencia de nuestro marino. Solamente la tripulación del barco, enfundada en negros *mackintoshes,* trafica por las anegadas cubiertas. El "Jefferson", con sus diez mil toneladas de acero, rebota sobre el Océano como un balín de gutapercha. Algunas señoras se arrellanan en los sofás, sin cuidarse, las pobrecitas, de todo lo que enseñan con sus faldas tan cortas....Otras damas, de estómago menos fuerte, descienden a sus camarotes, del brazo de sus maridos. Felizmente yo sirvo para marinero, y otro tanto le ocurre a mi esposa, por cuyas venas corre sangre de los vencedores de Abukir y Trafalgar. No serán los tumbos del Océano índico los que corten nuestra digestión y nos obliguen al repugnante cambio de la peseta!

Frente al puerto

Anoche, el parpadeo intermitente de un altísimo faro, nos indicó la costa de la Malaca a la altura del istmo de Kra.

Son las diez de la mañana y ya estamos frente al puerto, en cuya orilla luce con toda esplendidez el blanco y pequeño caserío. Empujadas por la brisa, piraguas de pescadores malayos van rasgando el cristal de la ensenada, que el "Presidente Jefferson" domina con su enorme tonelaje.

—Penang—me dice un compañero de a bordo—es la tacita de plata del Extremo Oriente. Usted podrá informarse—prosigue mi amable cicerone—de lo limpia y bonita, de lo ordenada y decente que es la ciudad.

A doscientos metros del trasatlántico, contra el fondo de una vegetación lujuriante y artística en que alternan las palmas con los bananeros, la ciudad se destaca como el adorno estatuario de un jardín. Un vaporcito de bronces refulgentes se acodera al "Jefferson" para llevarnos a tierra, a recorrer la blanca urbe que visitaremos hasta la media noche, debido a que partirá nuestra nave en la madrugada del día siguiente. En pisando el amplio desembarcadero una sensación de limpieza se apodera de todos nosotros. Vemos calles rectas, de magnífico asfaltado, sombreadas con hileras de copudos tamarindos; vemos casas de lujosa arquitectura, rodeadas de jardines y de canchas para *tennis*. Nos sorprende la elegancia de los tranvías y de los autobuses, y nos parecen prestados a Londres los grifos contra-incendio y los kioskos de cigarros y bebidas refrescantes. En fin, todas las cosas que vamos viendo sacan verdadero al cicerone de a bordo, pues todo da la sensación de ciudad *up-to-day,* alegre, civilizada y feliz, como aquellas de la rica tierra californiana.

Si Shanghay es el París del Extremo Oriente, y Saigón el paraíso de todas las perversidades, Penang es la ciudad del reposo, del silencio, de la calma saludable y burguesa.

Levantada por millonarios del caucho, sus fundadores la escogieron para sanatorio de sus paludismos. Sin contacto inmediato con la Malaca palustre, la ciudad se yergue sobre un islote rocoso, en cuyas landas de aluvión peinan sus cabelleras los altos arrozales.

Los pocos tigres y alimañas que los fundadores encontraron en la isla há tiempo que fueron cazados y totalmente extinguidos. Hoy puede cruzarse el territorio de un extremo a otro con la seguridad de no hallar ni fieras ni serpientes.

Los Moños

De lo que Penang no pudo verse libre fué de los monos. Imposible aniquilarlos porque lograban ocultarse en árboles u oquedades, donde la fecundidad cuadrumana daba, en seguida, pruebas fehacientes de su vitalismo, lanzando cohortes de jóvenes y simpáticos monos. Ante la tenacidad simia los reyes del caucho optaron por la diplomacia, absteniéndose de guerrear contra dichos animales. Reinó la paz, la mutua inteligencia y con el correr del tiempo las astutas criaturas constituyeron para Penang lo que las dóciles palomas para San Marcos de Venecia: un adorno, una cosa típica de la ciudad.

Es posible que estos pequeños seres, de cabecita leonada y de cola muy fina, sirvan también para el rejuvenecimiento humano. Cierto que el doctor Voronoff sólo emplea, para la injertación, robustos ejemplares de las selvas africanas; pero como la terapéutica glandular va progresando y extendiendo su capacidad curativa, no es aventurado admitir que por ser, biológicamente, el mono lo más *parecido* al hombre, cualesquiera que sean las dimensiones de las glándulas, ellas podrán extractarse, licuarse y formar un producto inyectable y eficaz para la reconstrucción orgánica de la humanidad. Hecho este considerando, ningún paso más noble y benéfico que el acuerdo diplomático a que llegaron los fundadores de Penang y los monitos de la isla.

Da gusto verlos correr por las plazas y alamedas, soltando jubilosos gritos y sonriendo a todo el mundo con un descaro verdaderamente infantil. Por cierto que el Parque Botánico de la

ciudad les sirve de club o de casino. Entre los árboles y los enarenados parterres evidencian su melosa familiaridad, se llegan hasta los turistas, aceptan pedacitos de fruta, saltan, se revuelven y lanzan alegres chillidos; pero por pequeños que sean estos monitos, no dejan de ser peligrosos, como los orangutanes de Africa o los chimpancés de Borneo, pues se excitan muchísimo ante las medias de seda, y en cuanto ven de cerca un buen par de pantorrillas hacen mil gestos con el cartílago nasal como si adivinasen, en el ambiente, ese *odore di fémina* tan profundamente analizado por el Cardenal Bembo.

Las rubias y cimbreantes *ladies*, tan juguetonas con los simios, comprenden la gravedad de la situación, columbran escenas poco edificantes y, evidenciando un recato oportuno y prudente, se alejan de los peluditos tenorios de Penang.

El Arbolito de Oro

Por lo que toca al Parque Botánico, éste conserva la tradición de sus colegas de Asia: grande, bello y científico. Aquí están, como en su propio hogar, todas las especias de la India y la Oceanía; crecen, altos y lozanos, el árbol de la chalmugra—redentor de los leprosos—el sándalo, el cinamomo y cien tesoros más de la farmacia y el laboratorio; aquí se yerguen el árbol del pan—castaño del Asia—y las cucurbitáceas del agua, la leche y el vino... En fin, como en Paradeniya y en el paraíso holandés de Buitenzorg, aquí puede admirarse todo lo que Natura brinda al hombre para su regalo y su sustento.

—Y tú, quién eres, arbusto elegante, que pareces ofrecerme tu redondo fruto de oro?...

—Yo soy tu compatriota, yo soy el que sólo te brinda beneficios, porque produzco la almendra que ha dado fama mundial a tu país!

Orgulloso de sus áureas mazorcas, en cuyas "urnas de coral se cuaja la almendra que en espumantes jícaras rebosa", el árbol del cacao—mi noble paisano—pareció saludarme agitando sus verdes molinillos.

Me detuve emocionado. Le miré después con simpatía y examinando su robusta contextura recordé, con pena, los millones de árboles ecuatorianos que hoy desgaja, inmisericorde, la peste de Surimán.

El fragante cacao del Ecuador, aquella *pepa de oro* que sirvió en los rancios días de la Colonia para comprar a la Corte de España, los títulos de Castilla, y que ha sostenido y sostiene las necesidades fiscales de la República, no había sufrido nunca dolencias ni pestes ruinosas, salvo la inofensiva maraña llamada "yerba de pajarito". Sucedió, por desgracia, que algunos hacendados, no contentos con el prestigio comercial del cacao de Guayaquil, reemplazaron la vernácula planta con arbustos extranjeros que se decían muy cargadores, de poca elevación y por tanto fácilmente laborables. Trajeron al país las semillas de Trinidad, Saint Thomas y Guayanas, siendo lo probable que entrara, con la semilla holandesa, el azote llamado *escoba de bruja,* que ya casi ha barrido con las más valiosas plantaciones del Ecuador.

Desde luego, la culpa de este gran desastre agrícola la tienen los propios hacendados, porque si honestamente querían ob-

tener mayor rendimiento, debieron ir al cultivo científico, a la reforma intensiva, y no haber procedido a importar semillas extrañas al suelo y a las condiciones climatéricas del país. La siembra científica, el salitre de Tarapacá y la ayuda técnica habrían mejorado la calidad del cacao y aumentado sus cosechas. Hoy, por culpa de los almácigos de Surimán, la producción ecuatoriana disminuye día a día, y están casi arruinados aquellos agricultores que vivían en París, con el lujo de un nabab, gracias a la venta del afamado *Guayaquil red summer.*

Me acerco al árbol para acariciarle el sano tronco y las lucientes hojas. Descubro entre sus ramas una tierna florecilla, promesa de valioso fruto. La tomo y delicadamente la prendo en la *boutonniere* de mi americana, para guardarla después entre las páginas de mi libro favorito. Quiero que la flor del cacao me acompañe al través de este viaje que casi da la vuelta al mundo; quiero que venga conmigo a la querida patria y que testimonien sus pétalos mi ingenuo romanticismo y mi leal amor para la tierra "que manso lame el caudaloso Guayas."

Comentario.

Se hundió la tarde y con las primeras luces de la noche fuí a recorrer los malecones y los suburbios de la ciudad. Como curioso observador que gusta del análisis, seguí con devoción mi viejo método, cual es servirme del crepúsculo, de la discreta penumbra, para internarme entonces por los barrios donde bulle la vida y fermentan los vicios.

Justo es que declare que entre todas las urbes del austro asiático, Penang se sale de la regla, porque su vivir evidencia cierta austeridad sajona que parece haber restringido, hasta el límite, la actividad comercial de la lujuria.

Ya os dije que esta isla sirve de retiro a los monarcas del caucho. Sus lindas residencias invitan al reposo, a esa dulce vida de familia que discurre a la sombra de los jardines o sobre las asfaltadas canchas deportivas.

Carece Penang de esos resumideros de la marinería cosmopolita. Contados son los bares con piano eléctrico y lumias pintarrajeadas. Escasean los garitos y precisa recorrer muchas calles para encontrar un hotelillo que ostente, bajo lámpara roja, el consabido anuncio: *beds for hire!*

Estos detalles me convencen de que la vida penangista es doblemente sana y honesta, y si no fuera por la canícula que dura casi todo el año, la ciudad sería el sitio obligado de vacación y convalescencia para todas aquellas personas que tuestan sus entrañas en los soles del Asia meridional.

Por cierto que a Penang no le falta el formidable elemento chino, muy laborioso; pero fuertemente encadenado a todos los vicios. Sin embargo, estos mismos devotos de los paraísos de la alcoba y de la pipa, aquí parecen moderarse, restringir su morbosa inclinación, sin duda por la falta de clientela internacional.

Me cuentan que hace unas semanas hubo un escándalo que en otra ciudad asiática no habría llamado para nada la atención. Sucedió que un chinito sibarita, propietario de una joyería, gracias al viejo sistema de los regalos, sedujo a una hermosa cingalesa, madre de dos pimpollos abrileños. Naturalmente, andando el

tiempo, el sátiro de Peking, cambió de gusto, y redoblando los regalos tentadores, logró corromper a las dos muchachitas...Conocido el crimen por la policía, ésta encarceló al ofensor y a su cómplice *maitresse;* se adueñó de las ricas alhajas, factores del delito, y las obsequió a un instituto de beneficencia. Cuanto a las dos incautas víctimas, ellas fueron entregadas a unas monjas inglesas para ver de reformar lo que, anatómicamente, no puede tener remedio alguno! La prensa puritana de Penang, temerosa de que se repita el hecho, rememora cada vez que puede, el doloroso y cruento delito....

Por culpa de la baja del caucho, Penang ha entrado en un período de absoluta calma. A su puerto llegan, sólo de vez en cuando, las naves de turismo, cuyo heteróclito pasaje llena, siquiera por algunas horas, sus despoblados hoteles.

Están, en receso lamentable, los bailes de máscaras que eran fiel copia de los famosos de Manila. Han escaseado los campeonatos deportivos, las regatas de *yachts,* los sonantes premios Derby, y son menos frecuentes las alegres *gymkhanas* y cuanta diversión elegante y costosa confería a Penang cierta bella semejanza con las ciudades de la Cóte d'Azur.

SINGAPUR

Un Gentleman

El angosto, plomizo y ardiente estrecho de Malaca lo vamos cruzando entre los últimos estertores del monzón. Por la mañana, madrugando como un gañán, el sol quiebra sus largas flechas en las arboladuras y bronces del navío. Hacia el medio día, nubarrones espesos, de geometría dantesca, enlutan el cielo que más tarde habrá de resolverse en lluvia. A la hora de la puesta el firmamento está despejado, listo para que el sol le arroje todo el oro de su escarcela.

Veloz dobla el "Jefferson" el extremo Sur de la península, y entonces el amplio mar de la China nos da en el rostro con su brisa fresca, cuya caricia nos promete una noche deliciosa. Después de la comida se organiza la tertulia del salón, con canto y agradable foxtroteo, sin que falten el virtuoso o la virtuosa dispuestos a destrozar la Novena Sinfonía!

Abandono el salón y me dirijo al puente, a ver las constelaciones y descubrir sus reflejos en el dorso de las olas. Estoy en lo más sublime de mi abstracción cuando llegan mi esposa, la señora Milford y su correctísimo *husband*.

El caballero de mi referencia, con quien amistamos en el Hotel Astor de Penang, es una persona cultísima, que sabe imprimir a la conversación un interés agradable. Habla, con cierto conocimiento, de nuestra América y parecen interesarle nuestras cosas.

—Mañana llegaremos a Singapur—me dice Mr. Milford—y hemos venido a recordarle nuestra invitación. Ella sigue en pie y ojalá que ustedes se decidan a aceptarla.

Mi invitante es un monarca del caucho. Hace veinte años que reside en la Malaca, regentando una poderosa sociedad agrícola. Me ha hablado de la angosta península como del mismo Edén bíblico, y cada vez que viene al caso me jura por Calvino y el Viejo Testamento no existir, en la redondez del mundo, selvas de mayor exuberancia que estas que fueron del rey de Johore.

Le he dicho que la América Tropical no cede sus hermosuras a ninguna porción del planeta. Díjele también que la Hoya del Amazonas es un conjunto de selvas desconocidas, bañadas por el más grande océano de agua dulce, y que ellas son el porvenir del Ecuador, Colombia, Perú, Bolivia y Brasil....pero Mr. Milford, moviendo la cabeza me responde:

—Temimos a sus selvas que creímos podían arruinar nuestro negocio del caucho. Enviamos expertos a estudiarlas, y supimos que a pesar del gran río las comunicaciones son todavía

difíciles, los brazos escasísimos porque el ambiente es malsano y lleno de peligros. Supimos también que los indígenas disminuyen o emigran a regiones remotas, huyendo de los cazadores de hombres, de los agentes de la famosa Casa Aranda, que *caza* indios como no lo hicieron los portugueses con los negros de Hotentocia...Aquí nos sobran los brazos, y si es verdad que tenemos algunas fieras y un poco de paludismo, éstos están casi vencidos, hasta el punto de permitirnos, con seguridad vital, el ensanche de nuestras plantaciones. Puedo segurarle, señor Cónsul, que el mercado del caucho será muy pronto absolutamente nuéstro, como son de Sur América los del café y el cacao.

Indudablemente, mi simpático *gentleman* es persona instruída, y como promotor de un negocio que abarca muchos millones de dollars, él estudia la defensa de la goma, calcándola en las líneas sustantivas de los grupos americanos que se llaman "Defensa del Café Brasileño", cuyo fin es mantener el precio del fragante grano; "Consorcio de Azucareros de Cuba", cuya empresa está claramente indicada, y "Asociación de Agricultores del Ecuador", contraída a la defensa del cacao. Pienso, diplomáticamente, que mi anfitrión desea informarse, en charla reposada, de estos grandes aspectos de nuestra vida mercantil; y juzgando provechosa la reciprocidad del tema, resuelvo aceptarle la invitación, empleando así los dos días que el "Jefferson" va a permanecer en Singapur.

La Selva

—Ah, la selva! Figúrese usted un antebrazo de miles de millas cuadradas—me dice Mr. Milford—en el cual corren como

venas los caudalosos ríos Perak, Bernang, Pehang y Selangor. Figúrese usted una llanura de árboles de caucho donde medran el *teak,* los bambúes malacos, veinte clases de palmeras, infinidad de orquídeas, especias y plantas medicinales. Figúrese un regimiento de panteras, rinocerontes y tapires alternando con aves de vistosas plumas y con saurios de broncíneas escamas. Piense usted en los fuegos fatuos de la selva, alzándose de las charcas como globos de luz. Conozco algo de geografía—prosigue Mr. Milford—y sé que la América Tropical es de una belleza magnífica; pero esta misma tarde, después de una hora de ferrocarril, verá usted, señor Cónsul, que la selva malaya confirma todos mis elogios.

Con las retinas amodorradas por el calor descendemos en Tionkeg, estación particular del plantío que regenta Mr. Milford. Afuera, en una calesa tirada por dos *ponies,* nos aguarda Miss Milford, una linda muchacha de cabellos blondos y de mejillas suaves como dos rosas de York.

Subimos. Las tres damas se engolfan en charla de índole doméstica, en tanto que yo interrogo a mi amable anfitrión sobre el modo de cultivar y aprovechar el caucho, o sea la fabulosa riqueza de la Península Malaya.

Planta silvestre de estas latitudes, el árbol de la goma crece hasta veinte pies de altura. A una vara del suelo se le hiende la corteza en una espiral de tres pulgadas de ancho, con un desarrollo de dos a cuatro vueltas, según lo permita la robustez del tronco. En el extremo inferior de la incisión se fija un canalito de hojalata, cuyo declive va a un receptáculo colocado al pie del árbol. Los recipientes se acomodan por la mañana para recoger la leche o savia al otro día. Hecha la valiosa re-

colección, se la lleva a la maquinaria donde se cuaja la goma en láminas rectangulares que parecen retazos de linoleum. Esta elaboración, fraccionada y manuable, garantiza la pureza del caucho, y claro está que dista mucho de aquella que suele hacerse en el Amazonas, introduciendo piedras en el cuajo para aumentar, estúpidamente, el peso del producto!

Recuerdo haber visto que los caucheros de las selvas del Guayas hacen con el machete una incisión profundísima en la creencia de recoger así mayor cantidad de savia. Ocurre que repetido el bárbaro corte, el árbol se enferma, se marchita y muere, como la gallina de los huevos de oro, destripada por la torpe codicia. Lo que sucede con el caucho puede decirse de la tagua—marfil vegetal—de la quina y de otros tesoros más de la selva ecuatoriana.

Así que llegamos al confortable *bungalow* de Tionkeg, Mr. Milford me invita a examinar la fábrica, cuyas calderas y tuberías exhalan un olor muy característico. Las factorías de caucho no difieren gran cosa de una curtiembre bien montada, y tienen de común ese olor acre de la suela y del caldo de tanino. Los pozos de cocción, los cilindros prensores y las estufas de secar los cuajos presentan el mismo tono chocolate-oscuro de que están impregnadas todas las curtiembres.

La Península Malaca, como las islas de la Sonda, Java y Borneo poseen inmensas plantaciones de caucho, de un rendimiento triple al combinado de Brasil, Ecuador y Perú. Agréguese que por estas regiones el cultivo de la goma es metódico y su elaboración completamente científica. La creciente "recolta" ha ido malogrando las cotizaciones; pero se espera que revivirán los precios, gracias al proyectado consorcio Anglo-Ma-

layo. Por lo que escucho a mi anfitrión, las medidas serán las mismas que adoptó el Brasil respecto del café: limitación de las cosechas e imposición de precios.

Supersticiones Malayas

Muy de madrugada, jineteando enanos caballitos de Siam, partimos Mr. Milford y yo, selva adentro, seguidos de cuatro tiradores cingaleses, para el caso de tropezar con alguna fiera de lustrosa y veteada piel. Al romper el alba la selva produce la sensación de un enorme zafiro. Todo es penumbra glauca, sinfonía de lo azul...Las cosas cabrillean como si fuesen aristas de una gran gema: remansos de agua misteriosa; verdor intenso de los árboles que tira al azul turquí; plumas de bullangueras cotorras y de pedantes papagayos; enormes y azulinos lotos que son como diadema de zafiro en la calma pensativa de los lagos...Todo es azul, de una sinfonía más profunda que aquella de la gruta marina de Capri.

De repente, un ruido de ramazones quebradas, interrumpe mi interpretación colorista.

—Es un *kramat*—dicen a coro los guías—en tanto que uno de ellos musita un gangoso exorcismo.

Según el folkore malayo los rinocerontes son reencarnaciones de hombres poderosos, que una vez muertos adquieren la virtud del *kramat* o de la hechicería, para cuyo envidiable ejercicio adoptan la forma del corpulento rumiante.

Los cuernos del rinoceronte ocupan lugar preferido en la droguería vernácula. Tomados en polvo curan las tercianas; frotados sobre los muslos alejan el reumatismo; ceñidos a la región renal vigorizan el sistema nervioso. Ningún cazador nativo se atreve disparar contra el rinoceronte, porque teme que la corpulenta bestia sea un *kramat* capaz de adoptar después cuantas formas desee para perseguir a su gusto al atrevido Nemrod.

Los cuernos del rinoceronte, especialmente el rosado color carne y el verde glauco, se cotizan a buen precio, porque se emplean en los cetros y bastones de los reyes. Una empuñadura rosada, lista para ajustarse al bastón, cuesta en Singapur doce libras esterlinas.

Proseguimos nuestra marcha. Un bálsamo raro como de traje de cupletista, un bálsamo que acusa la mezcla de perfume parisién y de sudor de bailarina, emerge del corazón de la selva. Ruidos de mil insectos, cortados por la voz agria de alguna ave trepadora, dan a la espesura ese aire de pavor que el anguloso florentino puso en algunas estrofas de su poema. Marchamos en silencio, al paso cauteloso de nuestros bridones siameses, cuyas vibrátiles orejas parecen advertirnos insospechados peligros.... Yo, casi absorto, pienso en la majestad muda de tánta grandeza, y pienso en Dios porque El existe y revela su Poder en la variedad infinita de la Naturaleza!

—*Look at the fires!*—me dice muy despacio Mr. Milford.

Efectivamente, en la espesura azulina de la selva distingo cerca del suelo una inmóvil llama de plata. Más allá descubro otra de forma triangular, y luego un globo, un lindo globito de luz láctea que va ascendiendo hasta perderse en la copa de los

árboles. Son los fuegos fatuos que surgen de la maceración de mil raíces.

En esta entraña de la selva, donde difícilmente penetra la luz del día, los fuegos se producen, ascienden en la penumbra turquí hasta desaparecer al leve contacto de la lumbre solar.

Los pobladores de la Malaca llaman a este fenómeno químico *penanggal*, y según una antigua leyenda esas luces son almas de mujeres adúlteras, castigadas en el alumbramiento de hijos que no eran los de su propio marido.. La atmósfera azulina de la selva y las sales fosfóricas que abundan en algunos árboles combinan este maravilloso fenómeno, que la superstición malaya ha puesto al servicio de la fidelidad conyugal!

Bridge and good-by

La señora Milford propone que aprovechemos la hora que media entre el primer whiskey y el almuerzo con una partidita de *bridge*. Precisa que juguemos ahora—nos dice la bondadosa dama—porque a las dos parte el tren y el "Jefferson" tiene señalada su marcha para las cuatro de la tarde.

En un ángulo de la ventana formamos el cuarto, y en tanto que se reparten las cartas, hablo de la maravilla de la selva, de los fuegos fatuos que, a la hora incierta del alba, iluminan su espesura. Todos estamos contestes en admitir que a la formación del fenómeno químico no sólo concurren las podridas raíces, sino también factores del reino animal. La mayor parte de los insectos malayos son luminosos, como el cocuyo y las lu-

ciérnagas de nuestra América. Es posible que cadáveres de estos minúsculos seres, arrastrados por las lluvias y detenidos en las raigambres de árboles viejos, se combinen por la acción del calor y la humedad para producir las llamas y bombillos lácteos que dan pie a la terrible superstición malaya.

Mientras tanto los *rubbers* se suceden con bastante rapidez. La señora Milford se nos revela una mano de primer orden, poseedora de un mecanismo rápido para la liquidación de las cartas. El naipe me favorece; pero mi *partner*, que es el dueño de la casa, sube tanto los remates que los dobles nos caen sobre seguro, aumentando el renglón de las multas. A mi juicio el *bridge* es una de las cosas buenas, entre las muchas que tienen los ingleses. Yo lo amo tanto como el fox-trot, porque estas diversiones no me cansan y en cambio me divierten que es un gusto!

A todos los juegos de cartas, inclusive el rocambor, les encuentro cierta monotonía proveniente de la similitud de los lances. El *bridge* se aparta bastante de este defecto, y de allí que no se discutan sus jugadas y que pueda retener, por horas de horas, a sus campeones o simples aficionados.

En el almuerzo, además del sabroso *curry* y del faisán, nos obsequian con los riquísimos "mangostines", fruta desconocida en nuestra América; pero que muy bien podríamos sembrar y cosechar. Se parece mucho al níspero de Curazao, con la diferencia de que el mangostín es de comida blanca, muy suave y de sabor medio ácido.

Cuando subimos a la calesa, en compañía de la encantadora señorita Milford, un cesto de hermosas orquídeas rubrica, con su alarde de colores, las nobles finezas que se nos han dispensa-

do. Con mi defectuoso inglés de colegial, expreso al distinguido *gentleman* nuestra gratitud profunda por las gratísimas horas pasadas en unión de su familia.

—*Pray don't mention it*—me contesta Mr. Milford—Es posible, Señor Cónsul, que la defensa del caucho nos obligue a visitar la América del Sur. Tal vez, dentro de poco, nos reunamos en un bello sitio que nos permita recordar los fuegos fatuos de la selva malaya y, desde luego, exigirle a Mrs. Milford nuestro desquite en el naipe.

—Gracias, y hasta muy pronto...

—*Surely, and good-by!*

AU PAYS JAUNE

HONG-KONG

Con el alba llegamos a Hong-Kong, el grandioso puerto anglochino, que volvemos a visitar por la tercera vez. Como en otras ocasiones me asaltó el recuerdo de Valparaíso, con su angosta parte plana, y sus lindos y urbanizados cerros que desde Playa Ancha hasta el Barón, forman un vasto anfiteatro. Durante el día blanquean, entre jardines, las quintas y *chalets;* por la noche, mil luces, mil ventanillas radiantes dan la sensación de un enjambre de abejas luminosas. Así es Valparaíso, una colmena de gente viril y trabajadora; y así es el laborioso puerto de Hong-Kong, una gran colmena de actividades, donde pululan miles de

chinitos bregadores, capaces de acometer las más duras faenas a cambio del humeante *chau-chau*, de la china paridera y de los dólares con que saciar la fiebre del juego.

Entregado a la gimnasia de las comparaciones, abandono los *peers* de Kawloon para tomar uno de los vapores que, cada diez minutos, parten para el centro de Hong-Kong. Bien se ve que navegamos sobre aguas de la China, en las costas de un pueblo goloso, de un viejo pueblo refinado que se levanta con el sol para pensar en la olla de comida. Restos de toda clase flotan sobre el mar. De la urbe abigarrada, de sus estrechas calles rumorosas en que ambula una marinería mongólica; de los sampanes—las barcazas barrigudas—y de los altos juncos—las carabelas celestes—baja al mar todo el saldo pantagruélico de Hong-Kong. Los peces de la bahía, tardos y obesos, apenas si mascan los pedazos de legumbres, las piltrafas de carne adheridas a huesos que bien pueden ser un fémur de pollo o la costilla de un gato!

Descendemos del *ferry-boat* y al ganar el ángulo de "Queen's Road", cuánta vida, cuánta agitación vigorosa, llena el cruce de las calles! Automóviles, palanquines, *pousse-pousse*, peatones, todos, todos marchan como impelidos por algo urgente, por una fuerza invisible y dominante. Qué espectáculo tan distinto del que veíamos a diario en Calcuta, la ciudad inda que pasa del millón de habitantes. ¿Cómo es que siendo igualmente ígneo y peligroso el sol de Hong-Kong la vida de este puerto es tan varia y movida?... Influencia macabra del Ganges, del ambiente religioso y del alma quietista de los hindúes. Por otro lado, el chino es un hombre que come, que goza de la vida y que le saca a las cosas y a los placeres sensuales la más fina quintaesen-

cia. Quien no le ha visto comer, fumar sus pipas de opio, jugar dinero y hacer la corte a la hembra de su gusto, no ha visto todavía al más ferviente discípulo de Epicuro.

"Repulse Bay Hotel"

En unión de nuestro culto amigo, José Mognaschi, Canciller del Consulado del Perú, nos dirigimos a este magnífico Hotel, reputado como una maravilla del Asia. Vamos volando sobre la asfaltada avenida que lo une a la ciudad; y sea esta la ocasión de advertir que el Far East ofrece al viajero los mejores hoteles del mundo, de un confort y una alimentación insuperables, todos provistos de grandes salas de baile y de magníficas orquestas hawaianas. En fin, hoteles como estos del Asia es difícil hallarlos en Europa, donde si son efectivos el lujo de las habitaciones y la distinción de la clientela, es también cosa evidente el recorte de los alimentos y las fallas de un personal individualista, sumamente interesado y a veces ratero y peligroso, según sea de ostensible el tren de ciertos clientes. Desde el "Galle" de Colombo, hasta los suntuosos "Kanayas" del Yamato, pasando por los hoteles "Luneta" de Manila, el florido "Moana" de Honolulu y el caprichoso "Volcano-House" de Hilo; todos estos hoteles son verdaderos palacios, academias de refinamiento, construidos para solaz y ventura de los turistas, especialmente para aquellos yanquis botarates que, con mujer propia o ajena, se vienen a las tierras de exotismo, a jugar al *honey-moon*, saboreando el amor por entregas, entre un *cocktail* de genjibre

y una pipa de opio, entre un faisán *trés farci* y un foxtroteo de orquesta hawaiana.

En la amplísima veranda que sirve de vestíbulo al fastuoso "Repulse Bay", nos espera un encuentro muy grato, que una vez por todas pone en evidencia la pequeñez de nuestro globo. Allí, meciéndose en su confortable *rocking-chair*, encontramos al distinguido millonario peruano, Víctor Larco Herrera, dueño de los famosos ingenios de azúcar, "Roma" y "Cartavio", los más grandes y valiosos de la República del Sol.

Honda y muy sincera es nuestra alegría, porque el señor Larco Herrera fué nuestro compañero de navegación hace algunos años, cuando el Destino se dignó juntarnos en ruta para la Argentina. En esa época iba nuestro simpático Creso de viaje para Tucumán, a estudiar el desarrollo de la industria azucarera; yo me iniciaba como Cónsul, sin abrigar la más remota idea del matrimonio; y la que hoy es *ma femme* viajaba a Río Janeiro, en unión de su señor padre, Plenipotenciario del Perú al Congreso de Jurisconsultos Hispano-Americanos. Fué Larco Herrera quien se dignó presentarme a la *inglesita* de las señoriales actitudes y del hablar digno y reposado. Más tarde el mismo Destino arregló las cosas, cruzó las rutas juveniles, facilitó un nuevo encuentro... y desde entonces vivo en grata conciliación con el silbante idioma de Shakespeare!

—Cuánto gusto y qué buena mano la mía—nos dice el rubicundo millonario de Lima.—Sí, agrego yo; muy azucarada su mano y quiera Dios que siempre destile jarabe...

—Lo que se ha vivido se seguirá viviendo, según el sabio Confucio; pero pasemos a otra cosa, a un gran número de programa—apunta con entusiasmo don Víctor Larco Herrera.—

Gracias a una circunstancia especialísima vamos a poder celebrar este inesperado encuentro en tierras de la China. De Hong-Kong acaba de telefonearme nuestro apreciado amigo y diligente Cónsul del Perú, Octavio Diez Canseco, informándome que varios magnates chinos, enriquecidos en Lima, me darán mañana un banquete en el restaurante "El Dragón Verde", el más afamado y antiguo de la ciudad. Comeremos a la moda china, con los palitos, las cantatrices, el agudo violín y los divanes de opio! Ustedes, naturalmente, quedan invitados, pues mis anfitriones me ruegan asistir con todos los amigos que yo tenga en Hong-Kong.

La Vieja Culinaria China

Los restaurantes chinos de Hong-Kong forman un largo y luminoso paseo bajo cuyos malecones el mar refleja, con brillo metálico, la potentísima iluminación de estas casas de placer, de cuatro y cinco pisos, de los cuales el bajo o principal corresponde a las cocinas y bodegas solamente, destinándose los otros altos a comedores. A los chinos no les gusta comer solos, de manera que en sus restaurantes no hay la *salle á manger,* provista de mesitas personales, individualistas, donde nuestro egoísmo famélico se harta, sin regalar al prójimo las satisfacciones de la buena nutrición. Los restaurantes chinos son una serie de grandes comedores, separados por biombos de ébano con incrustaciones de nácar que, para el caso de una gran fiesta, pueden quitarse convirtiendo todo el piso en un amplio salón. El alumbrado es *a giorno,* terriblemente profuso, sin duda por el empleo

de bombillos de nitrógeno. La decoración es severa, altas y pesadas las sillas, ancha y fuerte la mesa. Adosadas a la pared ofrecen sus petates y cojines de estera las tarimas del deleite, castas, verdaderamente castas cuando ya la droga ha dominado a sus devotos; pero infernales, horribles y lascivas en los prolegómenos de la fumada, cuando el opio excita los sentidos, nubla la vista y pone, en el cordaje de los nervios, un huracán de locuras....

Al pisar "El Dragón Verde" una docena de magnates chinos, trajeados con sus levitones de seda lustrinosa y con sus redondos bonetes—que ya no cubren la trenza manchú—nos da la bienvenida en forma correctísima. Somos, con el señor Larco Herrera, amo en el Perú de centenares de *coolies* cantoneses, siete convidados extras: el Cónsul Diez Canseco y su esposa; el Cónsul de Méjico, señor Zuckermann y su gentil hija a quien todos llaman "la chamaquita"; el Canciller Mognaschi, mi esposa—que ha venido resuelta a no probar bocado—y yo, curioso empedernido, que vengo a comer de todo!

Penetramos al más elegante de los comedores. Cerca de las tarimas descubrimos a un viejo con la cara apergaminada de los letrados. Bajo su axila asoma el largo pescuezo de un violín pekinés. Más allá, sobre el borde de un diván, otro viejo acaricia unos platillos relucientes. Ambos maestros de lo agudo y lo ruidoso forman la orquesta. Por ventura, silenciosas, como asustadas gacelas, dos cantatrices de peinados que brillan como cabuchones de azabache, dejan ver sus redondos y mofletudos rostros. Parecen jóvenes, apenas púberes; pero ya me explica el experto Mognaschi que estas diosas del canto ocultan sabiamente, bajo un artístico maquillaje, su perenne vida nocharniega. Me acerco a la más menuda y sonriente. Una levita de seda gris

con redondos botones de plata le ciñe todo el busto hasta borrar, por completo, las dos protuberancias del seno. Entre los chinos estas tibias cumbres femeninas no parecen tener el rol estético que nosotros les adjudicamos. La segunda prenda—un calzón negro—se ciñe estrechamente a la cintura y parte de los muslos, para ampliarse en las pantorrillas. Esta moda, completamente opuesta a la masculina, da a las cantatrices un aire muy chaplinesco, o de jovencito bien, enfundado en los modernos *oxfords*. Me acerco más a la chinita y veo que entre los párpados relumbran, como dos cuentas de vidrio, dos inquietantes pupilas....

—Cómo se llama, cuántos años tiene, cuál es su gracia—pregunto a uno de los anfitriones, poseedor de un castellano sin *r*, aprendido en el Perú.

Sigue, a mi demanda, un breve diálogo de maullidos guturales. Ensayando la más amable de las sonrisas mi interlocutado se vuelve a mí para decirme que la "cantaora" se llama Chin-Po, que confiesa treinta años con dos hijos y tres lustros de profesión melodiosa!

Trasmito a los amigos mis descubrimientos en tanto que nos sirven lo que podría llamarse el *cocktail*, un viejo vino de arroz, acompañado de pepitas de melón tostadas y de pedacitos de langosta remojados en una salsa de algas. En la mesa, frente a cada asiento lucen lindos tazones de plata cubiertos con sus tapas de ébano. Una cuchareta de porcelana y dos palillos de marfil representan el servicio de cubiertos. A la derecha, escondido en un pequeño ramo de flores, halla cada convidado un lindo presente de marfil o jade. No hay servilletas, pero distribuídos los puestos, ofrecen varios fámulos unas palanganas de

kaolín en cuyo fondo humean blancos paños de lino, empapados en agua caliente. Cada comensal toma uno, lo exprime y en seguida se lo pasa por el rostro, los labios, estrújase con él las manos y de manera especial los dedos y las uñas. Se ha cumplido con la urbanidad china, y ya puede comenzar el banquete.

Las Viandas

Vuelvo a decir que el chino es el gran señor del Asia. En la batalla cotidiana del vivir, él es una abeja de trabajo y de sapiente economía. Jamás le inquieta ganar poco, y precisamente, en esta rara virtud reside su notable fuerza económica, porque sabe el chino que al correr de los años, gracias a su tenacidad y constancia, hará suya la fortuna, llave de todos los placeres. Sibarita hasta las fibras más recónditas de su sér, el chino no descuida su mesa, y si en los comienzos de la lucha se nutre de perros, gatos, ratones y otras carnes rechazadas por la civilización y hasta por el Código (se dan casos de canibalismo entre los chinos!) así que prosperan sus negocios a su mesa acuden los policromos faisanes, los adiposos gansos, los lechones y vaconas sustanciosos, los más raros crustáceos, los nidos de golondrinas, las patas de rana y los huevos de tortuga. Extrae para su regalo, del fondo del mar, esas algas impalpables en cuya forma se juntan misteriosamente la vida vegetal con la animal; hace con ellas salsa de sabores inéditos y de una nutrición poderosísima.

—Nuestra cocina—me dice el principal anfitrión, Rafael Teng—cuenta un plato por cada año de nuestra historia. Lento el aprendizaje y difícil la elaboración; pero hay, acaso, algo más

importante que darle gusto a la boca y fortalecer nuestro organismo? Tenemos 5.000 platos escritos en los libros de cocina de la extinguida Casa Imperial. La primera receta tiene cinco mil años de haber sido escrita. Ustedes encuentran que muchos de nuestros platos son incomibles... y nosotros pensamos que ustedes todavía no han aprendido a comerlos: el paladar no se doctora sino después de muchas generaciones. Sólo, desde hace pocos años, los europeos comen ranas, animalito que nosotros venimos comiendo desde antes de vuestra Era Cristiana. Recuerde usted que el llamado hombre primitivo ingería carne cruda, en tanto que por aquella misma época mis compatriotas preparaban las carnes y las adobaban con salsas muy sabrosas. Según nuestros historiadores, ustedes—los blancos civilizados—cuecen las carnes desde hace veinticinco siglos, esto es, cuando ya nuestro libro de cocina iba por la mitad de sus páginas... Recuerde también que en América los mejicanos comen ciertos gusanillos del maguey, y que en una parte de Colombia el mejor plato corresponde a una tortilla de hormigas. Las ratas, que nosotros sabemos preparar y que a ustedes les producen náuseas, las ví comer en la sierra del Perú, simplemente asadas y untaditas de ají. Debo aclarar que el ratón americano—llamado conejito de Indias—es mucho más grande que este nuestro del Asia...

Alelado escucho la charla culinaria del chinito, Rafael Teng, dueño en Lima de varios almacenes y por lo que se ve, elemento ya cultivado, especie de Brillat Savarín amarillo, en cuya larga disgresión triunfa la más fina y acre de las ironías. Este astuto cantonés, que hoy goza del dinero ganado en el Perú, debe de ser uno de los tantos chinos importadores de ideas republicanas, verdaderos culpables de la radical transformación celeste. Los años de vida en nuestras libérrimas naciones, el contacto con

nuestra prensa que sólo sabe de la absoluta libertad o de la sorda represión; el lampo rojo de nuestras guerras civiles y el encumbramiento de caudillos audaces, impregnaron en estos chinos de América flamas de rebeldía, aspiraciones igualitarias, sed constitucional, inquietudes administrativas y fiebres económicas. Se formaron, como por encanto, las sociedades secretas cuya sede funcionó en *Chine-Town* de San Francisco de California. Un buen día, cuando menos lo esperaba el mundo, estalló la rebelión, fué depuesto el sagrado Hijo del Cielo e instalada la República China, con el doctor Sun Yat Sem a la cabeza. De Cantón patria de los chinos que nos venden sedas, lustran nuestras camisas, labran—como en el Perú—los campos y cocinan sabrosamente para ricos y para pobres, salió la tea libertaria. Cantón es la ciudad *aventina* de lo que ayer fuera Imperio Celeste. Cantón es una incubadora humana, plena de iniciativas, de industrias, de politiqueros, de fastuosos "tíos de Indias", en una palabra, tierra de muchos Rafaeles Teng! Esa gran ciudad, que cuenta en todo el universo con hijos que le son muy fieles, merece una visita especial, una observación detenida.

Hago mutis a la charla de Rafael Teng porque anhelo cerciorarme de la culinaria más antigua e ilustre que registran los maxilares del hombre. Revisto el primer potage, que es una sopa de color opalino, con cierto gusto que oscila entre ostra y cebolla. Ingerida con toda satisfacción, me informo de los elementos que la integran. Simplemente, buches de pescado con zumo de cebollas tiernas, espesado todo en leche cortada; pero en leche de cabra que es la más oliscosa y sustanciosa. A mi juicio, esta sopa puede calificarse de excelente.

Segundo plato. Huevos de tortuga en una especie de almidón agri-dulce. Las señoras tosen y se cambian miradas rece-

losas. El Cónsul de Méjico esquiva el turno pidiendo una romanza (un maullido...) a las dos alondras cantonesas. Yo examino, revuelvo las flotantes esferas y sin mirar a nadie agacho la cabeza y como. Ah, si no fuera por la recalcitrante salsa pegajosa, esta ricura sería digna de figurar *comme le plat du jour* del gran "Café de París"! Los huevos de quelonio, tal como los preparan en "El Dragón Verde", son sencillamente deliciosos. Se deshacen en la boca y colman el paladar de un sabor agradable, que tiene mucho de la perdiz y de la salsa de caviar. Observo que a excepción de las damas, todos los comensales tributan a este plato los honores del bis.

Tercer plato. Muslos de rana adobados con pan molido y arena de almendras. Este soberbio manjar es repetido por varios glotones, entre otros, por el autor de este libro.

Cuarto. Pedacitos de carne azulina, que yo conjeturo de langosta o de algún raro crustáceo de la Kamchatka. Reina un silencio conventual y nadie comenta la salsa fragante en que nadan los sustanciosos zafiros... De pronto, uno de los anfitriones habla en su lengua al jefe aparente de los criados. Pasado un minuto entra un fámulo con una bandeja en que brillan varios tenedores de plata. El silencio, que es temor o respeto a la vianda desconocida, lo han juzgado perplejidad o vacilación nuestra en el uso de los palitos. El manjar, con sus trozos de azur, impone cierta sospecha... pero uno de los chinos sonríe y me anima. Yo pruebo, masco y trago. Repito, muy conforme, la operación ante la fisonomía estirada del Cónsul Diez Canseco.

—Qué ocurre, colega?—El sabor del plato no está mal, por mucho que inquiete su presentación...

—Sí, colega, muy inquietante! Pues entiendo que esa sustancia procede de una serpiente arrocera, una especie de anguila terrestre, muy estimada en los banquetes chinos. El plato es tentador; pero a la verdad; a mí me obsede la visión de la *bicha,* y hasta que no lo terminen y se lleven las sobras, me estaré diciendo: lagarto, lagarto!

Quinto. Pato *laqué,* tan divinamente horneado que más bien parece objeto de *terracotta* o de porcelana holandesa, que pato deshuesado, cortable, comible y de sazón deliciosa. Para los europeos esta es la gran vianda de la China, por mucho que los *gourmands* amarillos tengan al ganso *laqué* como plato corriente.

Siguen otros turnos de caracoles con jengibre. Ensalada de bambú. Un arroz mixto, mosaico de carnes y vegetales, por cierto, de sabor muy delicioso. Uñas de pavo, mejor dicho, patas de pavo con adobo de nueces. Postres chinos. Pastelitos de arroz cocido, con pinturas muy chillonas. Helados de cinamono. Té negro, auténtico té de los mandarines; infusión que huele a gloria y que todos bebemos maravillados, no obstante los gritos de las cantatrices y la estridencia del violín y los platones.

El banquete ha terminado. Conforme a la urbanidad celeste los fámulos traen de nuevo las palanganas de kaolín con los paños que hacen de humeantes servilletas. Nosotros nos estrujamos los dedos, no así los anfitriones, que se enjugan el rostro, los bigotes, los labios, las manos, las uñas: una tualeta general! No nos sorprende el repugnante gorgoteo de los eruptos, porque ya sabemos que los chinos manifiestan de ese modo la exquisitez de un festín. Tomamos licor de *lichías,* muy fuerte y meloso, servido en copitas de jade. Este néctar asiático reemplaza al "Cointreau" y otras delicias de occidente. Rafael Teng, ansioso

de cumplir con sus deberes de organizador, advierte que las pipas están a la orden de los que quieran fumarlas... Agradecen las damas y a coro insinúan salir a la terraza para contemplar el burgo de Kawloon, iluminado en el extremo norte de la bahía.

No obstante las dos horas pasadas en el comedor, todavía quedan un par de yardas de la gruesa cinta de pequeños cohetes que fué encendida al momento de entrar nosotros en el restaurante.

—Estos reventadores están calculados para una quemazón de tres horas—me dice el amigo Mognaschi, experto en cosas de la China.—Las boas detonantes, que se cuelgan desde el cuarto o quinto piso, son como anuncio de gran comida, de festín luculesco; y claro está que mientras más serpientes queme uno de estos restaurantes, mayor es su fama a los ojos del público.

CANTON

Río arriba

Bajo una luna chinesca, de faz radiante y bonachona, surcamos las aguas del Río Perla, en viaje a Cantón, la energética urbe del sur de la China, donde ha cerrado los ojos—en la hora que escribo estas páginas—el graduado de la Universidad de Columbia, Sun Yat Sem, llamado por antonomasia, "padre de la República".

Acompáñanos el Cónsul Diez Canseco, quien no ha querido que partamos solos, so pretexto de que nada interesante veríamos bajo la dirección explotadora de un energúmeno de la Agencia Cook. A mi juicio, otra es la verdad. Cantón es y habrá de ser siempre la ciudad más inquieta de la China, medio ácrata y

bolchevique, teatro siempre de sucesos urbanos que generalmente acaban en tragedia. Mi colega, el Cónsul del Perú, cuenta en Shameen y en Cantón con magníficas relaciones comerciales de las grandes casas que exportan sedas y objetos manufacturados a los almacenes chinos de Lima.

Hasta muy avanzada la noche conversamos de cosas y costumbres celestes, en tanto que bajo la luz lechosa de la luna, contemplamos el paisaje chinesco, todo envuelto en la serenidad blanca de Budha. De trecho en trecho caen los rayos lunares sobre pequeñas cúpulas, sobre medias naranjas que apenas sobresalen del suelo. Por donde quiera el mismo detalle ya observado en Pekín, en Shanghay y en Mukden... Los cementerios, las ciudades silenciosas de la dicha! La muerte no parece poner fin a la vida epicúrea del chino, porque este dichoso mortal (mejor dicho: inmortal!) sigue gozando en la región etérea, en el paraíso confuciano, como aquellos que cumplieron los deberes de la paternidad y el pago estricto de las deudas... Infeliz del chino que cierre los ojos sin haber satisfecho a su acreedor! Esta virtud, que tanto sirve al prestigio comercial, ya comienza a relajarse en nuestros países, donde los casos de quiebra fraudulenta van siendo común entre los inmigrantes de piel azafranada.

—La república, colega!—apunta Diez Canseco.—Con las nuevas ideas y con el régimen democrático se han debilitado las tradiciones éticas de la China; y el código de Confucio, verdadero monumento de moral humana, no es obedecido como antes, con severidad digna de todo aplauso.

Descendemos a nuestros camarotes, pensando en este enorme país, tal vez el más ilustre del planeta, como padre de la On-

tología, descubridor y poblador de América (las tumbas chinas tienen la misma disposición de las *huacas* incaicas), inventor de la imprenta, de la brújula, de la pólvora y catedrático insigne en el goce de los sentidos.

Arropados en nuestros lechos nos asalta finalmente una inquietud infantil. Los piratas! el azote milenario de estas riberas. Bah! estamos como en la infancia, pensando en las consejas de nuestra servidumbre. Somos unos doscientos pasajeros y navegamos por un río cuyas orillas están bien pobladas... de chinos! En fin, a soñar, que mañana despertaremos acoderados a un muelle de Cantón.

La ciudad

Cuando desembarcamos en el atiborrado malecón, un chino muy tieso y enjuto que semeja a los personajes del clásico Chiuang-Tsé, nos saluda con grave majestad, en un inglés muy comprensible. Me informa ser corresponsal y asociado de la casa Man Lee y que, recibido el telegrama del señor Cónsul del Perú, viene a ponerse a nuestra entera disposición por todo el tiempo que permanezcamos en la ciudad. Le decimos que hallándonos de tránsito, desearíamos regresar a Hong-Kong por el primer tren del día siguiente, para ver de pasada la campiña y algunos pueblos del interior.

Nuestro amable guía, con la autoridad de un mandarín, llama a cuatro vehículos cargados por robustos *coolies* que a las fuertes voces de *cha-lá, cha-lá,* parten por callejuelas angostas, donde cada zaguán o ventana arroja su aliento de frituras.

—Estas calles son muy buenas—advierte el guía—. Luego entraremos por otras más angostas, dedicadas a negocios de matancería, bares y figones. Ya conocerán, aunque sea por fuera, los palacios donde habitan nuestros gobernantes republicanos.

Una frase larga y sonora como un verso del aeda Lao Tzú, pára en seco la marcha de los palanquines. Nos apeamos frente a un pórtico gris, en cuyo interior se alza el templo de los 500 dioses. Para llegar a la nave mayor nos precisa atravesar varios patios fangosos, en los que nadan las tortugas de Budha. Amplio es el templo, sólida su construcción, graves los bonzos que lo habitan, pero todo el edificio anda descuidado. Muchos mosaicos bailan desunidos, tejen sus redes las arañas y corren entre las piernas de los dioses insolentes sabandijas. A la izquierda del Budha central se halla el veneciano Marco Polo, que llevó a Europa las primeras noticias de la distante Catay. Sus compatriotas del Véneto, no obstante lo voraces y aventureros, tacharon de impostor al ilustre marino, repitiéndose aquello de que nadie es profeta en su país. Marco Polo tornó a la China, ocupó altísimos cargos, formó varias familias y al cesar su vida fué endiosado y venerada su imagen, a la par de Budha!

Nos dirijimos a pie a otro templo muy curioso, llamado de la Medicina. En una placita pavimentada con negros pizarrones se yergue un árbol grueso, pero no muy alto, todo lleno de lacras y de arrugas. De su tronco sale un canalito que termina en una cloaca muy profunda.

—En esta plaza se hacen las ejecuciones—nos dice el guía.—Al pié del árbol se cortan las cabezas y por ese canalito corre la sangre como agua por su cañería. Desde que la República privó a los mandarines de sus privilegios, son muy contadas las cabe-

zas que se cortan. El mes pasado cayeron solamente siete... y esa disminución es una verdadera lástima porque los pícaros, los monederos falsos y los piratas aumentan con mucha rapidez.

Por un fenómeno de representación mental mi espíritu se sirve de sus horas idas, cuando solía leer a hustadillas el libro de Octavio Mirbeau "Le Jardin des Suplices". Examino, cerca del árbol, un tablón herrumbroso y carcomido en cuyas rajaduras creo ver viscosidades y estrías de vieja sangre coagulada. Sobre este madero, positivamente, los sádicos mandarines presenciaron el suplicio de la *caricia,* que si bien comenzaba con éxtasis voluptuosos, pasaba a vértigos y gritos de locura, para concluir con la muerte subrayada por un chorrito de sangre renal...

El llamado Templo de la Medicina, verdadero sagrario de la superstición cantonesa, está mejor tenido que el de Budha, Marco Polo y las 498 divinidades restantes. En el centro o altar mayor vemos oficiar un sacerdote, a cuyos pies implora una mujer del pueblo la salvación de su hijo. El celeste levita arroja un puñado de incienso en unas brasas, dice palabras cabalísticas, toma después dos tablillas que juntas forman un palo redondo. Las arroja al suelo con violencia y, según como caigan, según su disposición con respecto a los puntos cardinales, predecirán, ellas, la salvación o muerte del enfermo. Por supuesto que esta pagoda es la más frecuentada y reverenciada de todo Cantón. Las limosnas que recibe alcanzan a sumas muy apreciables; pero a mi franco entender nunca son los chinos tan *chinos* como viniendo a consultar sus achaques con las dos tablillas.

El Hotel de los Muertos

Hemos pasado por los muros del palacio de Wu Pei Fu, el general de las grandes matanzas y de las crueldades inauditas. Soldados de astrosa indumentaria prohiben a los palanquineros penetrar por una calle angosta, pero regularmente cuidada.

—Esta es la del "presidente"—apunta el guía.—Siempre está libre, pero seguramente el doctor Sun Yat Sem está celebrando alguna conferencia y por eso prohiben los guardias el tráfico. Pekín y las potencias de Europa nos tienen arruinados, se llevan todo el producto de nuestras aduanas y del ferrocarril a Hong-Kong. El presidente, sin asustarse por los barcos de guerra que están fondeados en el río, defiende nuestras rentas y lucha por la dignidad de la República.

Al trote infatigable de los *coolies* llegamos a una extremidad de Cantón, donde las rotas murallas van dando nuevo espacio al crecimiento de la ciudad. Tras de una verja de kaolín, en cuyo centro luce un portón sus valiosas talladuras, se halla el santuario de la familia Chang, poderoso apellido cantonés, como lo fuera Médicis en Firenze, la renacentista. Subimos por una suave rampa, entre dalias y jazmines asiáticos. Desde el pórtico del templo se domina la indómita ciudad en la que bullen dos millones de seres. Como las patas de un cangrejo colosal se mueven los sampanes de los esteros, los negros sampanes fijos, inmóviles, en los que nace, vive y muere una población lacustre de 150.000 almas. Ninguna ciudad del mundo ofrece este aspecto de Cantón. En el fondo misterioso de esos millares de barcas tiene el crimen sus laboratorios, universidades y un vasto doctorado. La *maffia* napolitana, la mano negra neoyorkina, los

apaches de París y los compadritos de Buenos Aires son niños de pecho al lado de los bandidos cantoneses.

Cerca de la pagoda "Chang" está el llamado "Hotel de los Muertos". El chino, sibarita por excelencia, cree gozar de nuevos placeres en el más allá, en el mundo de lo desconocido.... No satisfechos con sus tumbas provistas de *confort,* los magnates cantoneses idearon construir un hotel donde descansar y prolongar los días gozosos de la vida. Precedidos del cicerone penetramos a esta curiosa mansión de los difuntos, donde unos 200 privilegiados de la fortuna, *viven* con toda comodidad, instalados en sus amplias habitaciones. Hay quien las arrienda para siempre, pagando casi una fortuna; hay quien sólo las toma por veinte años, por diez o por cinco, que es el tiempo mínimo de alquiler. En el centro de las habitaciones dencansan los cadáveres, metidos en gruesos troncos de encina, que dejan de ser ataúdes para convertirse en divanes! Bien embalsamados, y hasta maquillados, si se trata de mujeres, estos muertos lucen lujosas vestimentas, alhajas, bigotes, gafas, pipas de fumar y cuanto objeto dé la alegre sensación del vivir. Reciben correctamente las visitas de sus deudos, contemplando con sus ojos vítreos las frutas y golosinas con que les regalan sus parientes y amigos. Curioso medio, curioso sistema por el que los chinos han resuelto una seudo prolongación de la existencia. En la puerta de cada cuarto se ha tenido el cuidado de escribir la siguiente sentencia, que el guía nos traduce así: "Quien lo ocupa ya es un sabio, porque no aconseja ni critica".

Shameen

Regresamos al "Hotel Victoria" de Shameen, atravesando el barrio industrial, enorme colmena de Cantón donde orfebres, tejedores y ebanistas trabajan con finura consumada los marfiles, los llamados "Mantones de Manila" y los muebles de ébano,, incrustados de madre perla.

Imposible abandonar la interesante urbe del austro chino sin consignar nuestras gracias para el generoso amigo y colega, Diez Canseco. En un día de palanquín hemos visto infinidad de cosas raras, algunas escenas repelentes; pero todo muy digno de la propia observación.

La isleta de Shameen sirve de barrio a los europeos, por una concesión del tiempo de los mandarines. Universidades, colegios, iglesias cristianas se apretujan en su limitado espacio. El "Christian College" educa, con los niños blancos, centenares de chiquillos cantoneses, futuros presidentes de la República del Sur. Finalmente en Shameen viven agrupados, con relativa seguridad, los misioneros católicos y evangelistas que luchan con tanta fé y heroísmo por cristianizar la China.

Nos presentan a un ilustre misionero francés, que lleva treinta años de vivir en Cantón. Le hablamos de lo que hemos visto, de niñitas en prematura e inicua gestación, de la mendicidad, del bandidaje, de la lepra.... El anciano sacerdote nos responde con calma, convencido de la lenta, pero segura evolución religiosa de la China.

—Todavía se ven y se verán horrores—nos dice su voz emocionada.—Les aconsejo no salir de noche porque abundan los pe-

ligros. Quédense en la terraza que da sobre la orilla, que no sería raro viesen rodar aguas abajo alguna "barca de flores".

Ah! las famosas barcas floridas!... Recuerdo haber leído un vigoroso relato del viajero y cronista francés, Robert Chauvelot. Se trata de sampanes regiamente tapizados, provistos de bebidas y manjares, de opio y pebeteros. Grandes flores y farolillos de papel decoran, por fuera, la bien cerrada cámara. Bogan en las bordas ágiles galeotes. Sobre cubierta violines y platones producen los más salvajes ruidos. En la incubadora de Cantón las familias misérrimas tienen una mina en la venta de sus hijas; y esta trata infamante, autorizada por la costumbre y la barbarie mongólica, es lo que más preocupa a los nobles propagandistas de la Fe.

Cualquier comerciante ventrudo, cualquier chino enriquecido en América compra, por unos centenares de pesos mejicanos, a una niña de diez o doce años! Arrienda una "barca de flores" con sus músicos y sus remeros, navega con su presa por el río, frente a la ciudad, en tanto que desde la proa se lanzan al negro espacio infinito, raros cohetes de luz, que son como anuncio del crimen cuyos ayes ahoga la satánica orquesta. No han sido pocos los casos en que la tierna víctima sucumba! Pues nada. La "barca de flores" ha buscado entonces remansos distantes, en cuyas aguas se ha hundido para siempre la inocencia trucidada...

Así como la república del doctor Sun Yat Sem acabó para siempre con el jardín de los suplicios, quiera la heroica tenacidad de los cristianos suprimir estas góndolas del crimen, a nuestro juicio lo más inicuo de la túrbida Cantón.

MACAO

Monte Carlo Asiático

Al tercero, y posiblemente mi último tránsito por Hong-Kong, he resuelto visitar Macao, vieja colonia portuguesa, que tiene la especialidad de haber sido el primer establecimiento blanco en tierras de la China.

Hasta hace unos doce lustros Macao fué un gran puerto, una especie de magazín aduanero, cuyas rentas locupletaban las arcas de los reyes portugueses. Vino la guerra llamada del opio, y tras de ella la fundación de Hong-Kong, la garra mercantil de los ingleses, y la lenta pero segura decadencia de Macao. Desde entonces pasó a segundo término, quedándose en cuartel

general de los jesuítas. Fué preciso reaccionar en busca de nueva vida, y a la mano estuvo el remedio declarándose libre el mercado del opio y haciendo del juego un filón de nuevas rentas. Funcionan ordinariamente en la ciudad 80 garitos, y como el último censo fué de 80.000 almas, resulta que hay en Macao una casa de juego por cada millar de habitantes.

Entre mis amigos de Hong-Kong no ha faltado quien me advierta del palpable malestar chino. Cierto que la gran huelga portuaria se resolvió pacíficamente; pero son tantos los desertores de Chang Tso Ling, Wu Pei Fu, Feng Hsiang, que no sería raro surjan de repente las temibles bandas de piratas. A mí me parece infantil la indicación, tan remoto el peligro medieval, que no hago mayor caso y me agrego al alegre *party* de amigos deseosos de conocer el Monte Carlo de Asia.

En el vapor "Sui-An", administrado por una poderosa compañía inglesa, partimos muy temprano la familia mejicana Zuckermann, el amigo José Mognaschi, el joven azteca, Jesús Sánchez, don Gabino Caballero, natural de Manila, un funcionario de Macao, de apellido Almeida, mi esposa y yo. El barco es grande, todo blanco, comandado por oficiales ingleses. Vamos unos doscientos pasajeros entre los de cámara, segunda y tercera clase. Marchamos animosos, llenos de curiosidad, pensando por adelantado en las difíciles combinaciones del *fan-tan* y del *culú-culú*, los dos juegos chinos que tan pronto le dejan a úno en la calle como le pueden repletar de áureas monedas. Vamos vertiendo sal de Castilla sobre las hipérboles lusitanas que ciertos pasajeros se agradecen mutuamente, con el infaltable *muito obligado* de la urbanidad lusa. Curioseamos por toda la nave, sorprendiéndonos los fuertes barrotes carcelarios, con sus puertas corredizas, en cuyos dinteles montan guardia barbudos gendarmes del Punjab.

—Y este aparato militar, y estas pesadas rejas qué cosa significan?—pregunto al amigo Mognaschi, gran conocedor del país.

—En previsión de los piratas, querido señor Cónsul.—En el Sur de la China todos los vapores fluviales tienen la preocupación de dividir a los pasajeros por sus categorías, separando cada clase por medio de estas rejas cuyas agudas lanzas sobresalen casi un metro de la borda. Además, cada sección está vigilada por gendarmes indos, por hombres de gran fuerza y de certera puntería, autorizados para disparar a la primer bullanga o aproximación de sampanes sospechosos. No hace un año que fué saqueado un vapor que venía de Shanghay. Los piratas, fingiéndose a la deriva, pidieron auxilio, treparon al barco, mataron la escasa marinería y se robaron toda la carga de las bodegas.

Con las arias de unos cantantes de la compañía de ópera italiana que actúa en Hong-Kong, se nos han pasado las cinco horas del viaje. El sol, como flecha de plata, cae vertical sobre el burgo de Macao, en cuyos extremos torvas fortalezas muestran sus herrumbrosos cañones. Fondeados en el río cuatro *caga-fogo* se mecen con dulzura, luciendo el gallardete bicolor de Portugal. Juzgamos débil cosa los cuatro *terror dos mares*, pues cada junco o sampán de los que vemos junto al malecón, luce en proa una culebrina o cañoncito de saquete. El señor Almeida nos explica que las barcas de comercio, a fin de batir con ventaja a los piratas, gozan de permiso legal para armarse.

Riviera do Catay, llama la hipérbole portuguesa a la ciudad levantada por varones de barba en pecho, por grandes renacentistas como Vasco de Gama, Alonso de Albuquerque y Luis Camoens. En realidad Macao, con sus cerros verdegueantes, sus fortalezas medio derruídas y sus *villas* de tejas encarnadas, pa-

rece un modesto rincón de la Costa Azul, algo así como Antibes o Cap Saint Martín; pero sin tener, como aquellos lugares, la frescura del clima, ni la magia glauca del Mediterráneo. Actualmente goza Macao de su invierno, en verdad muy soportable. Lástima que esta regalía sólo dure dos meses, pues en el resto del año el clima es ardiente y sin duda que influye en la vehemencia de los tahures amarillos.

El Poeta de Las Lusíadas

Este Portugal chinesco es un breve recinto amurallado. No tiene tierras que cultivar ni fabrica nada que vender; pero es puerto *libre,* y en desquite de la vida mercantil que Hong-Kong otrora le birlara, *e sempre* necesitada, Lisboa, de dineros coloniales, permitió la Corte lusa el libre comercio del opio, dió amplia licencia para la implantación de los garitos y se hizo de la vista gorda ante el desarrollo de los lupanares.... Estas concesiones fueron fuentes de grandes entradas que daban con largueza para pagar los *caga-fogo, os ilustres* funcionarios y la guarnición de 300 gendarmes, quedando un buen remanente para las sedientas arcas de Lisboa. Se me ocurre que Vasco de Gama, Lourenzo Márquez, Cuhno de Almeida, Alonso de Albuquerque y sobre todo Luis Camoens estarán protestando en sus huesas de saber a Macao convertida en ciudad de todos los vicios, en lugar de ser el centro jesuítico, la cátedra de sabiduría cristiana, que ellos creyeron haber fundado!

Ni las antiguas iglesias, ni los grandes conventos de la Compañía de Jesús, ni la santa celda de San Francisco Javier, ni la

pletórica "rua da Felicidades" con sus escándalos y lumias pintarrajeadas, preocupan tanto nuestra mente como la isolada casita a donde nos conducen los jadeantes "Fords". Hemos llegado a la *turris ebúrnea* del poeta; penetramos a la casa, nos instalamos en el mismo cuarto donde el ilustre tuerto meditó y compuso sus "Lusíadas", el grandioso poema de la fabla lusitana. Aquí mismo, retornando su espíritu a la efigie de bronce que le muestra coronado de laureles, Camoens parece contemplar al gran Vasco de Gama ofreciendo los tesoros de India y Catay a la mórbida Doña Inés de Castro; aquí, desde este mirador amplio y sencillo, el vate de Portugal vió las trombas que Adamástor lanzaba contra las naos lusas; oyó, luego, las voces corajudas que Fernao de Magalhaes espetaba a sus asesinos tagalos y aquí vió el poeta, en sudadosos avatares, al rey Don Juan dictando cartas de amistad y alianza para los príncipes de Jeypore, para los reyes de Burma y de Malaca, para los monarcas absolutos de Catay la fastuosa y de Cipango la distante!

Salve, Luis Camoens! Salve, heroico poeta de Coimbra, ilustre y guerrero como el capitán castellano, Alonso de Ercilla! Sobre la cruz de tu espada y el corazón de tu lira, mi espíritu—ingenuo peregrino del ideal—te rinde su más sincera oblación!

Las Tarimas del Deleite

Orgulloso de su poder el flagelo del Opio alza por dondequiera sus volutas de pecado....

Desde la calle del Marqués de Pombal vemos los fumaderos colmados de clientes. Hombres jóvenes y ancianos, mujeres provectas e infantiles, todos aletargados, todos indiferentes al tic-tac de la existencia, aspiran el veneno de ópalo que borra de los ojos el brillo de la voluntad. Después de mis experiencias de Saigón, bajo la docta mano de un *blassé* como el gabacho Noilly, no he vuelto a tocar la pipa, y ya no diré lo que en mi viaje del "Paul Lecat":

Abúlico, dudando del mañana,
asciendo por las rutas del Nirvana
al mágico país desconocido....

La Vida con sus fuerzas me interroga
mientras anula mi sufrir la droga
que sube al cielo en espiral de Olvido!

No es conmiseración ni pena, sino franca repugnancia lo que me inspiran todos aquellos seres que babean sobre los divanes, con la mirada turbia y bovina de los degenerados. Muchos son de la China, de la India, del Japón; pero no son pocos los europeos ansiosos de la quinta esencia sensorial. Tampoco faltan bellas mujeres de Yanquilandia que, ya adquirido el vicio en los antros de Nueva York y Los Angeles, buscan libertad para fumar, para afinar los nervios y para extinguir las sanas fuentes de la vida. Erotismo, alcohol, juego, nada, nada tan poderoso y que esclavice tanto como el humito de la droga, como la inconsciencia vaporosa de la tarima!

Sin la más leve vacilación abandonamos los fumaderos, en cuyo barrio flota ese perfume acre y característico de las pipas

de opio. Queremos dedicar la tarde a las capillas del paño verde; queremos conocer los casinos y probar suerte en las combinaciones del *fan-tan* y el *culú-culú*. Con el Cónsul mejicano, señor Zuckermann y con el avisado Mognaschi, formamos una vaca de sesenta dólares, que vamos a jugar sabiamente, siguiendo con astucia la técnica de algún viejo tahur.

Paño Verde

Los casinos de Macao propalan claramente, por fuera y por dentro, que su mayor clientela son los chinos, hombres descuidados en el vestir, olientes a frituras, a opio, a trastienda... Instalados en casas de tres o cuatro pisos, desde que úno penetra a los garitos se siente agarrotado por una atmósfera rara, peculiar y molesta hasta que poco a poco el olfato va soportando el ambiente y la respiración va haciéndose más libre y confiada. Las mesas de juego, circuídas de una multitud heteróclita y febril, ocupan en el plan lo que podríamos llamar el patio. Esta disposición permite a los jugadores situarse en los otros pisos, asomándose por las balaustradas que dan sobre las mesas de paño verde.

En el piso principal tienen acomodo seguro los jugadores fuertes, avezados a las grandes apuestas. Los hay francos, abiertos, que tiran gruesas sumas sobre el tapete; los hay caprichosos, disimulados, que envuelven en un billete de a dólar uno de a cien.... En los balcones o balaústres se acomoda el gran público, los tahures obcecados, los inventores de curiosas cábalas, los que

persiguen, con ojos de azor, las rachas felices o adversas del juego.

Desde un segundo piso observamos el *culú-culú,* que se juega con seis enormes cartas, numeradas del uno al seis. El banquero agita un cubilete con tres dados de clarísima numeración. Supongamos que alguien se apunta al cinco y que entre los dados sale un número de estos; pues en tal caso el ganancioso cobra una vez. Si son dos las quinas, cobra doble, y si son tres, cobra triple. Recíprocamente si entre los dados no sale el número de la carta a que se apunta, pierde su dinero el apostador; pero con la circunstancia de ser solamente la cantidad puesta, aunque repitan los dados el número del banquero. La gran atracción de este juego es la ventaja aparente del público, que tiene cobros dobles y triples; pero a la larga esa ventaja es del garito, que para seis números que ofrece a los apostadores, los dados sólo dan tres caras o sean tres números. Y como no es corriente que se repitan los dobles y los triples, el dinero termina por ingresar en la bolsa del casino. Observado el *culú-culú,* yo me pronuncio abiertamente en su contra y manifiesto que el tal jueguito es cosa corriente en las fiestas pueblerinas del Ecuador, a donde lo conocen bajo el nombre de *maraca pekinesa!*

Pasemos al *fan-tan,* cuya descripción trataré de hacer con toda brevedad. En la mesa de juego, hasta donde bajan las apuestas en cestillos que cada jugador desliza de los pisos superiores por medio de un cordel, hay—de un lado—un montón de discos de cobre con un hueco en el centro, y de la otra parte hay unas caparazones de hojalata, de diversas medidas. El mecanismo de este juego, cuya lentitud es un refinamiento más del alma china, consiste en cubrir, con una cualquiera de las caparazones, todos

los discos que ella pueda contener. Cuando los puntos han sido hechos y ha bajado al tapete un centenar de cestitos, el gurupié, con el majestuoso talante de un mandarín, levanta la tapa y comienza a retirar de cuatro en cuatro, con un bastón acabado en gancho, los discos o fichas de metal. La ciencia del juego consiste en acertar el saldo de fichas que, como bien se comprende, tiene que fluctuar entre uno y cuatro. Crece la emoción en los últimos momentos, cuando todos quieren columbrar el saldo; pero para los tahures, para los jugadores avezados al *fan-tan,* lo fascinante de este jueguito pacientoso comienza desde que el gurupié cubre, con el aguamanil de hojalata, el hacinamiento de fichas.

El *fan-tan* absorve, apasiona, cautiva y enloquece!.... Se lo juega en todos los garitos y como sus clientes van desde el astroso *cooli* hasta el empingorotado millonario, resulta lo común que las casas de juego de Macao no cierren nunca sus puertas. La tenacidad poderosa del vicio las tiene convertidas en algo así como hoteles, asilos o refugios de una "Salvation Army" infernal! Las mujeres chinas abundan, descocadas como pocas y en muchos detalles parecidas a esas rubias *fanées* que sableando y enlodando las últimas briznas del pudor, consumen sus vidas viciosas en los casinos de la Cote d'Azur.

Tal vez parezca lento y muy ingenuo el jueguito macaco del *fan-tan.* Nada más erróneo, caro lector, porque esa martingala seduce y apasiona. Baste consignar que nuestra "vaca", protegida no sé por cuántas cábalas, desapareció en una hora, entrándosenos en el alma las vehemencias del desquite. Los juegos chinos son como el opio: al principio chocan, disgustan.... pero al final agarran y esclavizan para siempre! Dígalo el *mah-jong,* juego insulso, monótono, inventado por los emperadores Ming.

Esta diversión, al parecer ingenua, pasó siglos de siglos despreciada, casi olvidada. Fué en los días de la gran guerra, durante las largas vigilias del hogar, cuando el *mah-jong* hizo su entrada en el mundo de occidente, despertando un fanatismo semejante al que hace poco lustros provocara el *bridge*.

Los Piratas

A las cinco de la tarde regresamos al "Sui-An", para volver a Hong-Kong, satisfechos de nuestra rápida visita a la antigua colonia lusitana. En tanto que el vapor marchaba aguas abajo, elegimos para tomar el té un rincón de la cubierta, vecino al puente de mando. Mientras charlábamos y bebíamos la vieja y olorosa infusión asiática, el paisaje nos hablaba de belleza, de cosas que distaban lo infinito de cualquier aventura espeluzante. La señorita Zuckermann, la graciosa chamaca o *girl* mejicana, nos servía los sabrosos *scones*, en tanto que su presunto novio, el joven Jesús Sánchez, parecía desear que surgiesen los piratas a fin de exhibir su valentía yaqui....

Hacia el ocaso las nubes diseñaban sus palacios de oro. Contra el llano, los cerros y los árboles surgían ligeramente galvanizados por un suave sol de invierno. En lontananza, el río zigzagueante era como el dragón chino de rútilas escamas.

La naturaleza, en éxtasis sublime, más bien convidaba al reposo, a la concentración serena, que al temor, al pánico o a la muerte.... Fué cosa espontánea y unánime que nos recogiésemos en nuestra ánima y pensáramos en la patria distante, pan eucarístico de nuestro espíritu.

En ese rato de sentimentalismo, en esa comunión del alma con las cosas, surgió lo inesperado, lo inaudito, lo infernal, lo terrible.... Un ruidoso traqueteo de revólveres o carabinas; un trueno detonante que de la popa y las cubiertas inferiores subía, se abría paso y avanzaba hacia nuestro dulce retiro. Como tocado por electricidad, me puse de pies para curiosear por la escala que comunica el puente con la segunda cubierta en que se hallan los salones de comer y de fumar, cuando veloz como una centella asoma el primer piloto del barco, quien nos dice a todo pulmón:

—*This way, this way, quickly!*

Le seguimos todos, sin aventurar preguntas, y en pocos segundos nos vimos encerrados en su camarote. No había terminado de dar vuelta a la manilla de la cerradura, cuando una irrupción infernal, una gritería amenazante vociferaba en rauco *pikiníglis*. Sentimos la voz serena y fuerte del piloto:

—*Pray don't harm me. I am at your disposal.*

Los piratas! los auténticos piratas, los feroces bandidos chinos completamente apoderados del "Sui-An". Siguen las descargas, se oyen súplicas y lamentos mezclados a las voces gatunas que gritan amenazadoras:

—*Down stairs, all passengers to the saloon!*

Todos al salón! sin duda para robarlos, para vejarlos, para asesinarlos.... Transcurren algunos minutos de silencio que nos parecen siglos.... Yo veo la hora en la esfera luminosa de mi reloj. Las seis y veinte. En quince minutos los piratas han dominado toda la nave. Ya no suenan más tiros; pero tampoco se siente el eco de ninguna voz europea, ni el rumor de pisadas que revelen un pie calzado a la occidental.

Empezamos a serenarnos lentamente. Don Alberto Zuckermann, Cónsul de Méjico, rasga un fósforo y a su breve lumbre nos miramos las caras y nos contamos los únos a los ótros. A Dios gracias estamos completos! Como no sabemos cuánto va a durar la visita de los bandidos, acomodamos a las señoras en la cama, y nos sentamos nosotros sobre el suelo, con las piernas cruzadas a fin de procurarnos la mejor cabida.

Sentimos voces y aguzamos las orejas. Habla una mujer en un inglés que no logramos percibir con claridad. Le contesta un hombre en cuyo acento descubrimos a nuestro salvador, el piloto:

—*Yes, I shall follow you anywhere*—dice con voz alta y distinta, como para que nosotros podamos oírle. Iré con ustedes donde me lo manden; pero, por qué no desembarcan aquí la *safe* (caja de caudales)? Ya le han quitado al pasaje todo el dinero y alhajas; ya mataron al comandante Briss, al jefe de máquinas y a los guardias indos? No temen ustedes un encuentro? Bien saben ustedes que en Hong-Kong hay cinco torpederos de S. M. B.

—*We need to get the islands*—replica con energía la mujer (una china) sin duda la cabecilla de este audaz y sangriento pirataje. Debemos ir a las islas del sur, navegar 120 millas a toda máquina y en la más completa obscuridad. Así que desembarquemos la *safe*, el "Sui-An" quedará libre y libres también los pasajeros o tripulantes que están encerrados en los salones. O toma el mando y nos lleva a las islas, o aquí mismo muere usted con los otros oficiales que están en la bodega.

—Ya le dije que estoy a su disposición; pero advierto que el viaje a las islas puede significar el naufragio y la muerte de todos! El vapor no tiene calado para navegar en altura, ni tiene

carga que garantice la estabilidad. Descargada mi conciencia, puede traer a los maquinistas para ordenarles marchar....

Hacia las Islas

Al fin lo sabemos todo! Estamos en poder de una banda de piratas que ha asesinado al comandante Briss y al oficial maquinista y ha desvalijado a todos los pasajeros. Como no han podido abrir la caja de caudales, sin duda por haber muerto el contador, nos llevan ahora, bajo mortales amenazas, a unas islas donde hacer el desembarco. Vamos hacia la mar alta, navegando a oscuras para que nadie nos vea, para que nadie pueda salir en nuestra defensa y nuestra salvación. Es posible que estos piratas nos lleven como rehenes al interior de sus provincias. Somos bastantes los pasajeros del "Sui-An", y así como nosotros—hasta aquí milagrosamente indemnes—hay también empleados públicos, miembros del comercio de Hong-Kong, turistas norteamericanos, ricos mercaderes de opio, por los que se puede exigir un sonante rescate.

Navegamos, navegamos, dando los más feroces tumbos; navegamos entre los rezos de las señoras y las toses contenidas del Cónsul Zuckermann, a quien la nerviosidad y el pánico le han maltratado la laringe... Hay momentos terribles, espantosos, demoníacos; hay momentos en que provoca romper la puerta y encararse con el peligro, pues la nave da tales bandazos que parecen llegadas la "vuelta de campana" o la "pasada por ojo", de cuyos torbellinos no se libran ni los salvavidas! En la cama no cesan la "magnífica" y otros rezos dichos con voz gangosa y supli-

cante. Tampoco yo me canso de ver el reloj y observar cómo avanzan sus luminosas manecillas.

Por fin se acerca el término de esta noche satánica. Amanece, y ya debe estar rayando por oriente el primer carmín de la aurora. Bendita la luz que será nuestra salvación!

Las seis de la mañana. El barcó pára su andar. Se nota movimiento inusitado en las cubiertas inferiores. Se sienten los chirridos de la grúa y poco tiempo después un griterío de voces que se alejan; una especie de coro a *bocca-chiusa* que nos hace recordar el de la ópera nipona de Puccini.... Bruscamente estalla un distante traqueteo, y desde nuestro calabozo sentimos algo así como una quebrazón de cristales.

—Balas, balas!—dice con voz tremante la chamaquita Zuckermann.—El padre la impone callarse, y pasada la descarga reina un silencio absoluto en todo el barco. Largas cuchillas de luz se meten por las rendijas y por el varillaje de la ventana. Los rezos se reanudan, pero con voz más firme y más confiada.

—*Tun, tun.. Come out if you please. The pirates are gone!*—Ya desembarcaron llevándose más de cien mil dólares. Al dejar el buque nos lanzaron una última descarga, que ha perforado los camarotes y ha herido en el salón a cuatro personas más. A Dios gracias ya estamos salvos y en seguida haremos rumbo a Hong-Kong.

Salimos como almas que vienen de otro mundo. Nuestra primera acción es agradecer al piloto su conducta noble y generosa. El bravo inglés corresponde conmovido y nos advierte que llevamos duelo a bordo. El capitán yace con los pulmones destrozados; el jefe de máquinas ha muerto de un balazo en la frente; un sacerdote francés tiene atravesadas ambas piernas. De

los pasajeros hay cuatro muertos y varios heridos. Los tres policías indos fueron asesinados y arrojados sus cadáveres al río, en el mismo sitio donde los piratas comenzaron el golpe!

—Cómo fué el asalto, en qué momento se acercaron a nuestra nave, cómo es que nadie los vió llegar ni advirtió el peligro?.

—No hubo abordaje propiamente dicho porque los piratas, en número de sesenta, se embarcaron en Macao con boletos de las tres clases. Unos cuarenta hombres tomaron pasajes de ínfima categoría; el resto se distribuyó entre la primera y la segunda clase. En un momento convenido asaltaron a los guardias, los asesinaron y empezaron a disparar contra todo el mundo. Generalizado el pánico, se adueñaron del "Sui-An" en diez minutos. Los mandaba esa mujer que me amenazó con su revólver y que resultó levemente herida de un disparo del contador, un *eurasian* que suponemos fué lanzado al mar. Al cabo de dos horas habían saqueado a todo el mundo, con excepción de ustedes y del tenor italiano, ante cuyas lágrimas la mujer-pirata le devolvió el brillante que el tenor había escondido entre las piernas... Yo también me salvé, pues no me registraron y así he podido conservar algunos dólares que llevaba en mis bolsillos.

Cuadro Dantesco

Descendemos al salón, donde reposan las víctimas y donde lanza conmovedores ayes el Padre Casiac, misionero francés. Las señoras le brindan sus cuidados y le dicen palabras de piedad. El contesta agradecido y nos dice que la mujer-pirata le

había presentado sus excusas, pues que le habían herido equivocadamente, creyéndole gendarme, a causa de la levita y de la barba....

En la oficina del contador un enorme hueco advierte el sitio de la caja de valores, que los piratas no pudieron abrir. El robo pasa de cien mil dólares si se agregan al dinero del pasaje y al tesoro del "Sui-An", toda la platería, lencería, víveres, tabacos y licores de la nave.

El señor Gabino Caballero, que volvía de Macao con su suegra y con su esposa, nos dice que los piratas les sorprendieron en el comedor, donde se hallaban tomando té. Presenció el registro de todos los pasajeros, a quienes metían a golpes, dentro del salón. Nos dice que a la menor sospecha de escondite, los chinos hacían quitar las ropas a hombres o mujeres, indistintamente.... Que así fué como le hallaron al tenor de ópera el valioso solitario. Que gracias a su conocimiento del idioma cantonés pudo explicar la delicada salud de su familia y, sin vejamen alguno, entregó su cartera, su reloj, su estilógrafa de oro y las alhajas de su madre política y de su esposa. Que entre las víctimas hay un americano a quien mataron porque pretendió resistir. Que esa muerte, agregada a las cometidas durante el asalto, impusieron suficiente pánico para dominar, como ovejas, durante trece horas, a más de 200 hombres que hay entre tripulantes y pasajeros!

La alegría de la seguridad y el optimismo de vivir ponen en nuestro ánimo actividades insospechadas, que culminan en actos de filantropía. Nuestras damas asisten a los heridos con vendajes y soluciones anestésicas. No obstante el largo ayuno impuesto por las circunstancias y afirmado por el robo de los pira-

tas, nadie se acuerda de comer, estimando la falta de víveres ni mia cosa ante la conservación evidente de la vida. Nuestra escapada providencial pone en nuestros labios frases de gratitud para el Altísimo.

Los brigantes han podido hacer una terrible matanza e incendiar después el "Sui-An" para no dejar huellas del crimen; han podido escoger varias personas entre los pasajeros para secuestrarlas y exigir después valiosos rescates; han podido vejar al bello sexo, martirizar a los hombres y realizar mil crueldades chinas, en represalia de las que hicieron los blancos de Europa cuando la llamada guerra de los Boxers. En aquella época las tropas de las Legaciones acreditadas en Pekín, ejercitaban diariamente su puntería contra indefensos macacos....

Hacia el medio día divisamos una negra columna de humo. Los torpederos!—gritan a coro varios tripulantes.

Sí, son ellos. Vienen volando, pero nada podremos decirles, ni indicarles. El "Sui-An", hermoso barco de río, carece de Marconi y precisa que las distancias se acorten para usar el código de banderas. En las cinco horas transcurridas desde que los sesenta piratas nos abandonaron, ya habrán dinamitado la caja del "Sui-An" y contentos del botín estarán llegando a alguna aldea controlada por Sun Yat Sem, Wu Pei Fu o Chan Tso Lin. Aunque descubran las huellas, los torpederos no podrán desembarcar ni perseguir a los piratas, a menos que Inglaterra quisiese provocar un *casus belli* con la China.

Nos aproximamos más y se hacen las consabidas señas. Raudos como pelícanos, los navíos de la Gran Bretaña se dirigen al vericueto de islas, en el que volvimos a nacer por obra de la bue-

na suerte. Es posible que la artillería británica haga unas cuantas salvas, como acto de presencia....

A las tres de la tarde fondeamos en Hong-Kong. Un gentío enorme llena los muelles y los malecones. Fuertes guardias establecen vías que facilitan el tráfico de la Cruz Roja. Suben las autoridades y con ellos los periodistas. Sube también la familia del Comandante Briss, que parece ignorar la trágica muerte del bravo marino. Una señora y dos niñas rubias como las mieses. En el camarote, bajo la bandera de Nelson, descansa para siempre el noble capitán que tuvo firme conciencia de su honor y de su responsabilidad. Pudo transigir, pudo salvar la vida a costa del saqueo de su barco; pero esa transacción habría sido la mancha de su existencia y el sello infamante de sus hijas. Hoy, venerado por todo el mundo y, seguramente, bien retribuída su bravura por la Gran Bretaña, el Comandante Briss ingresa al "Roll of Honor of the British Navy".

Comentarios de la Prensa

Los periodistas desean interrogarnos, entre otros el señor Piero Gambarrotti, representante de la prensa italiana, de tránsito para Pekín.

—Será para más tarde—le decimos a coro.—Ahora nos vamos a tierra, a bañarnos, comer bastante, dormir y dar nuevas gracias al cielo por nuestra milagrosa salvación.

En las primeras horas de la noche noticias inalámbricas avisan que los torpederos ejecutaron una *demostración* en la gua-

rida de los piratas; pero se ignoran las consecuencias... Los diarios de la tarde aparecen llenos de informaciones y "The Star", publicación anglo-china, cree que el asalto estaba preparado desde hace meses, no en contra del "Sui-An", ni de sus pasajeros y turistas, sino contra el fastuoso comerciante de opio, Mr. Siong Lee, a quien venían persiguiendo para asaltarlo y robarle. Se sabe que el astuto Siong Lee tomó pasaje en el "Sui-An" y subió a bordo con una maleta que se dice contenía 300.000 pesos. Cuando el vapor se alejaba de los muelles parece que Siong Lee saltó a un sampán, quedándose en Macao. Sospechas bien fundadas tendría este hábil comerciante cuando procedió así, burlando a sus perseguidores!

Para ratificar esta formidable aventura, que yo estimo la experiencia más emocionante de mi vida y que, indudablemente, el lector comparará con aquellas abracadabrantes películas de Holly Wood en que hay tiros, puñaladas, golpes, muertos, contusos, desmayos femeninos y humaredas de completa ruina, voy a copiar algunos párrafos editoriales de "The Morning Post", número 4.910, el diario más serio de Hong-Kong y el más vinculado con la Corte de Inglaterra:

"The audacious piracy of the "Sui-An" is a vivid reminder of the desorganised and lawless conditions in which China remains. There has been no more boldly conceived or callaously executed of like nature since the "Thai-On" piracy, several years ago. The "Thay-On" was a steamer playing between Hong-Kong and Canton under the command of late Cap. Lawrence and was borded and plundered under very similar cir-

cunstances. The piracy caused a great sensation at the time and still leaves in the memory of all who were then residing in the Colony. China has always been notorious for pirates, so that, one cannot altogether place the blame to past revolutionary conditions....

Difficulties there always be since the element of surprise upon which the pirates depend so much can never be wholly safeguarded against. There are however certain precautions which can be taken and should be at the earliest opportunity. We refer specifically to the necessity for the installation of wireless upon all rivers steamers. It would not wholly eliminate the risk of piracy, but there would be very much more chance of safety and much more prospect of catching these pestilent rascals than there is at the present time....

Among the saloon passengers aboard the vessel were the following: Colonel and Mrs. W. B. Roberts, Major T. T. Cakes, Major and Mrs. Warton, Rev. Mr Costenoble, Mr. V. H. Escala, Consul general for Ecuador and Senora Escala, Mr. Albert Zuckermann, Consul for Mejico and Senorita Zuckermann, Mr. J. Mognaschi, Chancellor of Peruvian Consulate, Inspector Mr. Kent, Rev. Fr. Caysac, Mr. J. Sánchez, Mr. and Mrs. G. Caballero, Tenor Carpi, Senor Artino, Mr. and Mrs. Pearson, Senorita Castelli and many others, specially american tourists.

FAR EAST

Gajes Diplomáticos

Hace dos días que abandonamos el puerto anglo-chino de Hong-Kong, ciudad que no olvidaremos jamás, en todos los años que nos resten de vida! Sobre sus aguas verdes y raucas volvimos a nacer, por obra de la buena Providencia, personificada en un noble marino de Southampton. Trece horas mortales, trece horas de peligros múltiples constituyen nuestro auténtico calvario, que es y será siempre la experiencia más asombrosa de nuestra vida diplomática.

El "Sui-An", Macao, Hong-Kong, la mujer-pirata, las islas de los brigantes chinos!....

Imposible, imposible olvidaros! En todos los días de nuestra existencia verán nuestros ojos, al breve fulgor de la cerilla del Cónsul Zuckermann, nuestros semblantes demudados por la sorpresa y el miedo; y verán también, en el salón del "Sui-An", varios cadáveres, destacándose entre todos uno de hermosa estatura, cobijado por la bandera de la Gran Bretaña. Que la paz sea contigo, infortunado Capitán Briss!

Y ahora, de nuevo sobre el mar, cuán distinta nuestra situación de *globe-trotters*.... Navegamos en un barco limpio, nuevo, admirablemente dirigido por unos homúnculos chatos y muy ceremoniosos. Nuestra nueva ruta es el Japón, y viajamos en el vapor "Rakuyo-Maru", de la poderosa empresa "Toyo Kisen Kaysha". Su capitán, Mr. Tukotomi Kawachi, me conoce de mis tiempos consulares en Yokohama; el *purser*, Mr. Matsuda, el doctor Morita, discípulo del gran Kitasato, los sobrecargos y hasta los *boy-san*, todos, todos me obsequian con sonrisas *orificadas*, me asedian con inclinaciones del cuerpo y a cada rato deslizan en mi oído la eterna frase cortesana:

—*Ecuadoru rioji, gomén nasay!*

Todas estas atenciones, cuyo ejercicio sólo cesará con mi desembarco en San Francisco, son gajes de mi categoría diplomática. Es cosa bien sabida que en el Far East los cargos oficiales confieren enorme prestancia, aún en potencias de primer rango, como el Imperio del Sol Naciente. Pasajeros de positiva figuración oriental viajan con nosotros en el "Rakuyo-Maru". El periodista milanés, Pedro Gambarrotti, dirígese a China por el canal de Corea. Su pasaporte es diplomático porque la misión que lleva es la de investigar hondamente la "tragedia italiana de Pekín", de la que hablaré más adelante; tres diputados filipinos

marchan a Washington, por la vía de California, para activar lo que ya parece relegado a las kalenas griegas: la autonomía del Archipiélago Tagalo; varios capitalistas yanquis viajan a Tokio para ver de arreglar negocios mineros en la disputada y antártica isla de Sakhalín. Todos estos señores son personajes más o menos pudientes: pero ellos nada significan para el rígido capitán Kawachi, Oficial de la Marina de Guerra Nipona. Sólo el representante legítimo de una remota república, que fomenta relaciones de amistad con el Imperio, puede ser, para el disciplinado Kawachi, la mira constante de su riguroso formulismo.... En el comedor es la derecha del Capitán mi honorífico asiento, y mientras yo navegue en el "Rakuyo-Maru", una banderita ecuatoriana me saludará en el desayuno, el almuerzo, el té, la comida y el chocolate! Mi señora no ocupa la silla de la izquierda sino la que sigue a la mía, de acuerdo con la urbanidad nipona, cuyos cánones disponen que la esposa—la *oku-san*—siga siempre, en segundo término, a su señor marido!!

Con el Periodista Milanés

El amigo Gambarrotti, aunque ya bien enterado de la tragedia diplomática de Pekín, me suplica que se la narre conforme se la comentó en las Embajadas y Legaciones de Tokio, a raíz de la version *ocular* dada por el diario "The Japan Advertiser".

Confieso que me he formado buena opinión del periodista Gambarrotti, pues le hallo persona agradable, de espíritu mesurado que bien pronto denuncia al hijo de la Lombardía. Cuán distintos sus modales y su natural tibieza, del carácter aparatoso

y encendido que distingue a la mayoría de sus compatriotas—ligures o napolitanos—que, con sus gestos y sus lágrimas abundosas, lograron impresionar a la "mujer-pirata" y conseguir la devolución del valioso anillo de brillantes.

El culto milanés me habla de su ya larga correría por Burma, Siam y Cambodgia. Me pinta, con entusiasmo, las célebres ruinas de Angkor, a su juicio las más interesantes de todo el mundo, por su grandiosidad, por su valor artístico que simboliza la fusión de varias estéticas y por la extensión de ellas, que se calcula en muchos kilómetros.

Sólo parte de las ruinas, es decir, los gruesos muros y las torres angulares de algunas pagodas, son los vestigios que el genio francés ha libertado de la selva milenaria. Otros grupos ruinosos, como Pnom-Chisar, Vat-Nokor, Prakhan y Koh-Ker van mostrando recién sus piedras cinceladas que ocho siglos de ropaje vegetal mantenían en la sombra y el misterio!

En presencia de lo que se ha logrado descubrir, los arqueólogos deducen que no se trata ya—como hasta hace poco se creía—de un lugar sagrado, ni de un grupo de artísticas pagodas, sino de una ciudad inmensa como Nínive o la Roma Imperial. Saqueada Angkor por las bárbaras tribus *thai,* abandonada por sus aterrorizados habitantes y cubierta luego por la yungla del Mékong, ha vivido escondida, soterrada en absoluto silencio, por espacio de ocho centurias!!

Deseoso de corresponder al amigo Gambarrotti su charla ilustrativa, comienzo a contarle los antecedentes del escándalo de Pekín, que tanto ha conmovido a la Corte y opinión italianas.

—Pues bien, señor Gambarrotti. Conocí en la playa de Kamakura a la marquesa de Durazzo, cuyo espléndido palmito, bien

estilizado bajo el oscuro *maillot,* impresionó gratamente al mundo cosmopolita de ese balneario. Era cosa corriente, en las frívolas *causeries* del "Hotel Kaihin", afirmar que las relaciones conyugales del viejo marqués con su bella y blonda mujer andaban muy mal, desde el día que Italia entró en la gran guerra; pues como austriaca, la marquesa era enemiga natural de Italia, en tanto que su esposo, como buen hijo de la península y como patriota de la estirpe de Cavour, anhelaba el triunfo y la gloria de su noble país. Fuera de este comentario, que por la misma tragedia, creo carecía de fundamento, jamás oí decir en Kamakura nada desdoroso sobre la linda Embajadora de Italia en Pekín, hasta que surgió el terrible drama, minuciosamente divulgado por el corresponsal yanqui del "Jaspan Advertiser", quien por hallarse el día del suceso en el "Gran Hotel des Wagons Lits", fué testigo presencial de aquella tentativa de asesinato, seguida de un misterioso suicidio....

La Tragedia

Drama de sociedad, lance de amor, fiebre de *gelosía,* choque veramente italiano fué lo que conmovió hace poco al mundo diplomático del Far East. La ciudad de Pekín fué el escenario de un doble hecho de sangre, sobre el cual se vuelve todavía lenguas la antorchada sociedad del "Quartier des Légations".

Desde hace algún tiempo la Embajada de Italia en China estaba a cargo del Marqués de Durazzo, viejo y distinguido diplomático que, como ya se ha dicho había casado antes de la guerra europea con la bellísima hija del Embajador de Austria en Tokio.

En la sociedad blanca de Pekín la Embajadora de Italia se llevaba los lauros por su belleza, elegancia y soltura. Nadie más flexible que ella para bailar el *shimmy*, nadie con más destreza para los campeonatos de *tennis* y ninguna más lista que la marquesa para jugar al *bridge*. Empero estas cualidades que sintetizan a la *femme chic*, a la mujer de sabios refinamientos, su conducta no había dado motivos de murmuración, y en los círculos diplomáticos de Pekín nadie se jactaba de haberla descubierto un *flirt*, mucho menos una escapadita a los dulces jardines del Pecado....

Pero llegó a la China el *capitano* Pitri, garrido Attaché Militar de la Embajada de Italia en Pekín; y con él llegó también la tentación, el idilio romántico, la pasión culpable y escondida, el fracaso de la fidelidad conyugal....

Con sus elegantes y vistosos uniformes, con sus cualidades sportivas, su infaltable monóculo y sus amaneramientos cortesanos, el capitán Pitri logró trastornar el corazón de la Marquesa, y desde entonces hubo una pecadora más en el mundo diplomático de Pekín.... Se esbozaron las sospechas, comenzaron las hablillas y por fin creció tánto la marea de los comentarios que ella fué a golpear las remotas playas de Sorrento, donde vivía feliz y en dulce espera, la *signorina* María Cioci, novia del afortunado capitán Pitri.

Cómo pudo llegar a Sorrento la noticia de la pecaminosa *liason?*.... El acusioso corresponsal del "Japan Advertiser" dió, a su tiempo, dos explicaciones: movida por los celos alguna ótra dama del mundo diplomático de Pekín, escribió a Sorrento; o el mismo Embajador, para quien no podían ser extrañas las hablillas del "Quartier des Légations", informó a la *signorina*

Cioci de la deslealtad de su novio. El corresponsal agregaba que esta segunda solución era, a juicio de todo el mundo, la única probable!

La *gelosía* italiana es cosa formidable. Gracias a sus cruentos enconos ha podido el genio humano legarnos obras estupendas, tanto en el teatro como en la novela. Desde Shakespeare hasta Gaetano Rapagnetta, Príncipe de Monte Nivoso, hay una legión de vates y prosadores que han inmortalizado los adulterios, las obcecaciones y todos los paroxismos sensuales que culminan en la daga o el veneno. Los celos, como especialidad del tipo racial, no tienen distingo y son por tanto los mismos en Francesca de Rímini, en la Santuzza de Mascagni que en María Cioci, la prometida de Sorrento. Enterada, pues, la celosa novia de los enredos amorosos de su prometido, no tuvo más resolución que encaminarse a Pekín y ver de recobrar, con su presencia, sus prerrogativas de futura esposa del capitán Pitri.

Llegó inesperadamente, y manteniendo un riguroso incógnito comprobó las infidelidades de su *fidanzato*. En posesión de la prueba cuasi *ocular* y armada de una carta muy comprometedora, presentóse al domicilio de Pitri, quien seguramente quedó petrificado con tan inesperada visita. Una escena violenta, una escena florentina, sin desmayos ni aspavientos, culminó en la renovada promesa del capitán, quien juró por su honor de soldado pedir permiso para tornar a Italia y casarse en seguida.... Serenada la novia, ofreció a su vez abandonar Pekín; pero, sobre las mutuas promesas de los jóvenes consortes, hirvió la sangre italiana. María Cioci se dió trazas para informar a la Marquesa de Durazzo del nuevo y sagrado compromiso de su amante, y de su próxima boda en Italia!

Montó en cólera la bella Embajadora y, como águila imperial austriaca, resolvió defender su amor, su goce, su orgullo ofendido por el aparente triunfo de la *signorina* Cioci. Lucharía como Embajadora de Italia, como Marquesa de Durazzo; pero más que todo, como mujer amada, que defiende el objeto de su pasión!

La Víctima

Con un blasonado billetito solicitó y obtuvo de María Cioci un *rendez-vous* en el lujoso "Hotel des Wagons Lits". Cambiados los saludos y las frases de estilo, ambas rivales penetraron a un cuarto, y no había acabado la Embajadora de cerrar la puerta, cuando armada de un revólver exigió de María Cioci el renunciamiento a todo compromiso con Pitri y la inmediata devolución de las cartas o papeles que aludían a su delicioso *béguin* con el Attaché de la Embajada. María Cioci, encendida de rabia y de celos, no sólo no retrocedió ante el revólver amenazante, sino que se le fué encima a la Marquesa. Esta, usando de su vigor deportivo, rechazó fácilmente a su rival, hizo los puntos y le disparó.... Por fortuna para la joven italiana los casquillos no estallaron, cosa que enfureció de tal manera a la Durazzo que ésta se abalanzó contra la Cioci y agarrándola por el cuello la arrojó al suelo, la pisó, la escupió, la golpeó con la cacha del revólver hasta partirle en varios sitios el cuero cabelludo....

María Cioci, sacando de su debilidad fuerzas desconocidas, se alzó de nuevo, intentó defenderse con algo, buscó la pared para tocar el timbre de alarma; pero imposibles sus intentonas porque ahí estaba la tigresa rubia, ahí le cayó de nuevo y golpeándola con una garrafa de agua logró herirla en varias partes, bañarla en sangre y dejarla media muerta sobre una alfombra de Tien-tsing. Noqueada su rival, la Marquesa extrajo del vir-

gíneo seno las cartas o papeles comprometedores, buscó en su bolsa de brocado la *vanity-box*, se arregló la blonda melenita en el espejo, y triunfadora y gentil regresó a la Embajada dentro de su limusina con blasones: león rampante sobre campo de gules!....

Horas después, a los débiles quejidos de la pobre víctima, ocurrió el corresponsal yanqui del "Japan Advertiser", quien la condujo en sus brazos al Hospital Rockefeller, donde un hábil cirujano dió sobre las destrozadas carnes de María Cioci, nada menos que ochenta puntos de sutura. El corresponsal dijo haber escuchado, de los propios labios de la novia cuasi trucidada, las graves revelaciones que lanzó a los cuatro vientos y que llevó el cable a los oídos del Rey de Italia.

Cuanto al capitán Pitri, así que supo la horrible tragedia voló al Hospital Rockefeller, y ante el sangriento cuadro de la novia herida y para siempre anulada en belleza, se supone que resolvió matarse. Minutos después el capitán Pitri fué hallado en su cuarto, con el cráneo partido y con un revólver en la entumecida diestra.

En el primer momento todo el mundo juzgó esa muerte un suicidio de hermoso romanticismo, menos María Cioci, que desde su cama de hospital achacó a un nuevo crimen la súbita pérdida de su novio.

Surgió al momento una nueva y difícil incógnita, que la suspicacia periodística ha pretendido resolver con el término *honor*. ¿Acaso el viejo y ofendido Marqués?.... Pero si había sido esa su solución, cómo suponer que él haya escrito a María Cioci, haciéndola venir desde Sorrento?

Ocurrida la doble tragedia el Real Gobierno de Italia llamó por cable a su infortunado Embajador. La inmunidad diplomática respetó, en China, a la arrogante y culpable Embajadora; pero actualmente, en los Tribunales de Italia, son dos las causas que se están ventilando: la Marquesa de Durazzo, acusada de tentativa de asesinato contra María Cioci; y otra casi dirigida contra su marido, el Marqués, sindicado de haber muerto al seductor de su esposa y Attaché Militar de la Embajada de Italia en Pekín.

El señor Gambarrotti, que ha oído con toda atención el cruento relato, no se pronuncia por nadie; pero si cree que la carrera diplomática del Marqués de Durazzo está perfectamente terminada y que las dos causas criminales que se ventilan en Italia, habrán de terminar en un sensacional juicio de divorcio.

La Niponfobia

Nos acercamos al emporio del gusano de seda, al puerto de Yokohama. Las ideas sobre el Japón han cambiado tánto durante la última década que las grandes simpatías de ayer por el rápido progreso material y la victoria contra Rusia, transformadas están ya en odio formidable. Hoy nadie duda de que si el Japón tuviese mañana una nueva guerra, ningún blanco gritaría, como en 1904, *victory for Japan!* Ni aún los ingleses verían con benevolencia la suerte de sus antiguos aliados; pero lo verdaderamente curioso sería la actitud hostil de toda el Asia. A los japoneses no les quieren ni en China, ni en el Indostán, ni en las Filipinas!

La culpa se la tienen ellos, con su orgullo racial, su arrogancia belicosa, su hipocresía y su doblez. Los japoneses son grandes servidores de su país: sobrios, laboriosos, abnegados y de incomparable patriotismo. Obligados por la creciente población, emigran de sus islas y se llevan al exterior un bagaje de mala fe; y como consumados espías viven traicionando al país que les da su pan y su techo. Comercian, y entonces resultan los mercaderes más bribones del orbe; fabrican, y se tornan en los adalides de la falsificación!

Agréguese a todo esto las fallas de su Diplomacia, que carece de la indispensable tradición. La ductibilidad nipona, esa eterna sonrisa en la que ya nadie cree, en ninguna esfera ha fracasado tánto como en la diplomática. Recuérdese la doble e irascible actitud del Embajador Hani Hara, cuando el Gobierno de Washington resolvió prohibir el ingreso de los *japs* al territorio de la Unión.

Y pensar que Hani Hara había llegado a Embajador por rigurosísimo ascenso, después de veinticinco años de servicios! Si me parece estarle viendo en los imperiales salones del "Gaimusho" (Ministerio de Relaciones Exteriores) o en el Club de Nobles de Tokio. Todo corrección, todo sonrisas (la eterna sonrisa nipona), pronto para conversar en inglés, en francés o en español; pronto siempre para todo, para la copa de champaña o para la partida de *bridge;* pero dominado también por el criterio absurdo de confundir la diplomacia con la doblez!

Estoy de nuevo en las tierras del Sol Naciente—le digo al señor Gambarrotti.—Sé que voy a permanecer breves días en Yokohama, y no puedo ocultarle, amigo mío, mi pena de abandonar, tal vez para siempre, estas islas de los árboles floridos y de

las heroicas leyendas. Existen, señor Gambarrotti, dos Japones: úno, el belicoso, el imperialista, el de los *narikines* que bien se merece su "niponfobia"; y ótro, el Japón de abanico, el ingenuo Japón de los poetas vernáculos que cantan al Fuji-san, a la eclosión de las glicinas, a la música de las cigarras y al amor libre y espontáneo de las casas de té, donde el transparente *shoji* agranda fantásticamente las parejas de enamorados. Este segundo Japón, que el idioma no permite profundizar a los *new-comers,* se lo siente y se lo ama con el tiempo, dejándose guiar por Lefcadio Hearn y Basil Chamberlain, y observándolo diariamente, con sincera simpatía, en las estampas inmortales de Utamaro, Hiroshigué y Hokusay.

Este es el Japón que nunca olvidaré, por mucho que mi vida en Yokohama me recuerde algunas cosas *degoutantes.* Acaso podría culpar al país de los *maples* de haberme yo tropezado con la estulticia de unos cuantos homúnculos?....

Creo, finalmente, que todo lo escrito por Mr. Paris es verdadero; pero sus justas observaciones no destruyen al precioso Japón de abanico.

Kimono

Este es el título del libro sensacional, publicado recientemente en Europa por Mr. John Paris, bajo cuyo nombre se oculta un distinguido diplomático, hasta hace poco miembro de una Embajada en Tokio.

Las amargas críticas de la obra se suceden sin solución de continuidad, pues a juicio de los japoneses ella concentra, como ninguna otra, la más sarcástica niponfobia. Britanos, *eurasians* y nipones son los muñecos de la novela, correspondiendo a los dos últimos un rol mezquino y amoral. Cuanto a los primeros, Mr. Paris dice que se necesita de otro Cuvier capaz de clasificar los componentes de la sociedad blanca del Far East!

Pero refirámonos brevemente a "Kimono" en lo que afecta al Japón y a ciertos japoneses con ambiciones de *narikines*. A la verdad, ya hacía falta un libro recto, firme y veraz; una especie de tajamar contra los excesos de la fantasía literaria que abusando de lo exótico y sirviéndose de obras de primera mano (Goncourt, Loti, Champsaur etc.) presenta a los remotos lectores un Japón de sonrisas, de marfiles, de leyendas y de un intransigente honor que sólo se resuelve en el *bushido* o sea en la muerte voluntaria.

De ese fantástico Japón—por qué no decirlo—sólo quedan las estampas de Hokusay, las bonzerías de Nikko, los túmulos fúnebres de los cuarenta *ronines* y el recuerdo, ya borroso, del *harakiri* del Mariscal Nogi.

"Kimono" revela el país que sólo es dable conocer a quienes lo han vivido por mandato oficial o por razones de otro orden. Los turistas, medio enervados por la literatura fantástica, no pueden conocerlo en su alegre y rápida excursión. Las páginas del libro denuncian, con severa fidelidad, el espionaje, la xenofobia y todas esas diarias y diminutas extorsiones de que son obligadas víctimas todos los europeos.

En forma descriptiva Mr. Paris desenvuelve, con veracidad y soltura de estilo, la tesis de su obra, de un moralismo simplista,

en cuyo desarrollo el autor se revela de una austeridad firme, justiciera y cristiana, apartándose lo bastante de la intransigencia evangelista, tan vapuleada por Dickens y Thackeray.

Con personajes de carne y hueso "Kimono" sostiene que el Japón ha evolucionado solamente en el orden material, en hacerse potencia de primer rango. Su moralidad sintoísta es todavía semibárbara, y en ella no descubre Mr. Paris otras arenillas de oro que el *bushido,* que él juzga propio de una civilización rudimentaria. Los misioneros cristianos, en ochenta años de infatigable labor, no pueden vanagloriarse de un sensible triunfo ideológico y apenas si han logrado refrenar el desnudo y la promiscuidad del baño al aire libre.... La familia, tal vez lo más respetado en el Yamato, no existe como sentimiento sino como razón sociológica y económica porque el factor *hombre* es la verdadera riqueza del Imperio. El nacimiento de una hembra se le considera casi una desgracia. Cuanto a lo afectivo, la concubina, esto es la *geisha* o la corrupta *oirán,* marchan muy por encima de la legítima esposa!

Los Fujinamis

A fin de reiterar sus afirmaciones, Mr. Paris se sirve de una familia millonaria de Tokio, que él designa en su libro con el nombre de Fujimani y que nosotros, los *old-residents,* sabemos perfectamente bien quiénes son.

Gracias a una discusión acalorada de los jefes de esta familia, en la que planean el matrimonio de la hija que se educa en

Londres, se viene en conocimiento de que la mujer doméstica no es más que una simple *incubadora,* para la mentalidad nipona! La ótra, la superior, la artista de los Yoshiwaras y de las casas verdes, es algo celestial, diosa caída de las lindes etéreas para alegrar al *hombre,* que es la simiente, el brazo y el tesoro del Imperio.

Esas *geishas,* esas hembras radiantes ante cuyas sonrisas son nada los sacrificios de la esposa (la incubadora), hay que buscarlas en las "ciudades sin noche" donde se ofrendan diariamente los azahares de muchachitas que no pudieron hallar, legalmente, un amo incubador.... Desde este punto de vista "Kimono" es hierro en llaga viva que divulga la mísera situación de la mujer nipona, y muestra en su raíz el egoísmo vernáculo y la ausencia de toda ternura, aún entre la misma familia.

También revela "Kimono" ese absurdo feudalismo, con vistas al mañana que sacrifica muchas veces al legítimo hijo en beneficio de cualquier mocetón, cuya salud, fuerza y audacia prometan triunfos para el apellido. Entre la aristocracia japonesa las adopciones son comunes porque se busca el *hombre* que mantenga las tradiciones del linaje. Con este curioso sistema resulta que muchas familias forman sus blasones con el concurso heterogéneo de seres adoptados!

En el análisis del hogar japonés, que el insigne Hearn no quiso estudiar en su obra "Interpretando al Japón", Mr. Paris hace valiosas observaciones. En páginas cauterizantes pone de relieve la falta de probidad, como sistema educativo; la milenaria desconfianza que hace de cada japonés un espía, y la inicua conclusión de que consideren el engaño y el robo al extranjero como mandamiento de patriotismo!

"Kimono", cuya trama se desarrolla en 1914, entre el mundo diplomático (el autor fué miembro de la Embajada Inglesa) la aristocracia nipona, los *narikines* (nuevos ricos) y las *eurasians* (mestizas de europeo y japonesa) describe el caso de la millonaria Miss Asako Fujinami, llevada a Londres de un año de edad y educada hasta los veinte en las grandes ciudades de Europa. Esta señorita sólo tiene de japonesa el tipo y la menuda talla, pues no conoce su patria, ignora sus costumbres y apenas sospecha el idioma. La señorita Fujinami es católica y contrariando la terrible voluntad de sus padres, se casa en Inglaterra con el capitán de húsares, Mr. Barrington.

Su marido, que es la hidalguía personificada, resuelve visitar el Japón y rendir un breve homenaje a la patria de Mrs. Barrington. El hermetismo del Imperio y la moral sintoísta lo esperan en Nagasaki, donde la tradición empieza a cernirse sobre Asako Fujinami, condenada ya como hija desobediente, como infiel *incubadora* que ha dado su molde para engendrar blancos enemigos! Los viejos Fujinamis saludan al inglés con la eterna sonrisa nipona, y le hacen contemplar la tierra a que pertenece Mrs. Barrington. Esa misma noche le conducen al Yoshiwara y ahí, en una libidinosa orgía, le dan a entender lo poco que significa una esposa en el Japón!

A medida que pasan las semanas el capitán Barrington advierte el peligro y quiere escapar; pero una alianza de todos los elementos nipones, un fino trabajo de soborno y espionaje y, más que todo, un ardid de alcoba, astutamente ejecutado por la impúdica *eurasian*, Miss Yaé, le privan de su linda mujercita, de la frágil Asako, cuyos padres han hecho los millones arrendando lenocinios en el Yoshiwara!

Divorciado de su esposa, el noble inglés se debate entre la vergüenza y la desesperación, hasta que viene a sacarlo de su desgracia el estallido de la gran guerra. Cuanto a la ex-señora Barrington, ella sufre todas las humillaciones de que todavía es víctima la mujer en el Japón, pese a la gran feminista, Kakiko Yajima. Sus mismos padres, a fin de herirla en lo más íntimo, hacen empañar su virtud cristiana por una pujilista ventripotente, a quien sucede el *boy-san* que espiaba a Mr. Barrington!... Después de estas crueles humillaciones no le quedará a la pobre Asako otro refugio que el Yoshiwara.

"Kimono" es para el orgullo del Japón brasa en llaga viva! Claro está que el libro se refiere al país mercantilista y de garra militar. Muchas verdades dice la obra de Mr. Paris—el mayor éxito de librería en todo el Extremo Oriente—pero a pesar de ellas queda y quedará siempre el precioso Japón de abanico, que precisa saberlo ver, saberlo sentir y saberlo amar....

HONOLULU

Las Islas del Amor

Desde el día en que el célebre capitán inglés, James Cook, divulgó la situación de las Islas Sandwich, descubiertas o visitadas anteriormente por el marino español, Juan de Gaetano, este fragante archipiélago sigue siendo lo que los marineros de la "nave de Acapulco" llamaron el "Paraíso del Pacífico".

Salían para las Filipinas aquellos curtidos navegantes, que entre ida y regreso gastaban cerca de un año. En la mitad del Pacífico, equidistantes de Australia, América y Asia, topaban con las islas maravillosas, del perenne clima dulce, de la vegetación ubérrima, de las hembras apasionadas.... En tanto que los

galeones hacían alto para reparar sus averías, los tripulantes echaban tierra adentro por un suelo libre de alimañas, todo vestido de flores. En las cónicas chozas pajizas, hombres de áspera catadura, pero de carácter blando, los agasajaban con amplio hospedaje, ofrendándoles como tibio e imborrable recuerdo, la compañía nocturna de sus esposas.... Con el correr de los siglos la "nave de Acapulco" mejoró la raza, dando a las islas pobladores cobrizos, de exótica belleza y de voluptuosidad muy refinada.

Haway, el nombre indígena del archipiélago, proviene de la siguiente leyenda oceánica: Un pájaro divino, un albatros de nítido plumaje y de talla portentosa buscó en la inmensidad del Pacífico el sitio donde la mar es muelle y clara, donde la brisa todo el año es fresca y donde el sol fulge siempre, sin quemar. Voló alto, muy alto, hasta el seno de las nubes; descendió bajo, muy bajo, hasta posarse sobre el dorso de las olas. Por fin halló lo que buscaba y elevándose entonces hasta cerca del sol, dejó caer desde lo alto un enorme huevo que, al fraccionarse en el mar, formó las islas de Haway, paraíso del amor, las flores y la música!

Ninguna tierra de la Oceanía ofrece las singularidades históricas que este grupo de islas, dedicado erróneamente a Lord Sandwich. Los reyes y caciques de Honolulu usaban casco guerrero semejante al de los tercios de Castilla, como lo corrobora la estatua del rey Kamehamea, el conquistador. Sus mujeres —las eróticas hembras del Haway—todavía visten un faldellín muy corto, fabricado con guedejas de fina paja, copiada la forma de las sayas españolas que sin duda vieron en la "nave de Acapulco". Naturalmente el clima y sobre todo el panteísmo hawaiano recortaron la falda, de por sí transparente a causa de su material! La cruz de Cristo, la bella cruz latina, se ve grabada

en las armas y reliquias de los guerreros canacas. El canto, esta dulce e incomparable música del Haway, que tiene toda la pastosidad y langor de las romanzas andaluzas, habla claramente de influencia española, de la "nave de Acapulco", aunque los misioneros britanos la nieguen rotundamente, en su empeño de atribuir el hallazgo insular al Capitán Cook, y no al marino de Hispania, Juan de Gaetano, quien lo fijó en sus cartas de pilotaje como las Islas del Rey o el Archipiélago de la Mesa!

El Ukulule

Este pequeño y armonioso instrumento es otro signo innegable del paso de España por las Islas del Amor. Marineros de Málaga o de Cádiz, curtidos tripulantes de la clásica "nave de Acapulco", revelaron a los indígenas la guitarra, el quejumbroso instrumento moro. Tal vez gratificaron con la joya de seis cuerdas el típico hospedaje de casa, dama y chocolate! Naturalmente, el quejumbroso laúd, que tiene forma de mujer desnuda, fué copiado por los canacas y reducido a manuables proporciones, cultivándoselo con un arte típico y sensual. Así nació el *ukulule*, la guitarrita hawaiana que dice, con fidelidad amorosa, las súplicas y quejidos del corazón apasionado.

Sí, como lo sostienen los misioneros evangelistas, el Haway no sólo fué descubierto por el capitán Cook sino medio civilizado por él, serían la gaita escocesa o el cornetín inglés los instrumentos con que el alma de los canacas expresara sus ansiedades. El *ukulule*, hábil reducción de la guitarra malagueña tiene fama uni-

versal que no han alcanzado instrumentos que les son muy parecidos, como el *cuatro* de Venezuela y el *tiple* de Colombia. Se me ocurre que el *ukulule* triunfa de sus congéneres por la calidad de su música, toda armonía, toda ruego y langor amoroso. Agréguese la situación geográfica de las islas, por cuyos puertos pasan todas las naves del mundo, mensajeras espontáneas de las dulces melodías.

Cuanto a la música de los *golpes* y *bambucos,* yo, que me considero compatriota de ambos, confieso su perenne melancolía, su estribillo plañidero, su tristura llorona que hacen pensar en la muerte y en el fúnebre sauce, en la "gélida fosa" y en los "hambrientos gusanos", tantas veces poetizados por Julio Flores, el vate favorito de muchas canciones bolivarianas (golpes, galerones, bambucos y pasillos). La música del Haway es cosa muy distinta y por mucho que abuse del *trémolo* y de los acordes ligados, nada tienen de tristes sus arpegios, pues todos convergen en una invitación al baile, al amor, al placer....

Entre el millar de valses y alegres canciones que han dado fama a estas islas, sólo una romanza tiene cadencia triste o mejor dicho, tono saudadoso. Me refiero a la clásica *Alohá,* con que el Haway saluda y despide a todos sus visitantes, manteniendo así una lírica tradición. Aquí, al costado del "Rakuyo-Maru", una orquesta popular y mixta, ejecuta y canta el célebre himno improvisado hace una centuria por la madre del rey Kamehamea, en el momento de partir ambos para Londres. Quiso la soberana decirle *adiós* a su pueblo, y desde la corbeta que la conducía a Europa cantó lo que vibraba en su pecho. Todo su pueblo la coreó, derramando lágrimas; y como la improvisadora no tornó más a Honolulu por haber fallecido en Londres, su romanza *Alohá* ha quedado consagrada como el himno o canto del viajero.

Todo turista que pisa el territorio del Haway es saludado y despedido con esta canción, ya secular. Varios mocetones, con collares de flores en la garganta y en la copa del sombrero, y una Venus de bronce medio vestida con el faldellín vegetal, ejecutan la melódica romanza; y, como generalmente sus ritmos cautivan al viajero, la muchacha baila entonces el sensual *hula-hula,* del que me ocuparé más adelante.

Playa de Waikiki

Desde que el Haway fué anexado a Norte América, el progreso de las islas ha sido tan rápido, que hoy forma este archipiélago una parte valiosa de la proteica Yanquilandia.

Honolulu e Hilo sirven de obligado reposo a las naves que viajan de los continentes a las lejanías de Australia y Nueva Zelandia. Sus costas y volcanes son centros de estudio para la oceanografía y la geología. En su gran sanatorio de Molokay casi se ha vencido la lepra. La ciudad de Honolulu, dotada de todo confort moderno, es hoy un formidable centro de atracción turística, con sus raros panoramas policromos y con sus grandes playas entre las que triunfa, por su largor y hermosura, la muy afamada de Waikiki.

Oh, los milagros del progreso! Los grandes hoteles "Moana" y "Young" de Honolulu pueden competir con los más elegantes del Lido y Monte Carlo; y los pequeños y lindos *bungalows* que bordean el balneario de Waikiki, no desmerecen de aquellos de Tampa, Miami y Palm Beach en la renombrada costa de la Florida.

Son caudalosos los chorros de oro que el turismo universal derrama sobre las Islas del Amor. Además, el empuje yanqui las hace producir grandes valores. La cosecha de azúcar alcanza a algunos miles de toneladas; la piña al jugo es otra industria formidable, lo mismo que la pesca y la producción de copra. Otro factor de importancia es la estrategia de las islas, con su enorme base naval; pero como nada hay completo en la vida, los yanquis no saben qué hacerse con 30.000 nipones que astutamente se han introducido en el archipiélago canaca!

Waikiki!

Entre los centenares de bañistas blancos, entre las magníficas mujeres que exhiben sus turgencias bajo el ceñido *maillot,* destácanse hermosas figuras de bronce, de una musculación muy bella y proporcionada. Son los nadadores hawaianos, los más ágiles de todo el mundo. Sobre una tabla corta, parecida a esas de aplanchar ropa, se lanzan mar afuera y nadan, nadan, o mejor dicho navegan millas de millas! El sol les ha curtido de tal modo la piel, que en tocando con la mano a estos nadadores se recibe la sensación de haber palpado a una foca o a un delfín.

Es también Waikiki un rincón noctámbulo. Noche a noche se ilumina como en fiesta veneciana (ah, las ferias luminosas del Lido!) en tanto que el mar sonoro desenvuelve sobre la playa sus encajes de fosfóricas espumas. Salen de los grandes hoteles y de los alegres *dancings* los bellísimos sones de las orquestas hawaianas. Mujeres criollas, de peregrina belleza bailan el *hula-hula,* la típica danza de caderas.

No hemos tenido la suerte de visitar Tahiti, la isla francesa de la voluptuosidad, y naturalmente no conocemos su *hula-hula,* que nos dicen es muy artístico, combinada su ejecución con la

mímica del rostro y cierto tremar de los senos, detalle que asemeja la danza de Tapete a la erótica rumba cubana. Dudamos, eso sí, de que el baile de Tahiti se lo acompañe con música tan expresiva y febril como esta del Haway, cuyos acordes de insospechada armonía disimulan el relieve carnal y decisivo del *hula-hula.* Fuera del veloz movimiento ilíaco, la bailadora hawaiana solamente sonríe, sonríe en una actitud de entrega fácil, plena y absoluta.

El Milagro de Molokay

La parte horrible y sombría del Paraíso del Pacífico, la punzante espina de la rosa, está en Molokay, el burgo levantado sobre una lengüeta de lava volcánica que, abalanzándose al oceáno, aparece torvo y solitario como la isla maldita del Dolor. Ahí vive un pueblo de leprosos, mejor dicho, toda Molokay es una extensa leprosería. Naturalmente, hasta este reducto de la podre humana han llegado las baterías de la ciencia, los corazones de hombres verdaderamente abnegados que imitan las divinas actitudes de Cristo, que repiten el gesto santo del príncipe Gautama y la conmiseración fraterna del *poverello* de Asís. En Molokay, como en ninguna otra parte del Asia, el insigne Rudyard Kipling hallaría el marco o fondo preciso para narraciones conmovedoras como su "Homme d'Argent", o sea el distribuidor o contagiador de lepra, que el templo hindú de Hanuman emplea contra sus profanadores!

Por ventura, en este pueblo de Oceanía es donde la ciencia casi ha resuelto el problema de Lázaro, gracias al médico norte-

americano, Alfred L. Dean, Rector de la Universidad del Haway y *perfeccionador* del "ethyl-ester". Grandes son mis deseos de conocer, aunque sea por minutos, a este bienhechor de la Humanidad, y me doy en su busca haciéndome conducir al edificio universitario de Honolulu. Desgraciadamente fracasan mis intenciones, pues el célebre galeno acaba de partir para el Japón, invitado por las Universidades del imperio, las que desean oirle conferenciar sobre el "ethyl-ester", y saber la opinión que le merezca cierta fórmula anti-leprosa, que dice haber descubierto el doctor Takeuchi, de quien dirá mañana el orgullo japonés lo que hoy de Kitasato: que fué él, y no Erlich, el verdadero inventor del 606!

El "Honolulu Herald" de la tarde publica un mensaje cablegráfico, concerniente a las actividades del Doctor Dean en Tokio y a su visita al Lazareto de Fukuoka, dirigido por el dermatólogo Takeuchi. La noticia, como de fuente japonesa, informa que el perfeccionador del "ethyl-ester" diz que reconoce la posible eficacia de la droga nipona.

Hace tres años que el doctor Takeuchi lanzó a los cuatro vientos su "trouvaille" científica, a base de elementos botánicos, recogidos en las islas imperiales. Leí con atención todas las publicaciones e informes de la época, por lo mismo que ellos se referían a un mal que no hemos podido extinguir en la América Hispana. Uno de los especialistas de Molokay se trasladó a Fukuoka para observar los triunfos de la ciencia nipona. Ante el inexpugnable secretismo de Takeuchi, que no pudo o no quiso presentar las historias clínicas de sus casos, el médico yanqui declaró las *curaciones* de Fukuoka como simples y aparentes mejorías, puesto que ninguna se testificaba con la ausencia científica del microbio.

Por aquel mismo tiempo hube de comentar en Yokohama, en mi revista "América Latina", un libro del doctor Nitobe, relativo a la pureza y vigor de la raza nipona. Recuerdo haber observado que los 50.000 leprosos, cuya cifra no se compadece con la cultura higiénica del Japón, había que atribuirlos a prejuicios religiosos, a preceptos sintoístas que consideran la *maladie d'argent* como castigo de los dioses y no como consecuencia de la vida ictiófaga, del contagio, del atavismo.

A mi ingenuo entender la ciencia vencerá a la lepra, como ha vencido a la viruela, la sífilis y la bubónica, y como tiene casi dominados a la tuberculosis y el cáncer. Con la seroterapia de Pasteur pocos serán los flagelos patógenos que no sean abatidos por los sabios, sobre cuyos desvelos brilla, como la estrella de Belén, la mirada bondadosa de Dios.

Hallándome en La Habana el año 1917, me abstuve de tomar a burla las "curaciones" de Angelito García. Muy por el contrario: fuí a verle en su "clínica" situada en el suburbio de Guanabacoa. Ahí me contó sus aventuras de leproso fugado del Hospital de San Lázaro y oculto secretamente en la *manigua*, hasta donde le siguieron las parejas de la Guardia Rural. Ahí, escondido como un topo y medio muerto de hambre, comió de unas suaves raíces, hizo de ellas su diario sustento y de repente, oh, sorpresa! secaron sus lacras, cicatrizaron sus heridas, recobró un ojo casi cegado. Milagro, hallazgo portentoso, curación definitiva!!!

Angelillo salió de su escondite, voló a La Habana y orgulloso de su físico se presentó a las autoridades para que le reconocieran los médicos especialistas. Le examinaron muchas eminencias y todas estuvieron contestes en declararle libre de la lepra.

El poseía su "secreto", su lámpara de Aladino, su fortuna asegurada. Empezó las curaciones, cobró millares de pesos a ricos leprosos de Méjico y de Colombia, mejoró a muchos.... pero no curó definitivamente a nadie, según dictamen de los mismos médicos que declararon a García perfectamente sano!

Corresponderá muy luego, a la hermosa tierra hawaiana, el honor del triunfo sobre el terrible mal de Lázaro. En la península de Kwalao, en el gran Leprocomio de Molokay, recibirá su golpe de gracia el flagelo secular.

Hace ya un lustro que el médico norte-americano Harry T. Hollman, sugirió que la chalmugra sería mucho más eficaz si se conseguía aislarla de sus componentes grasos. La señorita Alice Ball, doctora química graduada en la Universidad de Yale, logró el propósito, obteniendo una fórmula matriz, que abría las puertas a futuros perfeccionamientos. La muerte sorprendió a Miss Ball en su nobilísimo trabajo; pero el doctor Dean, Rector de la Universidad de Honolulu, continuó las investigaciones de laboratorio, logrando, por último, el perfeccionamiento de la fórmula que hoy el mundo entero conoce por el nombre de "ethyl-ester". Si la justicia distributiva no concede al doctor Dean los honores de la invención absoluta, ella le reconoce haber perfeccionado, científicamente, la fórmula matriz de la malograda Miss Ball.

Desde los tiempos de Nabucodonosor hasta los del sabio noruego Hansen, la chalmugra ha tenido el poder de *controlar*, en cierto modo, los avances de la lepra. Hoy, a base de la vieja droga, se ha descubierto por fin el "ethyl-ester", que no sólo controla y detiene el mal, sino que parece curarlo para siempre, como lo atestiguan las numerosas altas de Molokay, donde el doctor

Dean espera, para dentro de un par de lustros, no ver ningún paciente de lepra!

Especialistas de todas partes del mundo vienen a ver, por sus propios ojos, el "milagro de Molokay". Me informan de la reciente visita que un laborioso médico venezolano, el doctor Aaron Benchetrit, director del Leprosorio de Cabo Blanco (La Guaira) ha hecho a la zona infectada del Haway. De Cuba, Colombia, Haití, Méjico; de los viejos países asiáticos donde la lepra es tan antigua y rebelde, acuden hombres de ciencia, deseosos de comprobar el milagro de Molokay.

Todos los medicamentos a base de antimonio, bismuto, arseniatos & ensayados por eminencias médicas en Burma, el Senegal, la India y Sumatra, han resultado completamente ineficaces. Desde hace siglos una sola sustancia ha revelado su bondad terapéutica: el aceite de la chalmugra! que se extrae de las semillas del mismo árbol.

Vive, esta benéfica planta, en el trópico indostano, zona ciertamente mucho más tórrida que la ecuatorial de América. Ya en artículos de prensa, ya en informes de carácter oficial, no he dejado de recomendar que se cultive la chalmugra en las marañas del Brasil, como en las selvas del Alto Orinoco. A juzgar por los constantes éxitos de Molokay, vuelvo a repetir que el anulamiento de la lepra será la conquista más gloriosa de la Medicina; pero a condición de que abunde la chalmugra, base del maravilloso "ethyl-ester".

El Acuario

Cerca del "Moana Hotel", en el punto más céntrico de la hermosa playa de Waikiki, se levanta un edificio de forma cónica, cuya arquitectura imita las chozas de los primitivos hawaianos. Es el "Acuario" de Honolulu, que por hallarse situado en el mismo centro del océano más grande y profundo del planeta, se lo juzga también como el más rico y de mayor reputación científica.

Conocimos, en Mónaco, el Museo Oceanógrafo construído en esa linda ciudad por el príncipe Alberto, monarca más interesado en el estudio de las profundidades marinas que en los enredos políticos de su minúsculo Principado. Realmente, aquel palacio de marmórea estructura es hermoso y de atrevida inspiración, como que toda su parte baja está cavada en un peñón donde el mar quiebra sus olas contra un ventanal de grueso vidrio. Ya es un pez de escamas de oro, ya un crustáceo atisbador, ya un molusco indolente las criaturas que trafican tras las ventanas del Príncipe de Mónaco. En las galerías, clasificados en amplias vitrinas, se ven productos marinos de las cinco partes del mundo, recogidos personalmente por el príncipe Alberto.

En la amplísima "Avenida de la Chialla", dentro de los vastos jardines de Caracciolo, se alza otro famoso Acuario, orgullo de los napolitanos. Todos los seres del viejo mar latino, todos los peces del mundo, desde el agresivo tiburón de las Antillas hasta la rauda trucha de los ríos rusos, todos, todos están perfectamente alojados en el fastuoso Acuario de Nápoles. Entre verdes rocas marinas, sobre grises légamos arenosos, arrastran

los quelonios sus pesadas caparazones; algas rarísimas, de hojillas vibrátiles, dan testimonio del nexo de la vida animal con la vegetal.... La reina del Vesubio vive orgullosa de sus colecciones oceánidas, de los tesoros que ha extraído en Prócida, Ischia, Cumas y Capri; y tiene razón de su orgullo porque sus colecciones son más raras y numerosas que las del príncipe Alberto de Mónaco.

Recuerdo que en la segunda visita que hicimos al acuático hotel del Jardín Caracciolo, un viejo y simpático conserje me dijo con el tono declamatorio de los hombres vesubianos:

—No lo dude, *Eccellenza.* Las maravillas del mundo no son siete sino catorce, porque Nápoles tiene la mitad de su total. Contemos: el Vesubio, Pompeya, la gruta azul de Capri, la sangre de San Genaro, las canciones de Piedigrotta, la tumba de Virgilio y el Acuarium!

A la verdad, la enumeración del conserje es maravillosa; pero ante este "Acuario" de Waikiki, ni el de Mónaco, ni el de Nápoles. Aquí, en diversas urnas de cristal, desfila todo un inmenso mundo acuático. Estos raros peces son como flores vivas, como orquídeas animadas, de forma y coloración inverosímiles. Aquellos de más allá parecen comparsas de un antruejo neptuniano: ya son arlequines y pierrots, ya payasos de caras funambulescas o diablillos de colas y cuernos encarnados. Más abajo están los redondos pececitos que flotan como gemas rutilantes; luego otros más pequeños, de colores muy raros, de *nuances* extrañas que hacen pensar en los precipitados químicos. Por aquí, en este rincón penumbroso, hay un pez eléctrico, pletórico de fósforo, que lanza destellos de luz lechosa, con la que alumbra sin duda las grandes profundidades del Pacífico, o sean ocho

kilómetros de fondo vertical! Bajo aquella roca, entre un boscaje de finas algas, un cangrejo atusa sus bigotes en tanto que un jiboso quelonio deshilvana más allá su milenaria pereza. Y quién es este matoide,, que nos enseña su cara de *roast-beef* tras de la fuerte vitrina? Ah, el pulpo, el formidable cefalópodo de cara amoratada y siniestra como la de un apache!

Para completar la intención ilustrativa de este famoso "Acuario", el Gobierno de los Estados Unidos tiene instaladas en el "Museo Bisop" de Honolulu, magníficas salas de la vida polinesia, donde se ven las más curiosas piraguas, con sus pinturas de dioses y monstruos marinos, con sus velámenes de hojas de palmeras, con sus *pagayas* o remos en forma de abanico. Recorriendo las salas del Museo Bisop se descubre el importante rol que la palma de coco ha tenido en la civilización rudimentaria de estos pueblos oceánidos. La palma fué la varita mágica de todas sus comodidades! La cimbreante odalisca de los trópicos daba y sigue dando con sus redondos frutos, diario sustento para los insulares. Del casco del coco se fabrican utensilios domésticos, como platos, cucharas, ollas, candiles para el alumbrado, estuches para guardar objetos de tocador. De las hojas hacen todavía petates, cestos, sombreros, abanicos etc. De las fibras del tronco tuercen cables, cuerdas e hilo; y del tallo de los nuevos brotes elaboran una especie de chicha o bebida fermentada que ingieren como excitante alcohólico. Razón tienen los que dicen que la palma de coco y el banano satisfacen, en los trópicos, todas las necesidades de la vida humana.... Por desgracia, ese vivir fácil y barato es causa de la pereza, de la indolencia y hasta de la molicie en que viven muchas islas del Pacífico Ecuatorial, como Haway y Tahiti. Agréguense a estas regalías la dulzura de la atmósfera y el bello colorismo de la naturaleza,

factores que explican claramente la indolencia voluptuosa de los insulares para quienes la vida se resume en bailar *hula-hula,* adornarse con flores, cantar, gozar del amor y dormir!

Así vivió el Haway hasta el año 1898, en que los misioneros metodistas y anglicanos, muy devotos de la fornicación mosaica y del "creced y multiplicaos" con sus rubias esposas, juzgaron horrible, muy horrible, la vida ingenua y panteísta de los hawaianos. Intrigaron, conspiraron y sobornaron a unos cuantos canacas; recibieron instrucciones, dinero y apoyo de las varias *churches* que creen haber hecho de los Estados Unidos la nación más moral y religiosa del mundo, y un buen día se alzaron y depusieron a Lilinu-Kalami la reina poetisa del Haway. La anexión, que los misioneros tenían preparada, se realizó en el acto, y con ella empezaron las leyes draconianas contra el *hula-hula* y el tradicional hospedaje al forastero: de casa, dama y chocolate!

Salimos del "Acuario" y nos dirijimos a tomar el té bajo el enorme *koa,* el gigante y frondoso árbol de Honolulu, reputado, con justicia, el mejor adorno del "Moana Hotel". Un público cosmopolita ocupa las mesas, en tanto que sobre un tinglado una lucida orquesta hawaiana espera el rojo momento de la puesta para ejecutar la afamada romanza, "El Collar de las Islas", última composición poético-musical de la reina Lilinu-Kalami.

El sol, como una rosa de oro, moja sus pétalos en la línea verdosa del mar. El grandioso edificio del hotel, el copudo árbol *koa,* las mesitas, nosotros, los músicos vestidos de blanco y adornados de flores, todos, todas las cosas, aparecemos tamizados de oro, envueltos en impalpable gasa amarilla. En esta hora única el "Collar de las Islas", es de una melancolía profunda, pero nada triste. Su música, de un tono insinuante, es casi un ruego amo-

roso por el goce recibido, es como la voz de Julieta que entre dos luces dice a su amante: *no te vayas todavía!*

Pobre Lilinu-Kalami! Tal como se la ve en los retratos que adornan su palacio, ella no es menos que Victoria de Inglaterra y que Isabel II de España, sus cuasi contemporáneas. Senos enormes, amplias caderas, labios de golosas comisuras, mirada entre autoritaria y sumisa. La Emperatriz de las Indias fué complaciente con su *butler,* aquel hombre alto y robusto que aparece siempre en las fotografías reales, cerca de la reina Victoria. Doña Isabel fué la amiga de los toreros machos, de los ases de la escuela rondeña. Más de una vez los *reservados* del antiguo Café Fornos sintieron el fru-frú de sus crinolinas reales....

Lilinu-Kalami, última reina del Haway, sucesora de su hermano, David Kalakaua, no quiso tomar legítimo esposo, gobernó sola a fin de devolverle al Haway su antiguo panteísmo. En los jardines de su palacio se bailaban los *hula-hula* más movidos del reino; se escribían poemas, se componían canciones, se cultivaban flores y, desde la misma reina, hasta la más sencilla "dama de honor", toda hawaiana, celosa de la tradición, ofrecía al extranjero el dulce hospedaje de las islas....

Yo, medio adormecido por la música, en presencia de un crepúsculo que prolonga hasta lo infinito sus medias tintas de oro, pienso en la soberana penteísta que en la mitad del inmenso Pacífico, mantuvo hasta el año de la anexión yanqui (1898) el ambiente venusino de Amatunte!

HILO

Las Islas de Plutón

Cuando volvimos al "Rakuyo-Maru", después de dos días de grata permanencia en Honolulu, dejábamos la ciudad envuelta en velo de plata, bajo los cendales de la luna que se combinaban con la fosforescencia del mar y con la luz de aquellos globos lechosos, que son el ornato típico de las urbes yanquis. La "luneta" de Manila, Santa Mónica, Del Monte, Los Angeles, Passadena, San Diego! basta veros para descubrir, en el acto, la administración edilicia de la áurea República del Norte.

Casi no hemos notado la transición de la noche argentada al diáfano amanecer. Afirmada la luz matinal y navegando a cincuenta millas de la costa observamos este Archipiélago de grises

picachos en cuyos vértices la nieve luce su blancura. Los geólogos consideran estas islas como cúspides de enormes volcanes, sumergidos en su mayor parte dentro del Pacífico. Teniéndose cuenta de los 8.000 metros de profundidad que se han medido cerca del Haway, y agregándose a esta cifra los 3.000 metros de volcanes como el Mauna Kea, resulta que estas fraguas semiacuáticas sobrepasan en altitud a los picos himalayos!

De todos los cerros, de todas las cavidades costaneras, de los caprichosos arrecifes de coral, del verdor de los mismos plantíos, suben gruesas columnas de humo, diáfanos vapores de agua, rosadas emanaciones de esta tierra fecunda y embriagante, animada de un plutonismo formidable.

En gran parte de la costa las islas están cortadas a pico, sobre el mar; en otras secciones el terreno baja gradualmente formando extensas rampas que permiten ver, desde a bordo, los grandes cañamelares, los bosques de sándalo, las haciendas de piña, todo, todo combinado con jardines floridos, con *bungalows* de marmórea apariencia sobre los que se mecen, como abanicos faraónicos, las altas palmeras.

Puede asegurarse que el suelo de las islas es una gruesa capa de lava; pero pulverizada por el sol, la lluvia y el viento y convertida en fértil *humus,* dicha capa en la mayoría del territorio es una suave alfombra de pelusa verde; y ahí, donde el esfuerzo agrícola haya impelido sus arados, agitan sus melenas los tablones de cañas y los glaucos platanales.

En doblando un siniestro arrecife de coral se destaca, contra el cielo, la nevada cumbre del Mauna Kea. Lo que visto de lejos nos pareció de un gris fúnebre y estéril, ahora se nos presenta de un verde botella, taraceado por los riachuelos que forma

la nieve en perpetua fusión. La vista de los plantíos sobre flancos donde corren y correrán torrentes de lava, me recuerda la sierra titánica de mi patria, el Ecuador, donde sobre las jibas del Chimborazo, en las faldas del hirviente Tungurahua o en los ventisqueros del glorioso Pichincha, medra la agricultura, se cosechan la papa y la cebada y engordan los *antisanas* y los *cayambes,* feroces toros de coraje andaluz. En este Archipiélago, como en mi patria lejana, el beso fecundante del sol ecuatorial, combinado con el hálito de las lluvias mañaneras, viste la tierra de rútila verdura y ella, la madre generosa y fecunda, se ve servida de diosas como Flora y Pomona.

Los astutos marinos del "Rakuyo-Maru" han echado el ancla a cuatro millas de Hilo, cuyo lejano caserío se columbra entre las banderolas de los platanales. Cansado de atisbar con mis lentes Zeiss y de buscar en vano la esplanada del volcán Kilauea, me dirijo al Comandante Kawachi, quien vestido de gran uniforme, se pasea en el puente de mando:

—Mi capitán, y por qué ha fondeado usted tan lejos?.. Nuestro desembarco va a ser cosa larga y molesta.

—Señor Cónsul, en caso de necesidad podríamos llegar hasta el mismo muelle de Hilo, porque conocemos todos estos arrecifes de coral, los que asoman con la baja marea y los que siempre permanecen escondidos. La prudencia comercial nos aconseja confiar la conducción de la nave a los pilotos canacas. Ellos son o se dicen *norte-americanos;* ellos son ricos y en caso de tropezón pueden pagar lo que representa el "Rakuyo-Maru" con todo su cargamento!

El astuto marino me habla de pilotes de coral que, vistos a la distancia, parecen ruinas de los grandes acueductos romanos.

Me habla con entusiasmo de Hilo, donde viven más de 10.000 japoneses y donde tiene muchos amigos que luego vendrán a saludarle. Uno de los oficiales, catalejo en mano, viene a decirle que acaba de avistar la lancha del práctico de puerto. Kawachi sonríe, acordándose sin duda de las razones que me expuso para hacer conducir su nave al muelle. Se nos acerca un pasajero norteamericano, procedente de Honolulu, quien sin esperar la consabida presentación saluda y me dirige la palabra en un español bastante nasal.

—Soy Mr. Harris Rockwell—me dice.—Acabo de saber que es usted ecuatoriano. Yo conozco Guayaquil y me gusta mucho el Ecuador. Conozco toda la América Latina y desearía conversar con usted, mejor dicho recordar, antes de que nos separemos. Usted sigue para San Francisco y yo me quedaré en Hilo por algún tiempo....

El Yanqui Latinizado

Mi nuevo amigo, Mr. Rockwell, norte-americano que ya cifra en los cincuenta, ha recorrido medio mundo y declara que la tierra de la positiva libertad, el paraíso del libre albedrío, se concentra en las Repúblicas de la América Meridional, porque en la mayoría de ellas la influencia fanática del Clero ha sido desterrada del poder administrativo, de suerte que cada quien (sudamericano o extranjero) hace lo que le va en gana, dentro de la decencia y de los preceptos legales.

—Por lo que veo, querido señor Rockwell, usted no debe de ser partidario de la Ley Volstead, y sin duda recuerda con

simpatía nuestro continente, porque allá bebemos con exceso y saboreamos con intemperancia los ricos vinos de Lutecia!

—Sí señor. Pertenezco a la inmensa mayoría de norte-americanos enemigos de esa ley, que lograron aprobarla como "razón bélica" para detener el empuje de Alemania enfrentada a medio mundo! Los ingleses, a los que debemos muchas cosas buenas y malas, se enorgullecen de sus libertades porque frente al Kayser victorioso no se les ocurrió aprobar una ley como la *seca.* El puritanismo, que es lo peor que nos dieron los britanos, no existe en el Reino Unido, donde se cuidaron de exilarlo a las tierras de los "pieles rojas", que somos nosotros.... Esos *pilgrims fathers,* que en mala hora cruzaron el Atlántico con su bagaje de hipocresías, son el diario azote de nuestra vida republicana.... Tenemos veinte religiones, veinte credos fanáticos que se recelan y espían unos a los otros. Varios millones de mis compatriotas se idiotizan y malogran sus vidas interpretando los versículos del Antiguo Testamento! Naturalmente, lo que debiera ser sencillez y honestidad asume entre nosotros un moralismo insufrible. La censura, el espionaje, la amenaza son los resultados de esta fraccionada cristiandad. Vivimos peor que la España de Felipe II, porque nuestra ridícula *inquisición* dista un abismo de aquella hermosa y solemne del Padre Torquemada!....

—Pero Mr. Rockwell: los *parsons,* vuestros graves Reverendos afirman que la "prohibición" está moralizando a los Estados Unidos y que es palpable el descenso de la crápula y de los grandes crímenes.

—Mentira! Ahora hay tantos o mayores crímenes que antes. Ahora tenemos *corrupción,* que es algo peor que la prostitución consciente y mercantilista de los burdeles de antaño! Hoy, a

falta de whiskey, hemos caído en las drogas heroicas y en la esclavizante pipa de opio. Ayer, la necesidad prostituía muchachas hambreadas; hoy se corrompen familias enteras. Con las drogas se pierde algo más que el pudor físico: se pierde irremisiblemente el alma! y por una pipa, por un gramo de cocaína, la madre corrompe a su hija y el marido a su legítima mujer. Por cada muchacha curiosa de ingenuos deleites amorosos, por cada raterillo dipsómano, abundan los *mads,* los infelices locos de Norte América. Qué quiere usted?.... Acaso no es para reventar el cerebro más sano ingerir alcohol de madera o abrirse el apetito con *cocktails* de Danderine? La Ley Seca ha marcado el comienzo de la verdadera crápula yanqui, de los famosos *wild parties,* que yo no he visto ni en París, ni en Río de Janeiro, ni en la Habana. Basta observar que en Norte América el opio, el éter y la cocaína han reemplazado al champaña, que es y será siempre la lumbre de los sentidos....

—A la verdad; me sorprende y me encanta oírle hablar así, Mr. Rockwell.

—Ah! pero esto no es nada. Quisiera desatender mis negocios para propalar por escrito un montón de verdades sobre las "cien ligas moralizadoras" que fastidian nuestro diario vivir. Con decirle que en San Diego los miembros de la "liga de la pureza" pretenden que las bañistas entren al mar con traje de cola! Y esa otra liga anglicana de censores que corta a su capricho metros y metros de celuloide, hasta convertir un *film* de arte en un ridículo guiñapo.... Pero la peor escuela de los hipócritas *pilgrims fathers* es la liga del "Ku Klux Klan", formidable gendarmería fanática, que mete sus narices o su látigo en todos nuestros hogares, con pretexto de austeridad, de pureza religiosa, de moral pública,

de patriotismo! La moral?....Sépase que por veinte dólares cualquier médico de Yale o de Columbia receta a cualquier dama un eficaz abortivo!!

—Pero Mr. Rockwell; qué hace la prensa, qué hacen los hombres de vida interior, qué dice el teatro?....

—Mi patria, Norte América, es actualmente la nación menos libre del mundo, hasta el punto de ser una paradoja la estatua de Berthelot sobre el Río Hudson! Publica usted un libro de sincera observación social, pues resulta un bolchevique, un ruso hambreado, un inmigrante *undesirable*. Se le ocurre a usted escribir con humorismo contra la liga de la pureza, que cuenta seis millones de afiliados, pues le boycotean, le persiguen y una buena noche, en tanto que usted ronca a pierna suelta, varios enmascarados le sacan de su cama, le llevan a un arrabal y ahí le *purifican* con una brutal azotaina marca K. K. K.! Ustedes, los latino-americanos, viven más felices que nosotros, porque tienen más conciencia, más corazón y más talento!

La sinceridad declamatoria del *húmedo* Mr. Rockwell, de este peregrino enamorado del libre albedrío, me llega a lo recóndito del alma. Efectivamente, en los tiempos que vivimos, imposible decirle a Rockwell lo que el moribundo Libertador Bolívar dijo en Santa Marta a su médico, el francés Próspero Raverend:

—Conque doctor, me dice usted que vino a buscar la libertad... La ha encontrado por ventura?

—Sí, mi General.

—Es usted más afortunado que yo.... Vuélvase a su bella Francia, en donde ya estará flameando la gloriosa bandera tri-

color. Aquí, en este país, no se puede vivir.... Hay muchos canallas!

Naturalmente, esto sucedía hace cien años, cuando al Hombre-Sol le asediaban los envidiosos, los traidores, los partidarios del mendaz *trabuquismo* granadino. Hoy, las cosas han cambiado por completo, y la Libertad tiene su sede en los países democráticos de la América Hispana.

El Volcán Kilauea

En el Archipiélago del Amor las cosas están arregladas para satisfacer la curiosidad del turista. Hoteles restaurantes, caminos, oficinas bancarias, centros de información, todo está previsto con esa visión amplia y mercantil del norte-americano.

Una hermosa y asfaltada ruta conecta a Hilo con el mismo cráter del Kilauea, de suerte que los automóviles, con sujeción a una tarifa razonable, transportan a quienes quieran contemplar un panorama dantesco y único por su grandiosidad. No se imagine el lector que este volcán, como todos los del mundo, sea un cono más o menos perfecto, con la torva actitud de una eminencia. Nada de eso! El famoso Kilauea es más bien una rampa o terraza que desde el borde del mar sube, en un desarrollo de treinta millas, hasta dos mil pies de altura; pero su cráter es cosa bien distinta por su aspecto de anfiteatro infernal, de bocaza desdentada, plena de hálito sulfuroso, de ígnea y colérica saliva.

Nuestro automóvil cruza plantíos de caña entre cuyas raíces asoman negras estrías de sólida lava. Sigue después por lindos

bosquecillos de helechos en los que medran los ejemplares más verdes y gigantescos de la especie. En muchas partes el camino no ha necesitado labor de ingenieros porque el trazo de la ruta se ha hecho sobre planos de lava endurecida. Cuevas subterráneas, túneles curiosos, perforaciones de colinas, todo, todo ha sido realizado por los chorros de la penetrante materia volcánica.

Finalmente el automóvil baja hasta el mismo fondo del cráter por un camino de espiral trabajado a pico en las paredes del ígneo anfiteatro. Un calor sofocante y una visión rósea aturden los sentidos. Estamos sobre el gran lago de fuego, que adquiere con las sombras de la noche, el color encendido del rubí. Localizados en el perímetro del cráter, reverberan los puntos de ignición, cuyos extremos llegan hasta la pared, siendo posible asomarse y contemplar, desde unos veinte metros de altura, las rojas entrañas del planeta. Ya es una paila de hirviente lacre, que lanza el fuego hacia arriba y lo mantiene erguido como la espada de San Miguel; más allá, rúbricas infernales barbotan una sentencia horrible, apocalíptica e inapelable! Y por todas partes fuego, fuego, ígnea lava que trema, se hincha, se encrespa y se hunde como un mar de satánicos ciclones.

Confieso que todo este grandioso espectáculo se revela a mi alma como un adarme del poder infinito de Dios. Su conjunto es imponente y titánico; diríase una fantasía pictórica de Ricardo Wagner para escenario de una sinfonía colosal! De las mil rajaduras del suelo, de las calcinadas rocas del cráter ascienden opalinas fumarolas, volutas de gases sulfurosos.... Es que suda nuestro planeta y expele por sus grandes poros la viscosidad de sus humores.

No lejos del volcán, donde se haya enfriado la lava y donde el viento, la lluvia y el sol hayan amasado su porción de limo, la

Naturaleza exhibe prodigios de exhuberancia. Ya es un árbol jóven, que desafía, con su musculoso ramaje, la inminencia del peligro; ya son plantas rastreras que se afirman al suelo con la vacilación de la niñez; ya son lianas sencillas que, como libélulas, buscan la hoguera que las ha de consumir.

Por todas partes la vida circunda al formidable monstruo. El "Volcano House", paradigma de lujo y de confort, ostenta su bella arquitectura, alzada casi al borde del cráter; los grandes ingenios de azúcar no distan gran cosa de la siniestra bocaza y, cuanto a los turistas, centenas de varias nacionalidades se alojan en el "Volcano House", para gozar, durante la negra noche, del espectáculo más sublime y dantesco del globo. Echados sobre el borde del cráter, pasan las horas arrojando piedras contra la hirviente sima que en mil etcéteras rojas, en bellas salpicaduras de fuego, deja ver las profundas entrañas de Plutón!

Cada cierto número de años el Kilauea multiplica sus puntos de actividad. Aumentan los rojos surtidores, crece la lava y generalmente se desborda; pero sujeta a la ley física del plano inclinado, ella desciende por la gran rampa hacia el mar, donde su contacto con el agua levanta enormes columnas de vapor. La ingeniería yanqui le ha facilitado, en parte, su camino, ahondándole los cauces anteriores; pero cuando el volumen de materia volcánica es excesivo, como en 1919, sucede que calcina todo lo que encuentra, y si obstruye su marcha alguna cumbre rocosa de las que abundan en Hilo, la hiere y la perfora, formando grandes túneles que después sirven de nueva curiosidad al turismo cosmopolita.

En Hilo, como en la Campania Napolitana, la constante actividad del volcán mantiene confiadas a las gentes que lo rodean.

No muy lejos del cráter hay un campo de *golf*, donde hombres y mujeres de Yanquilandia—que no son precisamente parejas conyugales—se afanan por golpear la bolita que dicen tiene la virtud de hacer enflaquecer. Yo la creo muy eficaz para el *flirt*, pero no tanto como para suprimir la grasa.... por aquello de, quien nace barrigón aunque lo fajen! Hace poco, durante la actividad telúrica de 1916, sucedió que desbordándose la lava de los cauces acostumbrados, amenazó los campos de *golf* y los jardines del hotel.

Al gerente del "Volcano House", un neoyorquino que vive sobre el monstruo desde hace cuatro lustros, le pregunto si alguna vez ha sentido miedo, a lo que el buen hombre me contesta, con sonrisa de confianza:

—En tanto que hierva el fuego terráqueo nada hay que temer, porque el Kilauea se descongestiona a maravilla; pero así que se haya dormido por unas semanas y despierte de repente, dando muestras de extraña actividad, lo mejor es poner distancia y escapar a las cataratas de su cólera. Ahí, en ese kiosko que usted ve en medio del jardín, está el pirómetro, aparato dirigido y constantemente vigilado por un especialista alemán. En cuanto la temperatura sube con violencia, el hotel informa a sus huéspedes, cuya estada sólo la consiente hasta el momento en que el técnico, como el telegrafista Marconi de un trasatlántico, confirma la realidad del peligro. Se produce la desbandada general, y las puertas del hotel no vuelven a abrirse sino cuando se ha localizado el curso de la lava. Confirmada la ubicación, vuelven los curiosos que desean ver correr la roja sangre del volcán.

HACIA CALIFORNIA

Nos alejamos de las Islas del Amor, llevándonos en el alma la visión de sus bellezas. Todavía suena en nuestros oídos la romanza, *Alohá,* de melancolía saudadosa que pone en el espíritu de todo viajero las ansias del retorno....

Oriente!

Antiguo palacio encantado, imperio del sol, del amor, de la teosofía y de la muerte! Si tus grandes puertas frontales son el Cuerno de Oro, las Pirámides y el Santo Sepulcro, tus postreros jardines—en que reemplazan a los Términos barbudos dioses gordos como Hotei o raras divinidades polinesias como Kwao—tus jardines son el Yamato y las islas perfumadas del Haway!

Veloz, como un joven pelícano, el "Rakuyo-Maru" viaja hacia oriente, siempre en busca del Astro Rey,como ave tropical enamorada de la luz, del calor y de las flores.... Siempre rumbo al sol, para hallar, al término de una semana, un *oriente* que dejará de serlo a nuestra vista, por la ausencia de las razas viejas, de los credos milenarios, de las exquisiteces sensuales, del exotismo del arte y del triunfo fatalista de la muerte!

San Francisco de California es tierra blanca, pedazo de Europa, renovada y superpráctica. La ciudad, emporio del oro y de los grotescos rasca-cielos, habla de mecánica, de operaciones bancarias, de electricidad, de cosas que exigen o significan el vértigo de la acción.... Cuán absurdas parecerían en ese *oriente* las pagodas védicas de Madura, el quietismo de Brahma, los bonzos budhistas de Pekín! El auténtico Oriente, ése del Asia, que comienza en el Canal de Suez y termina en el puerto de Hilo, es maravilloso, de múltiples aspectos y hondamente encantador para quien tenga en el alma un adarme de sentido poético. Invadido ya por los "bárbaros rubios" (los que cañonearon en la guerra boxer los santuarios seculares de Budha), Oriente no ha perdido del todo su interés, su raro ambiente artístico, sus costumbres y ese millar de cosas demoníacas, torturantes e inconfundibles!

El progreso ha trazado paralelas que acortan colosales distancias como las que median entre Leningrado y Mukden, entre Bombay y Calcuta, entre Nara y Shimonoseki. En el florido Yamato grandes fábricas lanzan al infinito sus humeantes atalayas de ladrillos; cabrillean, en la vasta noche asiática, los arcos voltáicos; pero en medio de la estridencia del progreso suenan y sonarán siempre el grave *gong* de las pagodas, los acordes monótonos del *shamisén,* y los dulces ritmos del *ukulule.*

Juncosa bayadera del Ganges, regordeta cortesana de Cantón, geisha refinada y picaresca que revives con los pliegues de tu *obi* las actitudes artísticas de Utamaro, voluptuosa y cobriza canaca, que pones en tu *hula-hula* la embriaguez suprema del deleite! vosotras sois la guirnalda florida de Oriente, porque quien os vió y aspiró vuestros sabios perfumes, no olvidará jamás las tierras del Sol y del Amor!

Asia ilustre y milenaria, mayestática abuela de todas las razas: quiera Dios que mi sandalia de peregrino vuelva a marcar sus huellas en el polvo de tus largas rutas!

FIN.

INDICE

INDICE

Pag.

EPIGRAFE.. 7

CALCUTA.. 10

Meditación - La Ciudad - Chowringee - Con el Gobierno y con la Sociedad - El Fuerte William - Alipore - Gandhi y los Bolcheviques - Esponsales Exóticos - Las Bayaderas - El Fakir de la Botánica - Rabindranath Tagore.

BENARES.. 49

En Marcha - La Yungla - Dolce Far Niente - Los Elefantes - Los Gaths.

Pag.

PENANG.. 71

Frente al Puerto - Los Monos - El Arbolito de Oro - Comentario.

SINGAPUR.. 81

Un Gentleman - La Selva - Supersticiones Malayas - Bridge and Good-by.

AU PAYS JAUNE.. 91

Hong-Kong - Repulse Bay - Culinaria China - Las Viandas.

CANTON.. 105

Río Arriba - La Ciudad - El Hotel de los Muertos - Shameen.

MACAO.. 115

Monte Carlo Asiático - El Poeta de las Lusíadas - Las Tarimas del Deleite - Paño Verde - Los Piratas - Hacia las Islas - Cuadro Dantesco - Comentarios de la Prensa.

FAR EAST.. 135

Gajes Diplomáticos - Con el Periodista Milanés - La Tragedia - Niponfobia - Kimono - Los Fujinamis.

Pag.

HONOLULU.. 153

Las Islas del Amor - El Ukulule - Playa de Waikiki - El Milagro de Molokay - El Acuario.

HILO.. 169

Las Islas de Plutón - El Yanqui Latinizado - El Volcán Kilauea.

HACIA CALIFORNIA.. 181

La impresión de este libro comenzó

el tres de Mayo, día en que el

cielo luce su nocturna Cruz

Celeste; y se imprimió

el último pliego el

día siete de Julio

de mil nove-

cientos vein-

tiseis.

PB 21675
21

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00025246877